
3 1761 09545925 1

AMANECER

LAS GOLONDRINAS

EL IDEAL

OBRAS DE G. MARTINEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS. FLORES DE ESCARCHA.—*Segunda edición*............. 3,50
SOL DE LA TARDE.—Novelas.—*Tercera edición*........ 3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA.—Poesías.—*Segunda edición*.. 3,50
LA VIDA INQUIETA.—Glosario espiritual.—*Segunda edición*.. 3,50
LA HUMILDE VERDAD.—Novela.—*Tercera edición*...... 3,00
EL DIABLO SE RÍE.—Novelas.—*Segunda edición*...... 3,50
TEATRO DE ENSUEÑO.—*Cuarta edición*............... 3,50
LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HECHIZO DE AMOR.—*Segunda edición*....................... 3,50
MADAME PEPITA.. 3,50
LOS PASTORES. JUVENTUD, DIVINO TESORO. SÓLO PARA MUJERES.. 3,50
LA MUJER DEL HÉROE. LA TIRANA.—*Segunda edición*.. 3,50
LA PASIÓN. LOS ROMÁNTICOS............................ 3,50
EL REINO DE DIOS.................................... 3,50
NAVIDAD.. 3,50
PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.......................... 3,00
LA ADÚLTERA PENITENTE................................ 3,50
SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO......................... 3,50

EDICIÓN DE OBRAS COMPLETAS

TÚ ERES LA PAZ.—Novela.—*Quinta edición*........... 4,50
CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA.—*Tercera edición*.. 4,50
ABRIL MELANCÓLICO.—Novelas.—*Segunda edición*. . 4,50
FEMINISMO, FEMINIDAD, ESPAÑOLISMO.—*Segunda edición*.. 4,50
GRANADA. Guía emocional.—*Segunda edición*....... 4,50
MOTIVOS.—*Segunda edición*.......................... 4,50
LA FERIA DE NEUILLY.—Ilustraciones de Barradas.—*Segunda edición*..................................... 4,50
EL PEREGRINO ILUSIONADO.—Ilustraciones de Laura Albéniz.—*Segunda edición*............................ 4,50
ALDEA ILUSORIA.—Ilustraciones de Laura Albéniz.—*Segunda edición*..................................... 4,50
CANCIÓN DE CUNA. PRIMAVERA EN OTOÑO. LIRIO ENTRE ESPINAS.—*Sexta edición*............................ 4,50
MAMÁ. MADRIGAL. EL POBRECITO JUAN.—*Tercera edición*.. 4,50
AMANECER. LAS GOLONDRINAS. EL IDEAL.—*Tercera edición*.. 4,50

G. MARTINEZ SIERRA

OBRAS COMPLETAS

AMANECER
LAS GOLONDRINAS
EL IDEAL



MADRID

MCMXXI



CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

AMANECER

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO LARA el 7 de Abril de 1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN (18 años)........	Catalina Bárcena.
ELVIRA (20 ídem).........	María Luisa Moneró.
DOÑA CECILIA (45 ídem)...	Amalia Sánchez Ariño.
MANOLITA (22 ídem)......	Mercedes Pardo.
MARTA (20 ídem).........	Carmen Seco.
PEPITA (23 ídem).........	Antonia Pérez Boira.
DOÑA ELENA (50 ídem)....	Rosa Canto.
CAROLINA (40 ídem)......	Virginia Alverá.
JULIÁN (36 ídem)	Enrique Borrás.
MARIANO (22 ídem).......	Luis Manrique.
RAFAEL (50 ídem)...... ..	José Isbert.
SEBASTIÁN (30 ídem).	Jesús Tordesillas.
CALIXTO (24 ídem)........	Manuel Collado.
CARLOS (30 ídem).........	Emilio Ariño.
EMILIO (20 ídem)........ }	Eduardo Zaragozano.
UN CRIADO............... }	
OTRO CRIADO............	José Prieto.

Del primero al segundo acto transcurren cinco años, y del segundo al tercero, tres.

La acción del acto 1.º, en una capital de provincia. La del 2.º y la del 3.º, en Madrid.

ACTO PRIMERO

Salón en la casa del gobernador civil de una capital de provincia, en el Norte de España. La capital en cuestión es puerto de mar. Muebles de madera dorada y damasco rojo. Arañas de cristal. Riqueza un poco oficial y hasta algo de ostentación; pero, en resumen, buen gusto. La señora gobernadora sabe gastar y hace ver que gasta, y gasta sin escrúpulos. A derecha e izquierda, una o dos puertas que comunican con pasillos y habitaciones. En el fondo, dos puertas, que abren sobre un gran balcón o mirador corrido, de modo que se puede entrar por una y salir por otra, indistintamente: el balcón es muy ancho, para que puedan estar en él cómodamente varias personas. El balcón da al muelle: así es que el telón de fondo es el mar, de noche, y se ven los farolillos de colores de los barcos, porque es fiesta en el puerto y hay iluminación. Durante todo el acto hay animación por la calle, y cuando lo indica el diálogo, se oyen gritos de vendedores, risas de gentes, canciones de aldeanos, pescadores y borrachos, y música de banda y de guitarras y bandurrias. Cuando se levanta el telón están en escena, en actitud de esperar algo que ha de salir por una de las puertas de la derecha, Pepita, Marta, Doña Elena, Elvira, Carlos y Emilio;

están sentados; todos visten con elegancia: ellas vapororosos trajes de verano; ellos de obscuro.

PEPITA. ¿Sale? ¿Sale?

CARLOS. ¡Que se vea!

EMILIO. Eso es; que se vea pronto.

CARMEN. *Desde dentro y un poco lejos, con voz alegre.* ¡Ya va, ya va!

Pasa por la calle un grupo de hombres del pueblo un poco borrachos, cantando.

VOCES DE HOMBRE.

El pañuelo de mi niña,
que ella lavándolo estaba,
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡que me le lleva el río!
¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡que me le lleva el agua!

DOÑA ELENA. Alegre va la gente.

PEPITA. Sí. Están este año las fiestas más animadas que nunca.

MARTA. ¡La de sidra que habrá corrido por esas calles!

EMILIO. ¿Sidra sólo? ¡Y wysky... y champagne! Hay dos barcos ingleses en el puerto, y está la ciudad llena de marineros rubios como ángeles, que gastan como príncipes y beben como esponjas.

PEPITA. Es verdad, que al venir he visto a cuatro o cinco oficiales sentados á la puerta del Casino.

EMILIO. ¿Y ellos te han visto a ti? Porque entonces para qué quieres más...

PEPITA. *Un poco enfadada.* ¡Qué tonto eres!

ELVIRA. *Coqueteando, a Carlos.* ¡Ay, Carlos! ¿Qué le parecerán a usted, que viene de la corte, estas fiestas de pueblo?

Doña Elena. Hija, esto no es un pueblo, que es una capital de provincia casi de primer orden.

Pepita. *Un poco redicha.* Para Carlos, que ha estado en París, y en Londres, y en Berlín, pueblo será.

Carlos. *Galante.* La ciudad es lindísima, y las fiestas me encantan. No hay nada más bonito que una fiesta en que toma parte el pueblo, y a orillas del mar. Esta admirable noche de verano, llena de misterio, de brisa marina, de olor a magnolias, las luces en los barcos, las músicas, los cantos...

Pepita. ¡Ja, ja, ja, qué románticos son los madrileños!

Elvira. *Con burla.* Pues le falta a usted lo mejor, que son los fuegos artificiales.

Carlos. *Con galantería barata.* Lo mejor son ustedes, las niñas bonitas. La verdad es que para mujeres de una vez no hay como el Norte de España.

Pepita. Gracias.

Marta. *Con un poco de sorna.* Gracias.

Elvira. Yo no soy del Norte...

Carlos. Pues merece usted serlo.

Elvira. Soy también de Madrid..., como usted.

Carlos. ¡Olé por mis paisanas!

Elvira. No vivimos aquí más que hace dos años; desde que papá es gobernador...

Siguen hablando.

Emilio. *Acercándose a la puerta.* ¿Pero sale o no sale ese prodigio?

Carmen. *Dentro.* Ya va, ya va..., un poco de paciencia.

Emilio. ¿Es que te estás vistiendo de novia?

Carmen. *Dentro.* ¡Ja, ja, ja, ja! Casi, casi.

Entra Doña Cecilia, seguida de Rafael, Viene muy elegan-

te y algo pintada, procurando quitarse, aunque está perfectamente conservada, unos cuantos años.

DOÑA CECILIA. *Mirando a los balcones desde la puerta* ¡Pero no han encendido los faroles del balcón! ¡Rafael!

RAFAEL. Señora...

DOÑA CECILIA. A ver esas luces. ¡Buena se va a poner la gente, si los únicos balcones que están sin iluminar son los del Gobierno civil! No estando el señor... ¿Dónde está el secretario?

RAPAEL. No lo sé, señora; hace dos días que no parece por aquí.

DOÑA CECILIA. Naturalmente..., no estando el señor... Ahora que me acuerdo, ¿no ha venido carta en el correo de la tarde?

RAFAEL. No, señora.

DOÑA CECILIA. Que suba Mariano.

RAFAEL. Sí, señora. *Sale.*

DOÑA CECILIA *Acercándose al grupo, que se levanta para saludarla.* ¡Quietos, quietos!... Ustedes perdonen... Aquí, en faltando mi marido, no se hace cosa con concierto..., el secretario es un fresco, y los demás... Buenas noches.

DOÑA ELENA. Muy buenas.

Saludos de todos.

EMILIO. ¡Qué guapísima está usted, mi señora doña Cecilia!

PEPITA. ¡Y qué elegante! ¿Es de París?

DOÑA CECILIA. *Muy satisfecha.* ¡Ay, no! De Madrid, y gracias...

DOÑA ELENA *Con cierto retintín.* A usted todo le sienta bien.

EMILIO. Y está usted cada día un poquito más joven.

Doña Cecilia. *Muy hueca.* Sí, sí; ríase usted de juventud con dos hijas como dos castillos, que le van a una pregonando los años. *Se sienta.*

Doña Elena. Ya hemos preguntado a Elvirita por su esposo de usted.

Doña Cecilia. Muchas gracias. Hace días que no sabemos de él; pero suponemos que está bueno.

Doña Elena. Naturalmente, cuando no se sabe de las personas es que no les ocurre nada. Las malas noticias siempre llegan antes de lo que hace falta.

Elvira. A papá no le gusta escribir.

Doña Cecilia. *Con candor.* Sí; dice que una carta, cuando no es una tontería, siempre puede ser un compromiso. Ya ve usted, cosas de hombres...

Carlos y Emilio se miran y sonríen, como diciéndose: ¡Buen punto debe estar el señor gobernador!

Emilio. *Sonriendo.* De hombres prudentes.

Pepita. Además, cualquiera tiene tiempo de escribir en aquel Londres, con el sin fin de distracciones que habrá.

Carlos. ¡Ah! ¿Su señor esposo de usted está en Londres?

Doña Cecilia. Hace dos semanas, sí, señor; ha ido a un asunto particular, y ya me sorprende que no esté de vuelta, porque mañana se le acaba la licencia, y además, a él no le gusta estar fuera del pueblo en época de fiestas.

Pepita. A lo mejor se presenta aquí esta noche sin avisar, para darles a ustedes una sorpresa.

Doña Cecilia. No tendría nada de particular; otras veces lo ha hecho.

Carmen. *Apareciendo en la puerta.* ¡Y además, que ma-

ñana no puede faltar de casa mi padre, porque entonces soy yo la que me enfado!

Aparece Carmen en una de las puertas. Es una chiquilla rubia y bonita. Viene vestida con un lindísimo traje de muselina blanca con ramitos de rosas menudas bordados o estampados. Trae cinturón de seda rosa también, y un manojo de rositas menudas prendido a la cintura: el cabello dorado peinado con la graciosa torpeza de la chiquilla que se sube el moño por primera vez. Parece una radiante personificación de la primavera. Todos, al verla aparecer—menos las dos señoras—, se levantan y palmotean aclamándola. Ella hace una reverencia en la puerta y después adelanta hacia el grupo.

MARTA. ¡Carmen!

EMILIO. ¡Al fin!

ELVIRA. ¡Hija, cuánto has tardado!

MARTA. ¡Pero vale la pena! ¡Ay, qué primor de traje!

CARLOS. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien!

EMILIO. ¡Bravo!

CARMEN. ¡Gracias, señoras y caballeros; muchísimas gracias! *Adelanta y da vueltas para lucir el traje.* ¿Qué, está bien de verdad? ¿Les gusto a ustedes? .. Es decir, ¿les gusta a ustedes el traje?

EMILIO. Chica, asustas de bonita que estás.

PEPITA. ¡Es un primor!

MARTA. ¡Es precioso de veras!

DOÑA ELENA. ¡Este sí que será de París!

CARMEN. *Muy contenta,* Este sí. Me lo mandó mi padre el otro día, al pasar camino de Londres... Por eso me gusta más que todos.

ELVIRA. Pues a mí me gusta más el azul...

PEPITA. Este es más elegante, no digas.

ELVIRA. Pero el azul la sienta mejor.

DOÑA ELENA. *Displicente.* A las rubias todo les sienta bien.

CARMEN. ¡Ay, qué suerte ser rubia...!

ELVIRA. ¡Sujétate ese pelo, que se te cae el moño!

CARMEN. Como es la primera vez que me lo subo, no se quiere tener.

MARTA. Anda, ponte el traje de baile para que los veamos todos.

TODOS. ¡Sí, sí, sí!

CARMEN. No, no... el de baile, no; el de baile no le ven ustedes hasta mañana por la noche cuando entremos en el Casino.

TODOS. ¡Sí, sí!...

CARMEN. ¡No, no!...

PEPITA. Pero, ¿por qué?

CARMEN. Porque... *Se ríe.* bueno; pues la verdad... porque me da vergüenza ponerme escotada delante de tan poca gente.

Risa general.

DOÑA CECILIA. ¡Niña, no digas tonterías!

PEPITA. *Como si hiciera un descubrimiento.* ¡Ja, ja, ja! Pues es verdad. Cuanta más gente tiene uno delante, menos vergüenza le da a una de nada. Es curioso.

EMILIO. ¡Ea, ya tenemos a otra niña de largo!

CARMEN. Todavía no; este es un ensayo general para ustedes, pero de largo de verdad, de verdad, no estoy hasta mañana; mañana sí; estreno el traje azul para ir a misa; éste para la corrida de toros, y el de baile para el cotillón del Casino.

CARLOS. ¡Y a hacer mal y daño a los pobrecitos hombres!

CARMEN. *Con broma graciosa e inocente.* ¡Naturalmente! Y poquita prisa que me voy a dar, con las ganas que tengo de vivir! No seré como vosotras, que con los añazos que tenéis...

PEPITA Y ELVIRA. *Interrumpiendo a un tiempo.* ¡Oye tú!

CARMEN. ... y con tres temporadas que lleváis de largo, todavía estáis solteras. Yo he tardado en bajarme la falda, pero antes de un año o estoy casada o me he metido monja.

CAROLINA. *Que entra, viniendo de la calle, un poco sofocada.* ¡Jesús, virgen del Carmen, qué desvarío! Niñas: casarse lo más tarde posible, y quedarse viudas lo antes que se pueda!

Carcajada y protesta general. Las muchachas y los caballeros se levantan para recibir a Carolina: las dos señoras permanecen sentadas, pero la reciben con afectuosa sonrisa, al mismo tiempo que protestan contra sus palabras. Carolinita es una viuda de cuarenta años, muy bien conservada y elegantemente vestida, más alegre y animada que todas las muchachas.

LOS MUCHACHOS Y LAS NIÑAS. ¡Ja, ja, ja, ja!

DOÑA CECILIA. *Que no quiere reirse.* ¡Qué Carolina ésta!

DOÑA ELENA. ¡Carolina, por Dios!

CAROLINA. *Llegando hasta el grupo,* Buenas noches.

CARLOS. Buenas noches.

EMILIO. Felices, Carolinita, y tantísimas gracias por la buena voluntad.

CAROLINA. *Se sienta.* No hay de qué. ¡Ay, hija, déjame que te mire... ¡Qué repreciosa estás!

CARMEN. ¿Te gusto de veras?

Doña Cecilia. ¡Qué sofocada viene usted, Carolinita!

Elvira. Y qué tarde. Creíamos que te habías olvidado de nosotras.

Carolina. Eso nunca; pero sí que creí que no venía.

Carmen. ¿Después de habernos prometido acompañarnos a los fuegos artificiales?

Carolina. Es que he estado a cenar en casa del rector de la Universidad, y las chicas querían que me quedara a acompañarlas a ellas, porque su madre no quiere salir, y figúrate tú las tres con novio, que ninguno entra en casa, y en noche de fuegos... y con lo que me quieren.

Carmen. Lo que es eso, más te queremos nosotras, que te queremos desinteresamente.

Elvira. *Con retintín, coqueteando con Carlos.* Si, porque aquí no hay novios que proteger.

Carlos. No habrá siquiera unos, porque usted no querrá...

Elvira. ¿Y usted, sí?

Carlos. ¡Con el alma y la vida, palabra de honor

Elvira. Palabra de forastero que quiere divertirse con las niñas paletas.

Carlos. Pero ¿no hemos quedado en que usted es de Madrid?

Elvira se ríe y no responde.

Doña Cecilia. ¡Ay, qué abnegación la de esta Carolina! ¡Siempre acompañando a las chicas jóvenes!

Doña Elena. Pero ¿de veras le gusta a usted ir siempre haciendo oficio de madre, sin serlo, con estas criaturas?

Carolina. Muchísimo, porque como no son mis

hijas, en vez de envejecerme me rejuvenecen. Cada niña que se pone de largo y se hace amiga mía, me quita cinco años de encima. Ella crece, se casa, desaparece de la circulación, pero viene otra; y ellas van pasando, y yo siempre la misma.

Emilio. ¡Y siempre viuda!

Carolina. ¡Gracias a Dios!

Carlos. ¿Y no tiene usted miedo, a fuerza de casar amiguitas, de dejarse arrastrar por el ejemplo y reincidir el día menos pensado?

Carolina. ¡No hay cuidado!

Emilio. Mire usted que el estar siempre entre novios es peligrosísimo: el amor es una enfermedad muy contagiosa.

Carolina. Para las solteras. Yo estoy vacunada.

Elvira. Vamos, Carolinita, que si se presentara un viudo apetitoso...

Carolina. Hija, los hombres no son apetitosos más que en esperanza o en recuerdo: novios... o difuntos. En función de marido, el menos indigesto le quita a una las ganas para medio siglo.

Marta. ¡Ja, ja, ja, ja!

Emilio. Mira Martita cómo se ríe... Es que le gusta que hablen mal de los hombres... Como es feminista.

Carlos. *Con susto.* ¡Usted!

Marta. Sí, pero no se asuste usted; no muerdo.

Carmen. ¡Ja, ja, ja!

Carlos. *Sonriendo de mala gana.* Eso será broma...

Elvira. *Con retintín.* Sí, si, broma, y estudia para médico.

Carlos. ¡Para médico!

Emilio. *En son de burla.* Lo mismito que un hombre.

Marta. *Mirándole con mala intención.* Eso es, lo mismito que un hombre... cuando quiere estudiar.

Emilio. *Muy alterado.* Si lo dices por mí, ya sabes que he dejado los estudios porque estoy delicado de la cabeza.

Marta. *Riéndose.* Yo te la curaré en cuanto me doctore. Ya ves si soy amable.

Carlos. Pero vamos a ver, *Dándoselas de hombre superior,* ¿para qué necesita usted estudiar, siendo tan bonita?

Marta. *Con viveza.* Para no tenerme que casar con un feo.

Carmen se ríe estrepitosamente.

Carlos. ¡Con un feo! El hombre más buen mozo de España se merece usted.

Marta. Es posible: pero, aunque yo me le merezca, primero tiene que existir, y luego le tengo que encontrar, y luego me tiene que gustar, y luego le tengo que gustar yo a él... y por si era poco, tiene el hombre que tener dinero para mantenerme... y entre tanto, no tengo una peseta. Conque ya ve usted si son dificultades, y si me sobran motivos para querer ganarme la vida.

Carmen. *Con entusiasmo.* ¡Haces bien! ¡A mí también me gustaría saber mucho, y servir para algo, y ganar dinero!

Doña Cecilia. *Molesta.* ¡Niña, qué dices!

Carmen. Sí, madre, sí; ganar dinero, para que lo que una gasta fuera suyo, y no tenérselo siempre que agradecer a un hombre. Algunas veces, cuando entro en el despacho de mi padre y le veo tan preocupado, siempre haciendo números, digo: ¡Es por nosotras! ¡Si

tuviera hijos en vez de tener hijas, ellos trabajarían también, ¡y nosotras no hacemos más que gastar! ¡Y cuando pienso en eso me da mucha rabia, porque todo esto que llevo encima me parece que me lo dan de limosna!

MARTA. Tienes razón, hija, ¡el que no se gana la vida no tiene derecho a vivir!

CARLOS. ¡Niñas, niñas, que hasta socialistas se van volviendo ustedes! Quién iba a figurárselo en una capital de provincia.

DOÑA ELENA. Todo eso de ganarse la vida es muy bonito; pero una mujer como Dios manda no necesita recurrir a ciertos medios para lograrlo. Tú, niña, podías ser maestra de escuela o profesora de labores, o costurera, o señorita de compañía; pero, la verdad, la carrera de médico en una mujer me parece altamente indecorosa.

MARTA. *Muy tranquila.* ¿Por qué?

DOÑA ELENA. ¡Hija, a la vista está! Figúrate que un caballero, es un suponer, tiene una pierna enferma, y te llama a ti para que le cures...

MARTA. Pues figúrese usted que la pierna es de usted, y que llama usted a un médico. ¿Qué le parece a usted más inmoral: que un hombre le vea a usted las piernas o que yo le vea las piernas a un hombre?

TODOS. ¡Ja, ja, ja, ja!

DOÑA ELENA. ¡Jesús, Ave María, qué niñas éstas!

MARTA. Además, ¿no les llamamos todos, y con razón, ángeles y santas a las hermanas de la Caridad que se pasan la vida en los hospitales? ¿Pues entonces? A no ser que la virtud consista precisamente en curar sin título...

Doña Elena. ¡Calla, calla, no seas bachillera!

Marta. Tranquilícese usted, doña Elena. Por muy doctora que llegue a ser, no me dedicaré nunca a curar hombres, y no es que me asuste el desnudo masculino, porque cuando la carne duele, ya no es carne de hombre ni de mujer... es dolor nada más... Pero me sobrará clientela con las muchas mujeres que se dejan morir sencillamente por eso... por pudor, por no irle a confesar a un hombre sus miserias... *En voz más baja.* y con los niños... ¡hijos de mi alma!

Doña Elena. *Que no sabe por dónde salir.* ¡Lo que sabéis ahora las muchachas! Parecéis catedráticos.

Carlos. *Queriendo despreciar.* ¡Romanticismos!

Doña Elena. ¡Ay, no, señor; que en mi tiempo bien románticas éramos y no pensábamos en cosas semejantes!

Carlos. *Muy suficiente.* Es que en sus tiempos de usted, señora, las niñas románticas leían folletines, y ahora leen artículos de fondo.

Marta. *Con dignidad, levantándose y yendo hacia el balcón.* No, señor; ahora leemos libros.

Doña Cecilia. *Conciliadora. Levantándose también.* Vaya, vaya, basta de discursos: hoy no es noche de discutir, sino de divertirse. Acuérdense ustedes de que tienen veinte años, de que llevan ustedes un traje muy bonito que les sienta muy bien, mírense ustedes un ratito al espejo, y déjense de filosofías.

Pepita. *Levantándose.* Tiene usted razón; si se va una a poner a pensar en cosas aburridas, como los hombres, ¿de qué le sirve a una ser mujer?

Carmen. *Que se ha levantado y está con Marta cerca del balcón.* ¡Un cohete! *Palmotea contenta.*

CAROLINA. *Levantándose.* Eso es que van a empezar los fuegos.

EMILIO. Aún falta lo menos una hora.

VOCES EN LA CALLE. ¡Cohetes voladores! ¡Limón helao! ¡Barquillos de canela!

ELVIRA. No importa, no importa, vámonos, que hay que coger sitio.

DOÑA CECILIA. Vayan ustedes a la terraza del Casino.

ELVIRA. ¡No, mamá, no; a la plaza entre toda la gente, que es más divertido!

PEPITA. *A Doña Elena.* Mamá, yo voy también.

DOÑA ELENA. Sí, hija, sí; con Carolinita a todas partes. *Carolina se inclina.* A mí me dejan ustedes en casa al pasar, que ya no estoy para apreturas.

CAROLINA. Pues, andando, ¡pavitos... a la feria!

DOÑA CECILIA. No, no, así no se marchan ustedes pasen ustedes antes al comedor a tomar cualquier cosa.

EMILIO. ¿Cena tenemos?

DOÑA CECILIA. No tanto: unos emparedados y una copita de champagne.

EMILIO. ¡Bravo, bravo, champagne! Esta señora gobernadora siempre hace las cosas espléndidamente.

DOÑA CECILIA. ¡Bah!

DOÑA ELENA. Y que no sé cómo se las arregla usted, porque está la vida cada vez más cara.

DOÑA CECILIA. ¡Mujer que no sabe gastar, no es mujer! Pasen ustedes, pasen.

Ceremonias y cumplidos a la puerta del comedor. Salen todos menos Carmen.

CARMEN. Yo me voy a quitar esto mientras ustedes comen, porque no quiero estrenar el vestido hasta ma-

ñana. *Se dirige a otra de las puertas; pero en este momento pasan por la calle el gaitero y el tamborilero, tocando a más no poder, y Carmen, con alegría de chiquilla, sale al balcón a verlos pasar.* ¡Ay la gaita, la gaita y el tamboril! *Sale al balcón y se queda, se supone que entre los dos balcones, de modo que desde la escena no se la ve.*

Pasan y se alejan la gaita y el tamboril, y se oye rumor de gentes en la calle, y más gritos de vendedores. Entran en escena Rafael y Mariano. Mariano viene con cara de mal humor.

MARIANO. ¿Para qué diablos me necesita la señora gobernadora?

RAFAEL. *Sonriendo.* Querrá echarle a usté un sermón porque no están ensendidos los faroles.

MARIANO. ¿Qué tengo yo que ver con los faroles? Eso es cosa de los ordenanzas. ¿O es que se ha figurado esa señora que por las miserables cien pesetas que me da su marido, voy a ser, además de escribiente del Gobierno civil, criado de toda la familia?

RAFAEL. *Cantando bajito y con sorna.*

¡Unta el eje, Juaniyo,
que chiya el carro!...

MARIANO. *Volviéndose a él con enfado.* ¿Qué quiere usted decir con eso?

RAFAEL. *Sonriendo.* ¡Que baje usté la voz, que las paredes oyen, y no hay necesidá de que las de esta casa se enteren de que usté tiene mal genio!

MARIANO. ¡Tengo el genio que me da la gana!

RAFAEL. ¡Por vía der judío! ¡Naturalmente! Pero mejó sería que le diese a usté la gana de tenerlo un poquiyo más suave.

MARIANO. ¡Eso a usted no le importa!

RAFAEL. Pero a usté, sí... Misté, don Marianito, casan muy mal juntos y en un mismo sujeto pobreza y orguyo...

MARIANO. *Dando media vuelta.* ¡Está usted loco!

RAFAEL. Y usté está como er sigarrón, que quié saltar y no sabe adónde... Usté quiere subir, y subir aprisa, y pa subir cuando no se tienen muchos puños o mucho de aquí *Señala la frente.* hay que bajá un poquiyo la vó... y hasta la cabeza de cuando en cuando... ¡Manos besa el hombre que quisiera ver cortás!

MARIANO. Según eso, ¿usted cree que yo no puedo defenderme en la vida más que a fuerza de hipocresía?

RAFAEL. Yo no creo na, ni digo na... Dos buenos cayos me han salido: uno en la boca y otro en los oídos... pero le doy a usté un buen consejo, porque le tengo a usté simpatia...

MARIANO. *Con risa de conejo.* ¡Hombre, tantas gracias!

RAFAEL. *Con burla.* ¡No hay de qué!

MARIANO. *Con impaciencia.* Bueno: dígale usted a esa... señora, que aquí estoy, para lo que guste mandar. *Enciende un cigarrillo con rabia y tira la cerilla al suelo.*

RAFAEL. *Con sorna, recogiendo la cerilla.* ¡Misté que va a ardé la alfombra!

MARIANO. ¡Así ardiera el mundo!

RAFAEL. ¡Ja, ja, ja! *Sale cantando bajito.*

A Romero y tomiyo me hueles, niña.
Como vengo der campo, no es maraviya...

MARIANO. *En voz alta.* ¡Valiente granuja! *Pasea rabiosamente por la habitación, y en una de las vueltas se encuentra con Carmen, que sale del balcón.*

VOCES EN LA CALLE. ¡Cohetes voladores! ¡Bizcochos de canela!

CARMEN. *Aparece en el balcón, y viendo pasear a Mariano, se echa a reir.* ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, Mariano! ¡Qué cara de mal genio!

MARIANO. *Volviéndose al oirla reir.* ¡Eh! *Sin conocerla en un principio.* ¿Quién? *Con espanto al reconocerla, por creer que ha oído su conversación con Rafael.* ¡Carmen!

CARMEN. *Sonriendo.* Sí... yo.

MARIANO. *Aún desconcertado.* Entonces... ¿es que estaba usted...?

CARMEN. *Sencillamente, porque no ha oido nada.* Aquí en el balcón. Sí. Me asomé a oir la gaita, y luego me he quedado distraída, viendo pasar la gente. ¡Qué cosa tan extraña! Tanto ruido en la calle, tanto ir y venir, que casi marea mirarlo, y luego, al levantar los ojos, un silencio tan grande en el aire, y el cielo tan sereno, con todas las estrellas tan brillantes, tan quietas... ¡Y yo en el balcón, entre el ruido de abajo y el silencio de arriba, como en una barca que fuese volando...! ¡Qué bonita es la noche, con el ruido del mar que viene de lejos...! *Mirando a Mariano y echándose a reir.* ¡Ja, ja, ja, ja!

MARIANO. ¿De qué se ríe usted?

CARMEN. De que no se te pasa la cara de susto. ¿Es que te doy miedo esta noche?

MARIANO. Es que... no la había conocido a usted...

CARMEN. *Muy contenta.* ¿Porque voy de largo?

MARIANO. Es verdad... no es por eso... es decir... sí debe ser por eso... Cuando apareció usted en el balcón...

CARMEN. ¡Ja, ja, ja! ¿Por qué me llamas hoy de nsted?

MARIANO. Como siempre.

CARMEN. No es verdad; muchas veces me has hablado de tú, abajo en el despacho de mi padre...

MARIANO. Sí; algunas... cuando me he olvidado de quién soy y de quién es usted, viéndola a usted tan cerca, tan sencilla, tan criatura; pero ya no es posible...

CARMEN. *Con dulzura.* Aunque lleve una cuarta más de falda soy la misma de siempre.

MARIANO. La misma de siempre... y siempre estará usted tan lejos de mí...

CARMEN. *En voz baja, y con emoción.* ¡Eh!

MARIANO. Todas esas rosas sobre ese traje blanco son como un símbolo de felicidad. La primavera llena de promesas, ¡que se cumplirán! Todas floridas, todas risueñas... Es usted rica, es usted bonita, es usted mujer...

CARMEN. *Con seriedad pueril y conmovida.* Tú eres hombre, y sólo por serlo, tienes abiertos de par en par todos los caminos del mundo... ¡tan grande!

MARIANO. *Con ficción de escepticismo.* ¡Y tan frío!

CARMEN. *Con broma simpática.* ¡Yendo muy de prisa se entra en calor!

MARIANO. *Bajando los ojos con afectación.* ¿Dónde va uno a ir, si no le espera nadie en ninguna parte?

CARMEN. *Con indignación cariñosa.* ¿Tú qué sabes? Puede que te estén esperando la fortuna, el poder, la fama...

MARIANO. *Con desdén.* ¿Como en los cuentos de hadas?

CARMEN. *Con seriedad pueril.* ¡Como en los cuentos, sí. señor! He leído en un libro que no hay hombre capaz, por mucha fantasía que tenga, de imaginar algo que

no haya sucedido alguna vez en la vida... siquiera en pedazos. De modo que los cuentos de hadas más maravillosos son como mosaicos o rompecabezas hechos con piedrecitas de realidad, con pedazos de buenaventura que les ha sucedido a muchas gentes... y hay que creer en ellos, ¡y sobre todo, hay que esperar en ellos! *Con exaltación.* ¡Esperar... esperar... esperar! *Con broma y sonrisa casi maternales.* Claro que a Dios rogando y con el mazo dando, porque de balde no se logra nada.

MARIANO. *Con voz emocionada.* ¡Carmen!

CARMEN. *Con emoción más sincera que la de él.* ¿Qué?

MARIANO. *Pasándose la mano por la frente como si quisiera despertar de un sueño,* ¡Eres una criatura extraordinaria!

CARMEN. *Sin saber qué decir.* ¿Ahora me llamas otra vez de tú?

MARIANO. *Con afectación werteriana.* Porque otra vez me olvido de quién soy... porque oyéndote hablar se olvida uno de todo... *Preparando el terreno para la declaración.*

VOCES. *Dentro.* ¡Carmen! ¡Carmen!

CARMEN. *Ruborizada y aturdida por la declaración que presiente.* ¡Me llaman! *A los de dentro.* ¡Voy, voy! *A Mariano, con precipitación.* Hasta luego... *Con decisión ruborosa.* Vamos a la plaza a ver los fuegos artificiales...

VOCES. *Dentro.* ¡Carmen! ¡Carmen!

CARMEN. ¡Allá voy! *Por decir algo, al ir a salir.* ¡Ay!... no me he quitado el traje... ¡Bueno! ¿Qué importa? Le estreno un día antes. ¡Puede que se adelante también un día la felicidad! ¿Verdad? *Sonríe con rubor a Mariano y sale precipitadamente.*

MARIANO. *Viéndola salir, con una sonrisa de mala persona.* ¿Será posible? ¡Bah! ¡Todos somos hijos de Dios!

RAFAEL. *Que ha salido por la otra puerta y ha presenciado el final de la escena anterior, canta bajito.*

¡Ninguno cante victoria,
aunque en el estribo esté,
que muchos, en el estribo,
se suelen quedar de a pie!

MARIANO. *Volviendose á él con ira.* ¡Otra copla! Hombre, ¿quiere usted hacerme el favor, cuando me quiera usted decir algo, de olvidarse de que es usted andaluz y hablar en prosa como un simple mortal?

RAFAEL. *Con calma.* La niña es bonita, ¿eh?

MARIANO. ¿A usted se lo parece?

RAFAEL. Y a usted también... ¡Bonita y argo más! *Hace ademán de contar dinero* Pero, amigo, ¡no es oro todo lo que reluce!

MARIANO. ¡Déjeme usted en paz! *Da media vuelta y sale al balcón.*

Entra un criado con un telegrama y se lo entrega a Rafael.

UN CRIADO. Señor Rafael: un telegrama. *Sale después de haberle entregado.*

Rafael coge el telegrama, pero espera, para leer, a que el criado haya salido; entonces le abre, con bastante ansiedad, le lee, da un suspiro, en el que se mezclan el descanso después de una gran intranquilidad y la tristeza; después mira en derredor, como quien mira por última vez las cosas de las cuales se quiere despedir y por último se encoge de hombros como hombre que está acostumbrado a toda clase de trances, y que todo se lo echa a la espalda. Va a salir; pero Mariano sale del balcón y le mira con curiosidad un poco impertinente.

RAFAEL. *Suspirando al leer el telegrama.* ¡Alabado sea Dios!

MARIANO. *Saliendo del balcón.* Malas noticias, ¿eh?

RAFAEL. *Con cinismo.* Al contrario: las mejores que podían yegarme.

MARIANO. ¿De su amo de usted?

RAFAEL. *Con firmeza.* ¡De mi amo!

MARIANO. ¿Vuelve pronto?

RAFAEL. *Secamente.* No dice nada de volver.

Entran haciendo ruido todas las señoras y las muchachas que salieron en la escena anterior, acompañadas por Carlos y Emilio. Se ríen y hablan todas a un tiempo.

CAROLINA. Vamos, vamos de prisa, que ahora sí que es tarde.

ELVIRA. ¡Carlos, Carlos!

CARLOS. Aquí me tiene usted.

DOÑA CECILIA. ¿Lleváis abrigos?

PEPITA. Sí; tenemos las capas en la antesala.

DOÑA CECILIA. ¡Echaos algo por la cabeza!

ELVIRA. No, mamá; si hace un calor horrible.

MARTA. Vamos, doña Elena, usted conmigo, si es que no me guarda usted rencor.

DOÑA ELENA. A mí no me hagan ustedes correr, que como ya no tengo que encontrar novio, no llevo prisa.

CAROLINA. Andando, andando, andando.

CARMEN. Adiós, madre.

CARLOS. Buenas noches, señora, y tantísimas gracias por su amable acogida.

DOÑA CECILIA. No faltaba más... viniendo de parte del señor ministro, viene usted a su casa.

MARIANO. *Acercándose.* Adiós, Carmen.

CARMEN. ¿No vienes a los fuegos con nosotras?

MARIANO. Creo que su mamá de usted tiene algo que mandarme...

CARMEN. Hasta luego entonces.

ELVIRA. *A Carmen.* ¿Qué ocurrencia te ha dado de invitar a ese cursi? ¡Más tonta eres!

CARMEN *Por Carlos.* ¿No invitas tú a ese otro?

ELVIRA. ¿Pero es que...? ¡Niña, tú estás chiflada! Ya verás si se entera mamá...

CAROLINA. Vamos, vamos.

TODAS. Adiós, adiós, adiós.

DOÑA CECILIA. ¡Por Dios, Carolinita, que no me las deje usted hacer locuras! *Salen todas.*

CECILIA. *Volviendose y viendo a Mariano.* ¿Qué hace usted ahí?

MARIANO. *Con suavidad hipócrita.* Rafael me ha dicho que usted me llamaba.

DOÑA CECILIA. ¡Ah, sí... por los faroles... pero ya no importa, porque es muy tarde! *Queriendo ser amable.* Vaya usted, vaya usted a los fuegos, que también tendrá quien le aguarde.

MARIANO. No, señora.

DOÑA CECILIA. Vamos, que no faltará alguna modistilla de buen corazón.

MARIANO *Ofendido.* Señora, las modistas no son precisamente mi especialidad.

DOÑA CECILIA. *Mirándole de arriba abajo, con desdén.* Ah... vamos... está bien. Buenas noches. Usted dispense.

MARIANO. Muy buenas. *Sale.*

DOÑA CECILIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Se ofendió el señor duque! *A Rafael.* ¿Qué te parece? Cierra esos balcones y apaga esas luces. *Va a salir.*

RAFAEL. *Después de vacilar un momento, cuando ella está ya cerca de la puerta.* Señora...

DOÑA CECILIA. *Volviendose.* ¿Qué quieres?

Rafael. La señora perdone... Quisiera hablar con la señora un momento... si a la señora no le molesta...

Doña Cecilia. Si el momento no es largo... porque estoy cansada...

Rafael. He recibido un telegrama del señor.

Doña Cecilia. ¡Ah! ¿Viene?

Rafael. No, señora; no viene.

Doña Cecilia. *Con calma, porque no sospecha nada, y queriendo coger el telegrama.* A ver.

Rafael. Es para mí, señora.

Doña Cecilia. ¿Para tí? *Alarmándose súbitamente.* ¿Qué pasa? ¿Está enfermo?

Rafael. No, señora... enfermo no está...

Doña Cecilia. Entonces... ¿herido? *Creciendo su alarma a medida que él no contesta, y creyendo que su marido ha muerto.* ¡Dios mío...! ¿Es que...? ¡Habla!

Rafael. No, señora; ¡eso no! ¡Está vivo y sano!

Doña Cecilia. ¡Alabado sea Dios! Pero... entonces... ¿qué ocurre?

Rafael. *Bajando los ojos,* ¿De veras, de veras no se figura nada la señora?

Doña Cecilia. ¿Yo?

Rafael. ¿No le sorprende a la señora que el señor lleve fuera tantos días sin escribir?

Doña Cecilia. ¡Acaba de una vez! ¡Trae ese telegrama!

Rafael. *Defendiéndose.* Señora...

Doña Cecilia. ¡Trae acá! *Le quita el telegrama con violencia y lee.* «Feliz viaje... Margarita.» *Repitiendo sin comprender.* «Feliz viaje... Margarita.» ¿De dónde viene esto?

Rafael. De Nueva York, señora.

DOÑA CECILIA. ¿De Nueva York? ¿Pero... qué significa?

RAFAEL. Pues significa, para que yo lo entienda, que el señor está en salvo... vamos... que ha podido escapar...

DOÑA CECILIA. ¿Escapar? ¡No te entiendo! ¿De qué? ¿De quién?

RAFAEL. De la justicia, señora. ¿De quién iba a ser?

DOÑA CECILIA. *Como una leona.* Pero ¡qué dices!

RAFAEL. La verdad, señora: que en este mundo redondo, quien mal anda, mal acaba.

DOÑA CECILIA. ¡Eh!

RAFAEL. Y... vamos... que el señor ha tenido que salir pitando, porque ha hecho una que ya es demasiado de gorda, y se tenía que saber... Puede que mañana mismo se sepa... y puede que lo hubieran mandado a chirona...

DOÑA DECILIA. *Con espanto.* ¡Un crimen!

RAFAEL. *Muy convencido.* No, señora... Un crimen, no. Cosa de dinero.

DOÑA CECILIA. *En son de ofendida protesta.* ¡Mi marido!

RAFAEL. *Molesto.* Pero, señora, ¿es que no lo sabía la señora?

DOÑA CECILIA. *Aun más ofendida.* ¿Yo? ¿Saber qué?

RAFAEL. Saber o figurárselo. ¡Señó, más yano estaba que camino real! Tanto va el cántaro a la fuente...

DOÑA CECILIA. No te entiendo. ¡Acaba de una vez! ¿Qué quieres decir?

RAFAEL. *Desatinado.* ¡Señora, que tenían ustedes cuatro mil duros de sueldo, y que usté y las niñas se encargaban ustedes los trajes a París, y que se iban

ustedes a Madrid a pasar el invierno, y que tenían ustedes automóvil ¡ea, sí, señora! ¿De dónde se podía figurar la señora que salía todo eyo? Pues de media provincia que se estaban ustedes comiendo...

DOÑA CECILIA. ¡Jesús!

RAFAEL. Y de las casas de juego...

DOÑA CECILIA. ¡Calla!

RAFAEL. Y de otras peores... y del hambre que pasan los niños de la Inclusa... *Cecilia se deja caer en una silla y se tapa la cara con las manos.* Y menos mal si hubiera sido sólo eso, *Con naturalidad.* que a eso ya está la gente acostumbrá y a nadie le choca; pero...

DOÑA CECILIA. *Levantando los ojos con angustia.* ¿Pero...?

RAFAEL. Pues na... que pa acabarlo de arreglar, el otoño pasado quiso la señora ir a Biarritz, porque iba la del gobernador militar, y que fué la señora, y gastó lo que quiso, y se compró tantismos sombreros... y que ya lo dice la copla: «Pájaros con muchas plumas no se pueden mantener...», y como en esta casa to eran plumas... pues hubo que echar mano de lo que se ofreciera... y lo que se ofreció fueron los fondos del Patronato ese que dejó una señora de Londres pa hasé un hospital pa marineros inglese... y que no quedó un reá, y que la semana que viene hay que dar cuentas... y que de sobra sabe la señora lo que son los ingleses pidiendo lo que es suyo y lo que no lo es... máxime más que esto sí que lo era...

DOÑA CECILIA. *Levantándose con desesperación.* ¡Es mentira! ¡Es mentira! ¡Es una infamia! ¡Mientes como lo que eres!

RAFAEL. *Conteniéndose.* ¡Señora!

DOÑA CECILIA. *Con espanto.* ¡No puede ser!... ¡Mi

marido!... *Creyéndolo y sin querer creerlo.* ¡No, no! ¡Es imposible! ¡Te digo que lo es! ¡Disponer así de un dinero que le han confiado! ¡No puede ser, no puede ser!

RAFAEL. *Bajando los ojos.* ¡Hombre pobre y leña verde, arden cuando hay ocasión!

DOÑA CECILIA. Pero entonces... estamos perdidos... Esto es el desastre, la ruina... *Se deja caer en una silla y llora.* ¡Dios mio, Dios mío!

Rafael está en pie, con los ojos fijos en el suelo y las manos cruzadas a la espalda.

Pasan por la calle marineros cantando como al principio del acto.

VOCES DE HOMBRE.

El pañuelo de mi niña
que ella lavándolo estaba,
¡ay, ay, ay, que se le lleva el río!
¡ay, ay, ay, que se le lleva el agua!

Se oye lejana la rueda grande de fuegos artificiales que estalla, y la gaita y el tamboril, rumor de gentes que pasan por la calle y el estribillo de la copla, que se repite lejos.

VOCES DE HOMBRE. *Lejos.*

¡Ay, ay, ay, que se le lleva el río!
¡Ay, ay, ay, que se le lleva el agua!

DOÑA CECILIA. *Levantando la cabeza con angustia.* ¿Qué va a ser de nosotras?

RAFAEL. *Acercándose y sacando la cartera.* Aquí hay tres mil pesetas que el señor me dejó pa que las entregara a la señora en cuanto que yegara el parte. Con otras dos mil que él yeva pa el viaje y pa poder entrá en Nueva York como emigrante, con un nombre supuesto, son todo lo que tiene en er mundo a la hora presente.

Tome la señora. *Deja el dinero encima de la mesa.* Y disimule la señora el mal rato que no ha habido más remedio que darle. *Se dirige a la puerta.*

DOÑA CECILIA. *Levantándose con violencia.* ¿Dónde vas?

RAFAEL. *Con firmeza.* ¡Voy con mi amo, señora!

DOÑA CECILIA. *Con asombro.* ¿Tú, tú?

RAFAEL. Hasta er fin der mundo, sí, señora... A la madrugá sale un vapor der puerto.

DOÑA CECILIA. ¡No te vayas, no nos dejes así!

RAFAEL. Mi amo está solo y desamparao... yo no tengo obligación con nadie de este mundo más que con él... él me amparó a mí cuando yo tenía más hambre que Dios paciencia. . y eso no se me orvía... y él lo sabe, que al marcharse me dijo: «No te digo adiós, que sé que me has de venir a buscar... ayá te espero...»

DOÑA CECILIA. *Con rencor.* A ti te dijo eso... ¡a ti! ¿No tenía nadie mejor a quien decírselo?...

RAFAEL. No sé si lo tendría, señora... eyo es que a mí me lo dijo. Si me he quedao hasta hoy fué porque él mismo me lo pidió, porque no se fiaba de nadie pa darle a la señora este trago... Pero ya he cumplido con mi obligación y no me queda na que hacer en España...

DOÑA CECILIA. *Sujetándole.* ¡Pero dime siquiera dónde está!... ¿Qué nombre ha tomado?

RAFAEL. *Hoscamente.* ¡No lo sé!

DOÑA CECILIA. *Forcejeando con él, que quiere escapar.* ¡Sí lo sabes! ¡Y yo tengo derecho a saberlo también!

RAFAEL. ¡Pa que mañana lo sepa media España!

DOÑA CECILIA. ¿Qué dices?

RAFAEL. ¡Las mujeres no saben guardar un secre-

to! Y señora: ¡la única salvación de mi amo es que to el mundo se figure que se lo ha tragao la tierra! ¡Déjeme usted marchar!

DOÑA CECILIA. ¡No, no!

RAFAEL. ¡Señora, por el amor de Dios, que si me quedo, tarde o temprano tengo que cantar, y antes quiero tragarme la lengua que perder a mi amo! ¡Buenas noches!

Han ido peleando hasta la puerta, y al decir buenas noches se aparta bruscamente dándola un empujón, y sale violentamente; ella, del empujón, cae en una butaca que hay en un rincón junto a la puerta, y se queda acurrucada y llorando. Entran riendo y cogidas del brazo Carmen y Elvira; sin reparar en su madre, pasan corriendo y se asoman al balcón para despedir a los que se supone han quedado abajo; se oyen voces confusas de adiós desde la calle.

ELVIRA Y CARMEN. *Pasando.* ¡Ja, ja, ja, ja!

VOCES. ¡Adiós, adiós, buenas noches!

CARMEN. *En el balcón.* ¡Adiós, adiós, buenas noches!

ELVIRA. *Riéndose de algo que le dicen.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Naturalmente! ¡A dormir ahora mismo! ¡No se me olvida, no!

VOCES. *Confusas.* ¡Adiós, adiós!

Carmen y Elvira se vuelven sin entrar del todo y hablan muy contentas en el balcón.

ELVIRA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto! ¡Dice que no me olvide de soñar con él! ¡Ja, ja, ja!

CARMEN. *Palmoteando.* ¡Ay, corre una estrella! ¡Pide pide, pide una cosa!

ELVIRA. ¡Ya está pedido!

CARMEN. ¿Qué?

ELVIRA. Es un secreto. ¿Y tú?

CARMEN. ¡Yo no pido nada! ¡Que me den lo que quieran! ¡De todos modos tengo que ser feliz, feliz, feliz como esta noche! ¿Verdad que hay días que no quisiera una que se acabaran nunca? ¡Y este es el mejor de mi vida, porque ya soy mujer, porque voy a vivir, porque voy a querer a quien me quiera!... ¡Viva la vida! ¡Viva la vida!

ELVIRA. ¡Chiquilla, qué entusiasmo! ¡Ja, ja, ja!

La madre las mira con espanto desde su sitio mientras cae el telón.

ACTO SEGUNDO

Sala-comedor en una casa pobre de la clase media. Dos balcones al fondo, a la derecha dos puertas, y a la izquierda una en primer término. Aparador de nogal, chapeado; sillas vulgares de madera curvada, camilla. Junto al balcón, una mesita con máquina de escribir, papeles y algunos libros. En la pared, estante modesto con otros cuantos libros en rústica. En las otras paredes, algunas fotografías. La acción, en Madrid. Al levantarse el telón, Doña Cecilia, muy acabada, con el pelo casi completamente blanco, está asomada al balcón, mirando a la calle y haciendo gestos como si despidiese a alguien. Viste una bata de percal bastante vieja, pero limpia, y lleva zapatillas. Tiene, a pesar de la pobreza de su atavío, un resto de dignidad en el porte y en la expresión.

DOÑA CECILIA. *En el balcón.* ¡Adiós!... ¡Buen viaje! *Entra con aire de desaliento.* ¡Todo sea por Dios!

Se sienta en una silla y se limpia los ojos con el pañuelo.

CALIXTO. *Entra por el fondo. Es un muchacho de veintidós años, pobrísimamente vestido de americana, sin nada a la cabeza; viene frotándose las manos y estirando los brazos, como para descansar después de haber llevado un peso grande.* ¡Ea, ya

está! ¿Sabe usted que pesaban las maletas? Pero, doña Cecilia, ¿está usted llorando? ¿Porque se ha marchado el don Enrique? ¡Digo si tiene usted el corazón sensible!

Doña Cecilia. ¡Era el único huésped que pagaba, hijo! *Suspira.*

Calixto. *Mirando al suelo con cierta confusión.* Doña Cecilia... yo... *Rascándose suavemente la cabeza.* De sobra sabe usted que también he pagado mientras he podido.

Doña Cecilia. ¡Pero hace tanto tiempo que no puedes!...

Calixto. ¡Por Dios, doña Cecilia, no me eche usted a la calle! ¿Qué estorbo le hago a usted?

Doña Cecilia. Hijo, siento decírtelo; pero eres una boca más...

Calixto. *Sonriendo.* ¿A no comer? ¿Qué más le da a usted una más que una menos?

Doña Cecilia. *Sonriendo a pesar suyo.* ¡Calla, calla!

Se levanta con aire de desaliento y se dirige a la puerta de la derecha.

Calixto. ¿Dónde va usted?

Doña Cecilia. A aclarar un poco de ropa que tengo en lejía; no quiero que mi Carmen venga rendida de su trabajo y se ponga a lavar hasta las tantas.

Calixto. *Con solicitud cómicamente patética.* ¿Quiere usted que le saque el agua... o que le barra la cocina... o que le limpie a usted las botas?

Doña Cecilia. Gracias, hombre, gracias; no necesito nada por ahora.

Sale por la puerta de la derecha Elvira, en falda de barros, a medio peinar, con un espejito en una mano y unas tenacillas en la otra; viene con aire de egoísta malhumor.

Elvira. *Entrando.* ¡Qué casa ésta! ¡No se ve gota en ninguna parte!

Cuelga el espejito de la madera del balcón, se acerca a la mesa y coge un papel.

Doña Cecilia. ¿Qué buscas?

Elvira. *Con desabrimiento.* Un papel para probar las tenacillas.

Doña Cecilia. ¡Por Dios, hija, no revuelvas la mesa, que luego tu hermana se disgusta si se le pierde algo!

Elvira. Mi hermana se disgusta por todo, siendo cosa mía.

Doña Cecilia. *Con tristeza.* ¡No digas eso, que de sobra sabes que no es verdad!

Elvira. *Señalando un paquete que hay sobre la mesa envuelto en un papel blanco y atado con una cinta azul.* ¿Qué es esto?

Doña Cecilia. No lo sé; un recuerdo que ha dejado don Enrique para Carmen.

Elvira. *Con envidia.* ¡Para Carmen había de ser! *Se riza el pelo mientras habla.*

Doña Cecilia. *Suspirando.* ¡Válgame Dios!

Calixto. ¡Dichoso él que puede regalar! Ahí tiene usted un hombre con suerte. A los veintitrés años acaba su carrera de médico, y se marcha a su pueblo a casarse con una prima rica que le está esperando. ¡Qué a gusto debe uno matar gente estando casado con una prima rica! ¿No habrá una prima rica en el mundo para este desgraciado?

Manolita. *Entrando.* ¡Parece mentira que diga usté eso con veintidós años y todos los remos cabales! Buenas tardes, doña Cecilia; buenas tardes, Elvira.

Manolita es una muchacha del pueblo de Madrid. Tiene veinte años, es bonita y alegre. Viste, como muchacha madrileña de oficio, falda de lanilla obscura, blusa de percal clara y pañuelo de crespón con flecos. Trae en la mano un bolsillo grande de piel barata.

DOÑA CECILIA. *Contestando afectuosamente al saludo de Manolita.* ¡Buenas tardes!

Elvira, que sigue rizándose el pelo, no se molesta en responder, y poco después desaparece, llevándose las tenacillas y el espejito.

CALIXTO. Buenas tardes, Manolita, aunque usted no quiera.

MANOLITA. ¡Felices, Calixto! *A doña Cecilia.* Aquí está el recibo de la casa, que me le ha dado la portera, al pasar. Dice que luego subirá por los cuartos.

DOÑA CECILIA. Sí, que no se olvide que es primero de mes. Déjalo ahí, a ver si viene Carmen, que habrá cobrado hoy. *Sale por la derecha.*

MANOLITA. *Mirándola salir y dejando el recibo sobre la mesa.* ¡Pobre señora! ¡La verdad es que verse a sus años como se ve, después de haberse visto como se ha visto!...

CALIXTO. *Queriendo ser amable a toda costa.* Muy temprano se vuelve hoy del trabajo, Manolita.

MANOLITA. ¡Temprano le parecerá a usté, que no habrá usté hecho nada en todo el santo día!

CALIXTO. ¡No se enfade usted! ¿Quiere usted que le limpie los zapatos?

MANOLITA. *Sonriendo.* ¡Uy, uy, uy! ¡Qué galante está el tiempo! Eso es que quiere usté que le cosa yo algo.

CALIXTO. No necesito yo motivo ninguno para estar galante con usted; pero, en efecto, ya que es

usted tan buena, si no le molesta a usted demasiado darme unas puntaditas aquí, en el forro de la americana. *Abre la americana y enseña en el forro un gran desgarrón.*

Manolita. *Riéndose.* ¡Digo... unas puntaditas! ¡Traiga usté, hombre, traiga usté!

Calixto se quita la americana y ella se sienta en una silla, y, sacando del bolso avíos de costura, empieza a recoser la americana, y durante toda la escena siguiente cose mièntras habla.

Calixto. *En pie junto a ella y mirándola con admiración agradecida.* ¡Es usted un ángel, Manolita!

Manolita. *Riéndose y mirándole de reojo.* Pero, ¿cómo se ha hecho usté este destrozo?

Calixto. Bajando las maletas de don Enrique, que pesaban más que un mal matrimonio.

Manolita. ¡Ah! ¿Pero se ha marchado ya? ¡Póngase usté delante del balcón y quíteme usté la poca luz que entra!

Calixto. *Separándose del balcón apresuradamente.* ¡Usted perdone! Sí, señora; ahora mismo estará tomando el tren.

Manolita. Así, sin despedirse, a la francesa.

Calixto. ¿Quiere usted más despedida que el banquete que nos dió anoche?

Manolita. ¡Es verdad! *Con ilusión.* ¡Y poco bien que estuvo! ¡Lo que me gusta a mí la Bombilla de noche, con aquel fresquito que sube del río, y lo bien que huele a tierra mojada! ¡Todavía me duelen las piernas de bailar!

Calixto. ¡Sí que se divirtió usted, sí!

Manolita. ¡Anda éste! ¡Pues usté no se quedó atrás, sobre todo empinando!

CALIXTO. Es que el vinillo aquel era traidor.

MANOLITA. Dígamelo usté a mí, que esta mañana cuando cogí la aguja le veía seis ojos. Suerte que una dicha no viene nunca sola, y en la casa donde voy a coser hoy no ha habido costura porque era el santo de la señora y había convidados, y la he estado ayudando a disponer la mesa. Por eso estoy de vuelta tan temprano, como dice usté, porque me ha dado suelta después de merendar. ¡Vaya un menú! Pollos en pepitoria, langostinos en salsa mayonesa, jamón en dulce, galantina de pavo, fresa, pasteles, café, jerez, benedictino...

SEBASTIÁN. *Entrando, mientras Manolita dice estas últimas palabras.* ¡Buen menú!

Sabastián es un señorito de veintiocho años, miserablemente vestido, mal afeitado, con aspecto de «fracasado» absoluto.

MANOLITA. ¡Ya lo creo!

CALIXTO. *Mirándola con cierta voracidad.* ¿Y de todo eso ha comido usted?

MANOLITA. *Relamiéndose.* ¡No que no!

SEBASTIÁN. *Que se ha sentado con desaliento.* Pero, Manolita, ¿cómo se las arregla usted para comer todos los días?

MANOLITA. ¡Toma! Trabajando todos los días.

SEBASTIÁN. Eso es lo que pregunto: ¿cómo se las arregla usted para encontrar trabajo?

MANOLITA. Buscándole.

SEBASTIÁN. Es que yo le busco, pero no le encuentro.

MANOLITA. ¡Claro! Como que no tiene usté oficio ni beneficio.

SEBASTIÁN. ¡Manolita, por Dios, que soy doctor en Filosofía y Letras!

MANOLITA. *Con sorna.* ¡Y sabrá usté latín!

SEBASTIÁN. Y griego, sí, señora, y hasta un poco de sánscrito.

MANOLITA. Lo que yo digo. Los hombres son ustedes muy sabios; pero no saben ustedes nada que sirva para nada. ¡Griego! ¿A quién le hace falta que sepa usté griego? En cambio, las mujeres somos muy ignorantes; pero da la casualidad de que lo poco que sabemos es lo que le hace falta a todo el mundo. Ya ve usté: coser, planchar, barrer, fregar los platos... ¡Cualquier día se muere de hambre una mujer que quiera trabajar! *Levantándose y dando la americana que acaba de coser a Calixto.* Aquí está la americana.

CALIXTO. *Poniéndose la americana.* ¡Gracias!

MANOLITA. *A Calixto.* Y usté, ¿por qué no come?

CALIXTO. *Suspirando.* Porque no soy ni siquiera doctor.

MANOLITA. Pero sabe usté limpiar botas.

CALIXTO. ¡Manolita, que soy hijo de un médico, nieto de un general de brigada, sobrino carnal, aunque desdeñado, de un director de Hacienda!

MANOLITA. *Interrumpiéndole.* ¿Y le da a usté reparo cargar con el cepillo? Esa es otra. A los hombres les da vergüenza todo, menos el no tener vergüenza.

Mientras aun está hablando Manolita, entra Carmen, que viene de la calle. Carmen trae mantilla de velo, un gabancito raído y zapatos no muy nuevos, aunque muy limpios. Los cinco años de penas que han pasado han dado un poco de gravedad a su rostro, pero sin quitarle por completo la chispa de entusiasmo y optimismo, que

son la característica de su espíritu. Trae en la mano una gran cartera de piel con papeles de negocios dentro, un ramo de rosas vulgares y un libro en rústica.

SEBASTIÁN. Es usted un misántropo tremendo.

MANOLITA. ¿Qué quiere decir eso de misántropo?

CARMEN. *Sonriendo.* Que no te gustan los hombres, hija.

MANOLITA. ¡Anda que no! ¡La mar!

SEBASTIÁN. *Sonriendo.* ¿Siendo tan perversos?

MANOLITA. ¡Qué se le va a hacer! También me muero por el pepino y sé que me da cólico. *Antes de guardar en el bolso los enseres de costura.* ¿No hay por ahí ninguna otra chapuza? ¿Están en su sitio todos los botones? ¿No se ofrece nada? Ea, pues hasta otra y mandar.

Carmen se ha estado quitando la mantilla y ha dejado sobre la mesa la cartera, las rosas y el libro.

SEBASTIÁN. ¡Es usted un tesoro!

CALIXTO. ¡Si tuviera un millón, me casaba con usted ahora mismo!

MANOLITA. *Viendo que Carmen mira el paquete que hay encima de la mesa.* Eso es para ti: un regalo de don Enrique.

CALIXTO. ¡Que se vea, que se vea!

Carmen desenvuelve el paquete con cierta ilusión; pero al ver que tiene dentro pañuelos y medias, se ruboriza un poco y baja los ojos.

MANOLITA. ¿Qué es?

CARMEN. *Sonriendo con rubor y un poco de esfuerzo.* Una docena de pañuelos... y otra de medias...

SEBASTIÁN. *Con asombro.* ¡Pañuelos... medias!

CALIXTO. ¡Vaya un regalo fino para una señorita!

CARMEN. ¡Pobre señor! Hay que agradecerle la intención...

Manolita. Y la oportunidad, porque lo que es falta, te harían.

Carmen. *Avergonzada.* Sí, pero...

Calixto. Un caballero fino no le regala a una señorita más que flores o dulces.

Carmen. El pobre es de pueblo, y no está en los toques; no se hable más. *Ata el paquete con prisa y lo deja a un lado.*

Calixto. ¡Es un ordinario!

Manolita. ¡Es un hombre con sentido común! A ver, ¿no hay un valiente *Levantándose con gracia un poquito la falda y enseñando el pie.* que me regale a mí un par de botas? ¡Animarse! ¿Ni siquiera por suscripción? ¿No? ¡Qué le hemos de hacer! Otra vez será. *Recogiendo su saco.* Voy a poner lechuga a mi canario, que estará muertecito de sed con el calor que ha hecho.

Calixto. ¡No está mal canario! Es el grillo ese que se pasa la vida escandalizando.

Sebastián. Dígale usted que se calle siquiera de noche, que nos quita el sueño.

Manolita. ¡A buena hora! ¡Poquitas cosas dulces que sueña su ama oyéndole cantar! Aliviarse. *Sale.*

Sebastián. ¡Es mucha mujer esta Manolita!

Carmen. *Con entusiasmo.* No lo sabe usted bien. Valiente como pocas, y buena como nadie. ¡No tiene padres, no tiene familia, trabaja como una negra, y está siempre más alegre que unas castañuelas! ¡Ella sola ha aprendido a leer, a escribir, a coser, a vivir! ¡A vivir sobre todo! Siempre está dispuesta a hacer un favor, siempre le sobra un real para dárselo al primero que lo necesite. ¡Y decente! ¡Con lo bonita que

es, y sola por el mundo, y parece que la va guardando toda una escolta real.

Sebastián. ¡Sí que son ustedes valientes las mujeres!

Carmen. *Sonriendo.* Regular.

Sebastián. ¡Valen ustedes setenta veces más que nosotros!

Carmen. *Sonriendo.* Como que vamos a arreglar el mundo que ustedes han echado a perder.

Calixto. No podrán ustedes. No tiene remedio.

Carmen. Usted lo ha de ver. *Con gracioso entusiasmo.* En cuanto tengamos nosotras la sartén por el mango, se acabó el pan caro, se acabó el aguardiente barato, se acabó el andar por las calles los chiquillos pidiendo limosna y las mujeres ofreciendo... eso, se acabaron los hijos sin padre y se acabaron las madres sin honra. ¡Ya verán, ya verán ustedes lo bien empedrado y mejor barrido que va a estar Madrid en cuanto una mujer sea alcalde de la villa y corte! *Calixto y Sebastián se ríen.* Sí, sí; ríanse ustedes. *Entra doña Cecilia.* ¡Hola, madre!

Sebastián. *Levantándose.* ¡Buenas tardes, doña Cecilia!

Doña Cecilia. ¿Ya está armado el club? ¿Ya están ustedes arreglando el mundo? Pues no necesitamos más. *A Sebastián.* Ahí tiene usted una carta del interior.

Sebastián. *Con ilusión.* ¿Dónde?

Doña Cecilia. Encima del aparador. *Sebastián se acerca al aparador, coge la carta con afán, y rompe el sobre.*

Calixto. Mucho le interesa a usted.

Sebastián. *Rompiendo el sobre.* A ver si es la contestación de un colegio donde necesitaban profesor de latín... *Lee.*

DOÑA CECILIA. ¿Qué?

SEBASTIÁN. *Con desaliento.* El sastre que me pide diez duros que le debo...

DOÑA CECILIA. *Con rebeldía.* ¡Todo sea por Dios!

SEBASTIÁN. *Acercándose a doña Cecilia.* Doña Cecilia, yo espero que esta misma semana encontraré algo en alguna parte. La mala racha no puede durar tanto, estoy seguro...; pero si usted piensa que no tengo derecho a seguir abusando por más tiempo de la bondad de ustedes, dígamelo usted con franqueza... Me iré esta misma noche... no sé dónde... pero me iré...

DOÑA CECILIA. Yo... Usted comprende que...; pero, en fin, mientras no venga otro, en la alcoba puede usted seguir.

SEBASTIÁN. Gracias, señora. *Sale.*

CALIXTO. Doña Cecilia, ¿me manda usted algo?

DOÑA CECILIA. Que te quites de en medio.

CALIXTO. Sí, señora. *Sale.*

DOÑA CECILIA. *Acercándose a Carmen.* ¿Has cobrado?

CARMEN. Sí. *Saca del bolsillo un billete de cincuenta pesetas, uno de veinticinco, cuatro duros en plata y cuatro pesetas en moneda menuda.* Aquí está... Veinte duros. Qué poco abultan, ¿eh? *Separando el billete grande.* Los diez para el recibo de la casa, que ya le veo aquí.

DOÑA CECILIA. *Con angustia.* ¿Has cambiado uno?

CARMEN. *Sonriendo.* Sí, para comprar estas rosas y este libro en un puesto de viejo: una peseta en junto.

DOÑA CECILIA. *Con reproche tímido.* ¡Hija, de cincuenta que nos quedan para todo el mes!

CARMEN. *Con optimismo.* ¡Por lo mismo! ¡De perdidos, al río! *Se ríe.*

DOÑA CECILIA. *Dolorosamente.* Sí, sí; ríete...

CARMEN. ¡No te apures, madre, que a lo más obscuro amanece Dios! Anda, ponte esta rosa en el moño, verás qué guapa estás. *Abraza a su madre y le pone una flor en el pelo.*

DOÑA CECILIA. ¡Ay, Señor! *Recoge el dinero y va a salir. Cuando ya está en la puerta, Carmen dice, afectando no dar importancia a lo que pregunta.*

CARMEN. *Con afectada indiferencia.* ¿No ha venido Mariano por aquí?

DOÑA CECILIA. *Con desabrimiento.* ¡No ha venido, no!

CARMEN. *Como si hablase para sí.* Es extraño.

DOÑA CECILIA. ¿Por qué?

CARMEN. Porque hace lo menos diez días que no viene.

DOÑA CECILIA. *Con aspereza.* ¿A qué va a venir?

CARMEN. *Con suavidad.* A lo de siempre: a vernos.

DOÑA CECILIA. *Con mal humor.* ¡A volverte a ti el juicio con sus botaratadas!

CARMEN. *Con suavidad dolida.* ¿Por qué dices eso?

DOÑA CECILIA. ¡No sé qué gusto sacas en tener amistades con semejante charlatán!

CARMEN. *En tono de súplica.* ¡Madre!

DOÑA CECILIA. *Excitada.* Nunca le he podido sufrir con paciencia; pero tú has heredado la debilidad que tenía tu padre por él.

CARMEN. ¡Paz a los muertos, madre! *Con emoción.*

DOÑA CECILIA. Es un tarambana, un loco y, además, una mala persona...

CARMEN. *Cediendo con dulzura ante la exaltación de su madre.* ¡Bueno, madre, bueno...; allá él! *Conciliadora.* Después de todo, ¿a nosotras qué nos importa?

DOÑA CECILIA. ¡Ojalá no nos importara! *Sale.*

Carmen mira salir a su madre con cariño y tristeza. Arregla sobre la mesa los papeles que ha traído en la cartera, mira un instante por el balcón, pone las rosas en un vaso, echando en él agua de la botella que hay en el aparador, y vuelve a acercarse al balcón y a mirar a la calle. Va obscureciendo lentamente, y antes de terminar el acto, ha anochecido por completo. Sale Elvira; ha terminado de vestirse y componerse con afectación de elegancia, a pesar de la pobreza de los trapos que lleva encima. Va de sombrero y lleva en la mano un par de guantes de seda clara. Asoma con precaución y quiere atravesar el comedor para salir a la calle sin que Carmen la vea; pero Carmen se vuelve y la ve.

CARMEN. *Con seriedad.* ¿Sales ahora a la calle?

ELVIRA. *Con afectada indiferencia y queriendo pasar.* Sí; hasta luego.

CARMEN. ¿Dónde vas?

ELVIRA. *Afectando indiferencia.* ¿Dónde quieres que vaya?

CARMEN. *Con severidad.* ¿Dónde vas?

ELVIRA. *Echándolo por la tremenda para salir del paso.* Donde me parece, ¡ea! ¿A ti qué te importa? *Se dirige hacia la puerta.*

Cuando Elvira va a salir, Carmen, dominándose, la llama con dulzura.

CARMEN. *Con cariño.* ¡Elvira!

ELVIRA. *Sin expresión, volviendo la cabeza, ya en la puerta.* ¿Qué?

CARMEN. *En tono de súplica.* ¡No salgas... te pido que no salgas!

ELVIRA. *Con violencia.* Pero ¿adónde te figuras que voy?

CARMEN. *Insistiendo, en tono cariñoso.* ¿Dónde vas?

ELVIRA. *Sin rencor, pero molesta, acercándose a Carmen.* ¡Ay, hija, qué pesada te pones! Donde todos los días: a casa de doña Enriqueta.

CARMEN. *Un poco nerviosa.* Es decir, a casa de la madre de Carlos.

ELVIRA. Sí: a casa de la madre de Carlos. ¿Qué hay? *Reparando en que Carmen la mira fijamente.* ¿Qué me miras?

CARMEN. ¿Qué pendientes son esos que llevas?

ELVIRA. *Con bastante confusión.* Ya lo ves... son... unos pendientes.

CARMEN. *Con alarma y reproche.* ¡De perlas!

ELVIRA. *Mintiendo.* ¡Son falsas!

CARMEN. *Con violencia.* ¡Son buenas!

ELVIRA. *Muy alterada.* ¡Son falsas!

CARMEN. *Dominándose.* Aunque lo sean... ¿quién te los ha dado?

ELVIRA. *Vacilando.* Doña Enriqueta.

CARMEN. *Mirándola fijamente.* ¿Estás segura de que no ha sido Carlos?

ELVIRA. *Molesta.* Y aunque lo fuera... No sé qué tiene de particular.

CARMEN. *Con dolor.* ¡Elvira!

ELVIRA. *Queriendo salir del paso con una mala razón.* También a ti te regalan. *Señalando al paquete de pañuelos y medias que está sobre la mesa.* ¡Ya ves!

CARMEN. *Con amargura.* ¡Ya veo!... Pañuelos..., medias... ¡y de algodón! El regalo de un huésped, que se va, a la criada. Me ha visto tantas veces barrerle el cuarto... ¡Y no se habrá atrevido a darme diez pesetas de propina!... ¡Es muy distinto, Elvira!

ELVIRA. Distinto, ¿por qué? Regalo de criada el

tuyo, regalo de señorita de compañía el mío. ¡No sé qué es peor! ¡Carlos me ha visto tantas veces leyéndole el periódico a su señora madre, para que se duerma!... *Con amargura rebelde.* ¡Ay, Dios mío, Dios mío! Además, Carlos me conoció en tiempos mejores... Hasta creo que me quiso un poco. Aquella noche..., que nunca se me olvida..., si yo hubiera querido..., al volver de los fuegos en el muelle... ¡Ya lo creo!

CARMEN. Y a la mañana siguiente..., aunque hubieses querido tú... ¡Ya viste qué prisa se dió a volver las espaldas!

ELVIRA. Es natural: ¡yo hubiese hecho lo mismo con él!

CARMEN. *Con asombro.* ¡Queriéndole!

ELVIRA. *Con desengañada amargura.* ¡Bah, nadie quiere a nadie!

CARMEN. *Con dolor.* ¡Elvira!

ELVIRA. Y además, ¿qué importa lo pasado? Me ha vuelto a encontrar en casa de su madre...; me tiene simpatía...; le duele verme como me ve..., sí; me ha regalado los pendientes... y esta *echarpe*..., y cuatro tonterías..., flores..., dulces... ¡Qué importa!

CARMEN. *Con violencia.* ¡Importa mucho, porque se va a casar!

ELVIRA. *Con rencor celoso.* ¡Con una estúpida!

CARMEN. *Con reproche.* ¡Elvira!

ELVIRA. *Con ira dolorosa.* Con una mujer rica..., como yo entonces..., hija de gobernador..., como yo entonces...

CARMEN. *Con elocuencia digna y desolada.* ¡Elvira, Elvira! por el amor de Dios, que estás en un camino imposible,

¡Los hombres no dan nada por nada! ¿Dónde vas a parar?

ELVIRA. No lo sé... *Carmen la mira con espanto.* Sí, tienes razón. *Con sinceridad.* El camino es malo...; es imposible que esto siga así mucho tiempo, porque él exigirá, y yo no estoy dispuesta a conceder... No puede seguir..., no puede seguir...; pero ¡que dure siquiera un poco más!

CARMEN. *Con espanto.* ¡Es que le quieres!

ELVIRA. *Con rencor y desprecio infinitos.* ¡Yo! ¡Quererle yo, después de lo pasado!... ¡Ni a él ni a nadie! Pero aquí *Precipitándose en amargura desatinada.* nos ahogamos de miseria, y en casa de su madre hay lujo, hay abundancia, hay calor en invierno, hay alfombras, hay muebles, hay comodidad. ¡Es de ellos, ya lo sé! pero yo la disfruto mientras estoy allí... Yo no puedo vivir, ¡porque no es vivir como aquí vivimos!... ¡No puedo! ¿Qué vais a cenar esta noche? *Carmen hace un gesto ambiguo.* Pues yo allí cenaré lo mejor que haya habido en la plaza..., estaré entre gentes de mi clase...; me ahogo en esta ordinariez...; ¡estos huéspedes!... tal vez me llevarán al teatro, me traerán aquí en automóvil...

CARMEN. *Desesperada.* ¡Pero en el automóvil no vendrás sola! ¡No vuelvas a esa casa!

ELVIRA. ¡No pidas imposibles! Yo no soy como tú. No me resigno a andar con los zapatos rotos. ¡Me da tanta vergüenza la miseria, como si fuera un crimen!...

CARMEN. ¡Por Dios!

ELVIRA. Ya ves..., llevo dos guantes de la mano izquierda..., porque siempre rompo primero los de la derecha, y así puedo decir, para disculpa de no lle-

varlos puestos, que al salir de casa los cogí equivocados....

Carmen. *Con piedad.* ¡Elvira!

Elvira. No soy como tú..., no soy como tú...; no sé hacer nada que sirva para nada..., y aunque supiera, ¡no he nacido mujer, no he nacido bonita para destrozarme las manos sobre una máquina de escribir! Te admiro, te tengo envidia..., a veces hasta rabia; pero no puedo, soy cobarde, no puedo. *Se deja caer en una silla y solloza desesperadamente. Carmen, en pie junto a ella, la mira con piedad y calla. Entra Doña Cecilia y se queda mirándolas con angustia.*

Doña Cecilia. *Entrando.* ¿Qué os pasa, hijas? ¿Ya estáis disputando otra vez?

Carmen. No, madre; no es disputar...; es que yo le estaba diciendo a Elvira...

Elvira, sin decir palabra, se levanta con violencia y sale por la puerta que da a la calle.

Carmen. *Sobrecogida en un principio por la rapidez de la acción de Elvira, se queda inmóvil, casi con la boca abierta; luego la llama.* ¡Elvira! *Por toda respuesta se oye un portazo. Carmen se pasa la mano por la frente, como para despertar de una pesadilla. Con repentino arranque, acercándose a su madre.* ¡Madre!

Doña Cecilia. *Con susto, porque sospecha lo que Carmen le va a decir.* ¿Qué quieres, hija?

Carmen. *Con vehemencia.* ¡Madre..., no debes consentir que Elvira salga sola, que vaya donde va!

Doña Cecilia. *Tímidamente.* Pero..., ¿por qué?

Carmen. *Sordamente.* Es joven..., es bonita... *Exaltándose.* ¡Está en peligro, madre, te lo juro! ¡Mira por ella! *Doña Cecilia, por toda respuesta, se echa a llorar.* ¡No llores,

madre! *Con un poco de violencia.* ¡Por el amor de Dios, no llores, que con llorar no se adelanta nada!

DOÑA CECILIA. *Con apuro casi infantil.* ¿Te enfadas conmigo? ¿Qué quieres que haga?

CARMEN. *Con un poco de sequedad.* ¡Mandar como debes!

DOÑA CECILIA. *Con espanto.* ¿Mandar? ¿Yo mandar? Si ya no soy nadie, si ya no tengo alma para nada... Vosotras, que ya sois mujeres... Todo está en vuestras manos..., en las tuyas..., porque tú eres más buena y más valiente, porque sabes más.

CARMEN. *Apartándose un poco y como si hablase consigo misma.* ¡Es que yo no puedo con todo!

DOÑA CECILIA. *Viendo la actitud un poco seria de Carmen, apela al recurso de las mujeres débiles cuando quieren desarmar a un hombre, y dice entre suspiros y llantos.* Es verdad... Tienes razón... Si no nos tuvieras a nosotras, con lo que sabes, con lo que ganas, podrías vivir tan ricamente... ¡Somos la piedra que te has atado al cuello!

CARMEN. ¡No digas eso!

DOÑA CECILIA. *Continuando.* ¡Yo ya poca guerra te puedo dar!...

CARMEN. *Acercándose a ella.* ¡Madre!

DOÑA CECILIA. *Sintiéndose de nuevo protegida, arrecia en sus lamentaciones.* ¡Soy vieja, muy vieja!

CARMEN. *Sonriendo a pesar suyo.* No tienes cincuenta años.

DOÑA CECILIA. ¡Tengo un siglo! *Ya con sinceridad.* Estos cuatro años de miseria negra, de humillación, de frío!... ¡Sin ninguna esperanza, desde que supimos la muerte de tu padre! ¡No puedo más! *Con egoísta pero conmovedora compasión de sí misma.* ¡Yo no había nacido para esto! *Con ternura maternal.* ¡Ni vosotras tampoco, hi-

jas de mi vida! *Con rencor de mujer.* ¡Tu padre nos perdió!

CARMEN. *Con apasionada protesta.* ¡Mi padre se perdió por nosotras! *En voz baja y mordiendo las palabras.* ¡Es muy distinto! Nosotras fuimos la causa de su ruina. ¡Nosotras tenemos la culpa de su muerte!

DOÑA CECILIA. *Viendo que ha dado un paso en falso.* ¡Me quiero morir!

CARMEN. *Acercándose a ella con piedad y acariciándola como a un niño.* ¿Por qué?... Ea, no llores... Si se va a arreglar todo. Tienes razón: no te volveré a hablar de cosas tristes... Perdóname...; es que yo algunas veces veo visiones... Límpiate esas lágrimas. *Le limpia los ojos con el pañuelo.* De todo saldremos... Mira, hoy traigo trabajo extraordinario..., unas cartas para uno de los jefes de mi escritorio, don Julián Rovira, ese señor tan rico que ha venido de América, y que paga tan bien. *Con afectación de alegría.* ¡Lo menos seis pesetas me gano esta noche! ¡No se llora más! *La besa en la frente.*

DOÑA CECILIA. *Sorbiéndose las lágrimas como una criatura.* ¿No estás disgustada conmigo?

CARMEN. No.

DOÑA CECILIA. ¿Ni con tu hermana?

CARMEN. No.

DOÑA CECILIA. *Levantándose.* Es muy buena.

CARMEN. *Que quiere acabar.* Sí, madre.

DOÑA CECILIA. *Insistiendo.* Pero no es como tú... Tú eres como un hombre...

CARMEN. *Queriendo acabar.* Eso es..., como un hombre...

DOÑA CECILIA. Por eso... algunas veces no puedes comprender...

CARMEN. *Empujando a su madre suavemente.* Anda...,

anda a refrescarte esa cara...; ¡se acabó! Yo voy a trabajar un rato... Anda. *La besa.* No llores más..., no te apures.

Entra Manolita, que trae un cestillo con labor de costura y la jaula del grillo encima de la labor. Doña Cecilia sale, y desde la puerta se vuelve hacia su hija y la mira con expresión de animalejo castigado. Carmen le hace un gesto cariñoso, y ella, ya tranquila, sale. Carmen, después de encender la luz eléctrica, porque ya ha obscurecido por completo, se acerca a la mesa, donde Manolita ha dejado también su cesta y su jaula.

CARMEN. *Mirando salir a su madre, con piedad más de madre que de hija.* ¡Pobre madre mía! *Volviéndose a Manolita.* ¿Tú la encuentras muy mal?

MANOLITA. ¡Qué quieres que te diga! Está muy acabada.

CARMEN. *Con un poco de exaltación.* Yo, a fuerza de mirarla, ya no veo; pero me parece que hace un poco de tiempo está peor..., más abatida, y al mismo tiempo..., así como excitada... ¡Verdad que todo está tan malo! Nadie encuentra trabajo, nadie paga; esto no es una casa de huéspedes: es un asilo.

MANOLITA. Sí, donde unos cuantos señoritos gorrones duermen bajo techado, gracias a que tú ganas para pagar el alquiler del cuarto. ¡Mira tú que son desahogados! Están viendo que no hay un pedazo de pan y aquí siguen tan ternes... ¡Si es de lo que no hay! Pues no ha tenido calma tu madre de subirle buñuelos para el chocolate al don Sebastián esta misma mañana porque dice que el pan no le sienta. ¡Angela María! ¡Que no le sienta el pan! Ya le sentaría yo las costuras si fuera que tu madre; pero ella, la infeliz,

como ha sido señora y tiene educación, todo lo arregla con llorar.

Carmen. *Con exaltación.* ¡Ay, si yo fuera hombre, para ganarle lo que necesita, aunque fuera arrancando piedras con los dientes! Pero ¿dónde va una mujer? Ya ves: yo sé partida doble, sé taquigrafía, sé escribir a máquina, sé francés, trabajo nueve horas al día ¡y gano veinte duros! Y que no falten.

Manolita. ¡Y que lo digas!

Carmen. Y esta semana no puedo quejarme, que traigo trabajo extraordinario casi todos los días.

Manolita. ¿Y te vas a pasar la noche escribiendo?

Carmen. Con eso disfruto del fresco, que hoy en la oficina ha hecho un calor...

Manolita. Pues mira, yo también tengo una chapuza de costura; *Va haciendo lo que dice.* de modo que si quieres te acompaño, y con eso gastamos la mitad de la luz. Abrimos el balcón, echamos la persiana, ponemos el tiesto de albahaca aquí junto a las rosas, colgamos ahí el grillo, y noche de verbena.

Carmen. *Riéndose.* El que no se consuela es porque no quiere.

Manolita. *Sentándose a coser.* ¡Ajajá!

Ligera pausa. Carmen escribe y Manolita cose y canta bajito. Pasa doña Cecilia con un velito miserable a la cabeza y un serillo de los de ir a la compra en la mano.

Doña Celilia. *Pasando.* Voy a buscar la cena. *Sale.*

Pasado un instante aparece Calixto en la puerta.

Calixto. *Entrando.* ¿Estorbo?

Manolita. No; pero no hace usted falta ninguna.

Calixto. Ustedes disimulen. *Se acerca al balcón y bebe a chorro en el botijo.*

MANOLITA. ¡Bébase usted la horchata, si le parece! ¡A ver con qué refrescamos nosotras a media noche!

CALIXTO. *Obsequioso.* Está casi vacío. ¿Quieren ustedes que le vaya a llenar?

MANOLITA. Sí; pero vaya usted a llenarle a la Fuentecilla, a ver si tarda usted un rato en volver.

Sale Calixto con el botijo.

¡Ay, qué zángano!

Carmen termina una carta, la relee y se frota las manos para descansar.

¿Sabes a quién he visto esta mañana? A Mariano.

CARMEN. *Con emoción.* ¿A Mariano? ¿Dónde?

MANOLITA. En la Puerta del Sol. Iba en una «manuela» con un franchute. Tan finchao como siempre. No me vió..., o no me quiso ver. Como llevaba traje nuevo, le daría vergüenza acordarse del sin fin de veces que le he zurcido los pantalones.

CARMEN. *Sonriendo.* Eso, no; orgulloso no es.

MANOLITA. Chica, chica, ¡cómo le defiendes!

CARMEN. *Con un poco de rubor.* ¿Yo?

MANOLITA. ¡A que va a tener razón tu madre, que dice que te tiene vuelto el juicio!

CARMEN. *Con un poco de rubor.* No es eso...; pero como le conozco desde que era chica, *Suspirando.* desde que vivía mi padre..., y luego ha estado tanto tiempo aquí, en casa, de huésped, le tengo simpatía... Además, pensamos lo mismo en tantas cosas... y hemos hablado tanto, tanto de todo .. que la verdad...

MANOLITA. Que la verdad, le quieres.

CARMEN. No lo sé...; es decir..., algunas veces he pensado..., sueños que una se forja para pasar el rato...; pero ya ves con qué fundamento... El a mí

nunca me ha dicho nada; asi es que ni siquiera sé si me quiere.

Manolita. *Muy interesada.* ¿Y te importa saberlo? Pues, hija, lo que es yo pronto había salido de dudas.

Carmen. ¿Qué ibas a hacer?

Manolita. *Muy decidida.* Echarme otro novio esta misma noche. Aunque fuera Calixto.

Carmen. ¿Y qué adelantabas con eso?

Manolita. ¡Toma! ¡Ver por dónde respiraba él!

Carmen. ¿Tú qué crees?

Manolita. Lo primero, que tú eres una prima y que él es un estúpido.

Carmen. *Riéndose.* ¡Manolita!

Manolita. ¡A ver, qué vida! A ti te gusta él; él se lo figura; tú te figuras que le gustas a él, y cuando os quedáis juntos seguís hablando de todo eso de la guerra y la paz, y de si debe o no debe de haber soldados en el mundo, y si el dinero debe ser de los ricos o de los pobres... ¿Y para eso sois los dos tan leídos y tan escribidos? ¡Pues vale la pena de gastarse los cuartos en comprar libros viejos!

Calixto. *Apareciendo en la puerta.* ¿Hay permiso?

Manolita. ¡Ya está usté aquí otra vez!

Calixto. Sí, señora; a traer el agua. *Pasa a dejar el botijo en el balcón, y dice mientras anda.* Ahí viene el anarquista.

Carmen y Manolita. *A un tiempo, pero con diferente expresión cada una.* ¡Mariano!

Calixto. *Acercándose a ellas.* En la puerta está hablando con Sebastián.

Manolita. *Levantándose vivamente.* Pues véngase usté

conmigo a la cocina, que le quiero contar a usté un secreto.

CALIXTO. Al infierno que sea voy yo con usted. *Sale.*

CARMEN. *A Manolita.* ¿Te marchas?

MANOLITA. ¡No que no!

MARIANO. *Apareciendo en la puerta.* ¿Se puede?

MANOLITA. ¡Adelante! ¡Jesús y qué caro se vende usté! Desde que anda usté en coche, no quiere usté nada con los pobres.

MARIANO. *Entrando.* Veo que están ustedes trabajando. ¿Estorbo?

MANOLITA. Al contrario. No sabe usté lo a tiempo que llega. Carmen y yo tenemos una duda, y usté es el único que nos puede sacar de ella.

MARIANO. Usted dirá.

MANOLITA. No, no. Carmen es la que tiene que decir. Vaya, hasta luego, que no quiero estorbar. *A Carmen.* En cuanto se despeje la incógnita tocas el timbre. *Sale.*

MARIANO. *Acercándose a Carmen.* ¿Qué dice Manolita de dudas y de incógnitas?

CARMEN. *Un poco confusa.* Tonterías suyas. Siempre está de broma.

MARIANO. *Con afectación.* ¡Dichosa ella que puede estarlo!

CARMEN. *Ya serena y con simpático optimismo.* De broma, no; pero de buen humor, todos podemos estar queriéndolo. ¡Nunca falta un rayo de sol, aunque sea chico, para alegrar el día más negro!

MARIANO. ¡Eres optimista!

CARMEN. *Con ilusión.* ¡Tengo veintidós años, y esperanza para medio siglo! *Acercándose a él.* ¿Tú no?

Mariano. ¡Cuando estoy contigo, sí que me dan ganas de esperar en todo! ¡Tienes el optimismo contagioso, chiquilla!

Carmen. *Con burla ilusionada.* Y tú debes tener muchísimo miedo de que se te contagie.

Mariano. ¿Por qué?

Carmen. Por lo caro que te vendes, como dice Manolita. Ya creíamos que te habías muerto.

Mariano. Por lo visto lo tomabais con filosofía. Desde la escalera os he oído reir.

Carmen. *Con ternura.* Hijo, las pobres no podemos llorar, porque si se nos echan a perder los ojos, ¿con qué nos vamos a ganar la vida?

Mariano. *Acercándose a ella con emoción momentánea.* ¡Carmen!

Carmen. *Con impaciencia de amor.* ¿Qué?

Mariano. *Arrepentido y apartándose un poco.* Nada...

Carmen. *Con un poco de decepción.* ¡Jesús, qué susto me has dado con esa cara fúnebre que has puesto! *Se sienta a la mesa.* ¿No te sientas?

Mariano. *Sentándose y después de una pausa breve.* ¿Estabas escribiendo?... ¿Tienes mucho que hacer?

Carmen. *Sonriendo.* ¡Bah! ¡La noche es larga!

Mariano. *Con decisión repentina.* ¡Tengo que decirte una cosa!

Carmen. *Turbada por la esperanza.* ¿A mí?...

Mariano. Por eso no he venido estos días...

Carmen. ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia. Me tienes que decir una cosa y por eso no vienes a verme. ¿Tan mala es? ¿Has cometido un crimen? ¡Confiesa, hombre, confiesa!

Mariano. ¡Eres la mujer más buena del mundo!

CARMEN. *Con broma cariñosa.* ¡Malo, malo! ¡Penitente que empieza con adulaciones mucho tiene que hacerse perdonar!

MARIANO. ... La más inteligente, la más generosa. Todo lo poco bueno que he pensado desde que te conozco, te lo debo a ti; todas las energías, todos los entusiasmos, me han venido de ti...; ¡he aprendido de ti tantas cosas!

CARMEN. *Con emoción.* ¡Pues mira tú que yo sé también mucho!

MARIANO. *Con un poco de exaltación.* Sabes lo que vale más que nada, lo que no se aprende en los libros; sabes pensar con lógica y sentir con justicia, y en eso has sido mi única maestra. Sabes vivir. Has venido al mundo como a una fiesta, y ese optimismo tuyo, inquebrantable como una religión, es lo único que me ha dado valor en tantas horas de pobreza y de angustia. Cuando está uno a tu lado y te oye reir con hambre y con frío, le da a uno vergüenza de ser hombre y de ser tan cobarde.

CARMEN. *Un poco desconcertada.* Pero... ¿por qué me dices eso ahora?

MARIANO. *Con un poco de precipitación.* Porque debo decírtelo ahora, precisamente. Ahora, precisamente, necesito que sepas que la única nobleza de toda mi vida ha sido esta amistad que ha habido entre tú y yo.

CARMEN. *Sin comprender del todo y esforzándose por conservar su ilusión.* Ha sido... esta amistad... ¿Por qué hablas en pasado? Parece que estás haciendo testamento...

MARIANO. *Con afectación de fatalidad.* Casi, casi.

CARMEN. *Con alarma.* ¡Qué dices!

Mariano. Carmen..., he encontrado una colocación.

Carmen. *Con alegría intensa, olvidándolo todo.* ¿Sí?... ¿Dónde? Me dijo Manolita que ibas en un coche con un francés.

Mariano. Con un inglés...; da lo mismo. Sí, con el gerente de una Compañía que explota en Africa el transporte a Inglaterra del aceite de palma... *Muy deprisa.* Me envían a una sucursal en Sierra Leona.

Carmen. *Sin voz.* ¿Te marchas?

Mariano. Sí, me voy... esta misma noche... *De prisa.* Eso es lo que tenía que decirte...

Carmen. *Sordamente.* Te marchas... esta misma noche. . ¿Y hasta hoy no lo has sabido?

Mariano. *Disculpándose.* Lo sé... hace una semana; pero no he tenido valor para venir a decírtelo antes.

Carmen. *Con firmeza.* ¿Por qué?

Mariano. ¡Me da tanta pena despedirme de ti..., acaso para siempre!

Carmen. ¿No piensas volver nunca? Africa no es el fin del mundo.

Mariano. *Con insinceridad.* Cuando uno se marcha, no sabe nunca si volverá... Voy a luchar por la vida como una fiera... Puede que con la vida pague la lucha. *Con afectación de escepticismo.* ¡Eso es lo de menos! ¡Si vieras lo poquísimo que me importa la muerte! *Acercándose a ella.* ¡Adiós, Carmela, y gracias por todo lo que has hecho por mí!... ¡Que Dios te lo pague y te haga muy feliz!

Carmen. *Secamente.* ¡Gracias! *Acercándose a la puerta, llama.* ¡Manolita!

Mariano. *Con fingida emoción.* ¡Yo no lo olvidaré nunca, nunca!

CARMEN. *Con fingida indiferencia.* ¡Bah..., no es para tanto!

MANOLITA. *Entrando con regocijada curiosidad.* ¿Llamabas?

CARMEN. *Secamente.* Sí, para que te diga adiós Mariano, que se ha venido a despedir.

MANOLITA. *Que se queda casi sin respiración a fuerza de asombro.* ¿Dónde se marcha usté?

MARIANO. *Queriendo sonreir, pero sin poder conseguirlo.* A Africa, Manolita, para lo que usted guste mandar.

MANOLITA. *Que se da cuenta de la situación, con un poco de sorna.* ¿A Africa? ¿Donde están los moros?

CARMEN. *Con burla sangrienta.* Un poco más abajo donde están los cafres.

Mariano la mira y baja la cabeza como avergonzado.

MANOLITA. *Con sorna.* Vaya, pues que sea para bien y que encuentre usté por aquellas tierras una negrita de buen corazón.

CARMEN *Deseando acabar.* No le entretengas, que se marcha esta noche y va a perder el tren. *Hasta el fin de la escena hace violentísimos esfuerzos por dominarse y conservar la serenidad a fuerza de orgullo femenino; pero apenas puede sostenerse y se apoya en los muebles.*

MARIANO. Yo... me despediría de tu familia...

CARMEN. *Secamente.* Mi hermana ha salido y mi madre también. Ya te despediremos nosotras.

MARIANO. Adiós entonces... *Da la mano a Manolita.* ¡Manolita!...

MANOLITA. ¡Muy buen viaje!

MARIANO. *Acercándose a Carmen con un poco de confusión.* ¿No me das la mano?

CARMEN. *Sonriendo con esfuerzo.* ¿Por qué no? *Le da la mano.*

MARIANO. ¿No me dices nada?

CARMEN. Lo mismo que tú a mí ¡Que seas muy feliz!

MARIANO. ¡Adiós!

CARMEN. Adiós.

Este "adiós" le dice ella sin expresión ninguna. Sale él; ella permanece en pie hasta que él ha salido y un momento después; luego, se deja caer en una silla, se echa de bruces sobre la mesa y rompe a sollozar.

MANOLITA. *Que los ha estado mirando con angustiada curiosidad, se acerca a ella y la abraza para consolarla.* Pero ¿qué ha sido esto?

CARMEN. *Levantando la cabeza y hablando entre lágrimas con apasionamiento y amargura.* Nada..., no ha sido nada... ¡Que se va..., que se marcha!... ¿No lo has oído? ¡Que no le importa nada..., que viene a despedirse por cumplir... *Sordamente.* y por remordimiento..., porque sospecha que yo le quiero a él... *Con amargura.* ¡Por lástima!... ¡Miserable de mí, que no he sabido ocultar que le quiero! *Precipitándose.* Ha venido... a decirme que hemos sido amigos *Ahogándose.* y que soy la mujer más buena del mundo... *Con rebeldía apasionada.* ¡Amigos..., necia de mí...; amigos..., algo más que amigos, cuando él se figuró que yo era rica! *Con dolor.* ¡Amigos... cuando éramos todos miserables, cuando ni para él ni para mí había esperanza..., cuando mi cariño era el único bien que él tenía en el mundo... *Con ira.* Pero ahora que la vida le promete algo, *Mordiendo las palabras.* era preciso dejar bien puesto en claro que no hay entre nosotros compromiso ninguno..., que es libre..., libre como el aire..., que puede no volver..., que no quiere volver..., *Con dolor humano.* que soy pobre, que soy miserable, que soy muy poca cosa para él...

MANOLITA. *Acariciándola como a un niño.* ¡Carmen..., por Dios..., Carmen!...

CARMEN. *Con angustia infinita.* Soy pobre..., soy pobre..., es verdad ..; tengo hambre, y me duelen las manos de trabajar. *Llorando al fin como una criatura.* ¡Madre, madre, tenías tú razón...: la vida es una infamia!

MANOLITA. *Con piedad.* Pero, chiquilla, ¿tanto le querías?

CARMEN. *Con pasión.* ¡Era mi vida..., era mi alma...! ¡No lo sabía, pero ahora que me falta lo sé! *Con dolor.* Todos mis sueños han sido para él..., toda mi esperanza ha sido por él... ¡Mi optimismo!... ¡El engaño de mi amor, que quería vivir a toda costa... *En voz muy baja.* por él..., por él!...

MANOLITA. *Sorbiéndose las lágrimas para no llorar.* ¡Por él, que no se lo merece ni se lo ha merecido nunca! ¡Estabas ciega, como todo el que quiere! *Abrazándola y besándola.* ¡Llora, llora de prisa, *Con un poco de enfado generoso.* para que se te borre con las lágrimas la mentira que te ha estado quitando la vista de los ojos..., para que le veas como es..., para que no te vuelvas a acordar del santo de su nombre!

CARMEN. *Levantando hacia Manolita los ojos, llenos de lágrimas.* ¡Manolita!

MANOLITA. *Llorando a pesar de que se hace fuerte.* ¡Tonta! *Vuelve a besarla.* ¡Peor para él!

Aparece en la puerta Calixto con una tarjeta en la mano.

CALIXTO. ¡Carmen!

CARMEN. *Con sobresalto.* ¿Eh? ¿Qué pasa?

CALIXTO. *Que se asusta al verla llorando.* ¿Está usted mala?

MANOLITA. *Con desabrimiento.* Sí: le duele la cabeza ¿Qué quería usté?

CALIXTO. *Disculpándose.* Yo, nada... *Alargando la tarjeta.* Este caballero que quiere hablar con Carmen.

CARMEN. *Con un poco de desvarío.* Conmigo... ¿Quién? *Manolita ha quitado la tarjeta a Calixto y se la da a Carmen. Leyendo la tarjeta.* «Julián Rovira.» *No queriendo creerlo.* ¡No! *Volviendo a leer.* «Julián Rovira.» *Está completamente aturdida, aún llorando, sin saber dónde está, habiendo perdido por completo el dominio de sus nervios, y la visita le parece un conflicto imposible de resolver. Mira de un lado a otro con angustia.*

MANOLITA. ¿Quién es?

CARMEN. *Sin saber demasiado lo que dice.* El de estas cartas..., el jefe ese del Banco... que te he dicho..., el que me da a escribir... *Sujetándose la frente con las manos.* ¡Ay, Dios mío! *Como si fuese un gravísimo apuro.* Es que le correrán prisa..., y están sin terminar... No sé..., no puedo. *Llora.*

MANOLITA. ¿Quieres que salga yo y le diga que estás un poco enferma y le pregunte...?

CARMEN Sí. *Manolita da un paso.* ¡No!... Que pase...

MANOLITA. *A Calixto.* Dígale usted que pase.

Calixto sale mirando a Carmen con un poco de curiosidad.

¿Quieres algo? ¡Tranquilízate!... Bebe un poco de agua. *Le arregla el pelo.*

CARMEN. ¿Se me conoce que he llorado?

MANOLITA. *Mintiendo piadosamente.* No..., no mucho.

CARMEN. *Queriendo aquietarse.* ¡Ay, Dios mío!

Aparece en la puerta Julián Rovira; es hombre de treinta y ocho años, fuerte, simpático, «muy hombre», bien vestido, pero sin afectación ninguna de elegancia. Está emocionadísimo, aunque procura dominarse. Se detiene en la puerta, mirando a Carmen, sin atreverse a entrar.

MANOLITA. Pase usté, caballero.

CARMEN. *Con voz no muy segura.* Pase usted...

JULIÁN. *Adelantando.* Buenas noches.

CARMEN. Buenas noches.

MANOLITA. Muy buenas.

JULIÁN. *Saludando con finura.* Señorita. *A Carmen.* ¿Su hermana de usted?

MANOLITA. *Vivamente.* ¡No, señor!

JULIÁN. Usted perdone.

CARMEN. *Con efusión de cariño.* ¡Es lo mismo que si lo fuera, o más!

MANOLITA. *Después de sonreir con un poco de confusión.* ¡Buenas noches!

Julián se inclina, y Manolita sale, cerrando la puerta.

Durante la primera parte de la escena, Carmen, aún dominada por su angustia, no sabe del todo lo que hace ni lo que dice. A Julián, dominado por la emoción, le sucede otro tanto; de modo que hay, en los gestos, actitudes y entonaciones de los dos, un poco de incoherencia e inquietud dolorosa.

CARMEN. Siéntese usted..., si gusta.

JULIÁN. Usted perdone que me haya tomado la libertad de venir aquí sin haberle pedido autorización antes...

CARMEN. ¡Oh, viene usted a su casa! *El mira la habitación en derredor, y luego la mira a ella, que está junto a la mesa y los papeles en que ha estado escribiendo. Ella, siguiendo la mirada de él, habla de prisa para disimular la confusión, la vergüenza tan femenina de que un hombre rico la encuentre en casa tan pobre.* ¿Venía usted tal vez a recoger las cartas? Están sin terminar; pero si hay alguna que le corre a usted prisa, la puedo concluir en un momento...

JULIÁN. *Cuya emoción aumenta a la vista del desamparo y la pobreza de ella.* No se preocupe usted por las cartas... no vengo por eso. *Gesto de interrogación de ella.* Vengo, si a usted no le molesta demasiado, a hablarle de un asunto mío... particular.

CARMEN. Pero... siéntese usted...

JULIÁN. Si usted no se sienta... *Sonriendo.*

Carmen hace un movimiento para sentarse, pero no acierta. Se pasa las dos manos por la frente.

JULIÁN. *Acercándose de pronto.* ¿Está usted enferma?

CARMEN. *Con nerviosidad.* ¡No! ¿Por qué?

JULIÁN. *Apartándose.* Usted perdone... Me pareció notar que tiene usted un aire... un poco extraño...

CARMEN. *Con precipitación.* No...; es que estoy nerviosa...; algunas veces me pongo así... por cualquier tontería...; pero no es nada..., nada... *Se sienta.* Diga usted.

JULIÁN. *Sin sentarse.* Carmen... *Asustándose de su propio atrevimiento al oirse pronunciar el nombre.* ¿Me permite usted que la llame así?

CARMEN. *Con suavidad.* ¿Por qué no? Sí, señor... Carmen es mi nombre...

JULIÁN. *Como si tomase una decisión violenta.* ¡Perdóneme usted que no me vaya inmediatamente!

CARMEN. *Levantando la cabeza.* ¿Por qué dice usted eso?

JULIÁN. Porque de sobra comprendo que he llegado en un momento inoportuno..., que usted, ¡por lo que sea!, y usted perdone la indiscreción, no se encuentra usted en situación de ánimo muy favorable para escuchar cosas que no le importan...

Ella, sin hablar, hace un gesto de leve protesta.

Pero... a mí me ha costado tanto esfuerzo decidirme a venir, que no tengo valor para marcharme sin decirle a usted a qué he venido.

CARMEN. *Queriendo sonreír.* ¡Me asusta usted!

JULIÁN. *Queriendo sonreír también.* No es para tanto... *De pronto, después de una brevísima pausa en que no deja de mirarla.* ¡Carmen..., usted no me conoce; pero le aseguro a usted antes de nada que soy un hombre honrado!

CARMEN. *Fríamente.* No lo he dudado nunca.

JULIÁN. *Con apasionamiento.* ¡Es que necesito que esté usted completamente segura de ello!

CARMEN. *Con un poco de alarma inconsciente.* ¿Por qué?

JULIÁN. *Calmándose.* Tengo treinta y ocho años. Desde los quince he tenido que ganarme la vida; he trabajado mucho; he tenido suerte; ahora soy rico. La verdad, hasta hace poco, no he estimado en gran cosa mi riqueza, porque en cuanto se tiene lo necesario para vivir, la única satisfacción que da el dinero es seguir trabajando para seguir ganándole; pero ahora sí, ahora bendigo mi tenacidad y mi fortuna, porque todo cuanto me han puesto en las manos puedo venir a ofrecérselo a usted.

CARMEN. *Levantándose con indignación.* ¡Qué dice usted!

JULIÁN. *Humildemente.* Sí, Carmen. Le ofrezco a usted..., es decir, le pido que acepte todo lo que soy, todo cuanto tengo..., mi cariño, que vale tan poco; mi persona, que aun vale menos...; pero...

CARMEN. *Interrumpiéndole nerviosamente.* ¡Calle usted, calle usted!... Ahora sí que le pido que tenga la bondad de marcharse inmediatamente. *Señala la puerta.*

JULIÁN. *Con dulzura enérgica, y sin moverse.* ¡No se ofen-

da usted, Carmen! Aunque haya temeridad en mí, no hay motivo de ofensa, porque con mi cariño le ofrezco a usted mi nombre...

CARMEN. *Con cansancio infinito.* ¡No puede ser...; déjeme usted! ¡Le pido a usted por Dios que me deje!... *Se sienta rendida.*

JULIÁN. *Acercándose a ella, en voz baja y cariñosa.* ¿Por qué no puede ser?

CARMEN. *Casi llorando de cansancio nervioso.* Porque no... ¡Es imposible...!

JULIÁN. ¿Imposible? *Con miedo.* ¿Es que... quiere usted a otro?

CARMEN. *Vacilando.* No quiero a nadie... *Con arrogancia rencorosa, como para afirmárselo a sí misma.* ¡No quiero a nadie!

JULIÁN. *Con dulzura persuasiva.* ¿Entonces? *Ella no responde. El se acerca, y dice con apasionamiento.* ¡Carmen..., usted no sabe lo que ha llegado usted a ser para mí!... *Con ira contra sí mismo por no encontrar las palabras necesarias.* ¡Yo no lo sé decir, porque nunca he sabido ni he querido hablar con mujeres! Yo pensaba..., ¡he sido tan necio como todo eso!, que una mujer es una hora de fiesta que se compra y se paga cuando está uno cansado de trabajar... *Con admiración ingenua.* ¡Pero usted es tan distinta de todas! Hace tres meses que he vuelto a España, que la conozco a usted, que la veo afanarse, *Sin mirarla a ella, porque la ve en el recuerdo de lo que va diciendo.* ir de un lado a otro... en aquella oficina... *Volviéndose a ella.* Tiene usted un modo tan extraño, tan suyo, de hacer todo lo que hace... ¡Y la voz!... Por oirla a usted hablar invento tantas veces un pretexto para acercarme a usted..., y cuando me acerco ya no sé qué

decir, porque estando usted cerca no hay nada en el mundo.

Ella se sienta sin responder.

¡Carmen..., cada día es una vida nueva, porque usted vive y yo la puedo ver! *Avergonzado como un chiquillo que confiesa un delito.* Todas las mañanas voy al escritorio antes de tiempo, por impaciencia de verla a usted cinco minutos antes, ¡como si tuviera veinte años!..., y siento una inquietud hasta que usted llega, y una felicidad tan absurda al verla a usted llegar... *Con ilusión candorosa.* ¡Usted no sabe la luz que hay en el aire cuando usted se ríe!

CARMEN. *Sordamente.* ¡Mi risa!

JULIÁN. *Acercándose.* ¡Su risa de usted!... *Sordamente.* También me ha hecho sufrir algunas veces su risa de usted... *Con inquietud celosa.* ¡Cuando se ríe usted hablando con otros!... Mire usted..., en eso conocí que era amor el cariño que la tengo a usted... Una tarde... me acuerdo... junto a la ventana... hablaba usted con uno de sus compañeros... ¡y se reía usted! ¡Y me entró una angustia tan insoportable!... Y otro día, una ira... porque uno de los jefes le habló a usted con dureza. *Con ira.* ¡Una ira..., un rencor..., una sed de venganza...! *Con apasionamiento.* Porque usted es mucho más que nadie..., ¡porque no hay nadie más que usted! *Volviendo a acercarse a ella.* ¡Carmen, Carmen!

Ella levanta los ojos y le mira sin expresión.

¿No me dice usted nada?

Ella se levanta sin hablar y se queda en pie junto a la mesa.

¡Es inútil! *Con ira contra sí mismo.* ¡No sé decirle a usted lo que tendría que decir!

CARMEN. *Lentamente, como si despertase de un sueño.* Sí... Sabe usted decir muchas cosas.

El la escucha pendiente de sus palabras, mirándola más que oyéndola hablar.

... muchas cosas... *Con melancolía.* que yo había soñado en oir muchas veces...

JULIÁN. *Sonriendo lamentablemente.* Pero no dichas por mí, ¿verdad?

Ella baja los ojos y no responde.

CARMEN. *Con seriedad y dulzura.* Usted perdone: yo le agradezco mucho la honra que me hace...

JULIÁN. *Con dolida protesta.* ¡No diga usted eso!

CARMEN. Sí, señor, y estimo en lo que vale el cariño que usted viene a ofrecerme... ¡Es tanto, es decir, debería ser tanto, que a uno le quieran! Yo no merezco...

JULIÁN. ¡Carmen!

CARMEN. ¡Nadie merece que le quieran así!

JULIÁN. ¡Usted merece más que nadie!...

CARMEN. *Vacilando.* Pero...

JULIÁN. *Con ansiedad.* ¿Qué?

CARMEN. Yo... no puedo... honradamente..., no puedo, no debo aceptar lo que usted me propone, porque...

El la mira con ansiedad.

... porque... no le quiero a usted. *Bajando mucho la voz y los ojos.*

JULIÁN. *Con apasionamiento.* ¡No importa!... ¡Yo la obligaré a usted a quererme a fuerza de cariño!

CARMEN. *Con apasionamiento.* ¡Yo no sé mentir!

JULIÁN. *Con humildad.* ¡Si no le pido a usted que mienta! ¡Me basta con que se deje usted querer! *Con ab-*

negación y fortaleza. ¡Ni eso! ¡Me basta con que me deje usted ayudarla a sostener la carga que pesa sobre usted!

CARMEN. *Con orgullo.* ¡Puedo sola con ella!

JULIÁN. *Con firmeza muy de hombre.* ¡No puede usted!

CARMEN. *Casi llorando.* ¡Sí puedo!

JULIÁN. *Con ternura persuasiva, emocionado al verla llorar.* ¡No puede usted! ¡No sea usted chiquilla...! Usted ha aceptado por generosidad responsabilidades y deberes que son muy superiores a sus fuerzas...

CARMEN. *Con obstinación pueril.* ¿Usted qué sabe de eso?

JULIÁN. Lo sé porque lo veo. *Con emoción casi paternal.* Ahora mismo... está usted rendida, angustiada... nerviosa... ¡Todo eso es cansancio! Llora usted sin querer, porque ya no tiene usted ni fuerzas para contener las lágrimas .. ¡Lo que hace usted es heroico, pero es insensato!

CARMEN. ¡Eso es cuenta mía!

JULIÁN. *Con explosión de ternura.* ¡Y mía, porque la quiero a usted! *Con humildad.* ¡Usted perdone! *Con emoción.* ¡No puedo verla a usted sufrir! *Acercándose a ella.* ¡Está usted temblando! *Con impaciencia.* ¡Por el amor de Dios, siéntese usted, tranquilícese usted, perdone usted esta insistencia mía! *Ella se sienta y él pasea de un lado para otro nerviosamente.* ¡Ay, si fuera usted hombre, para poderla amparar sin que usted se ofendiera! *Con amor.* Pero no, ¡bendito sea Dios que la ha hecho a usted mujer y que la ha puesto a usted en mi camino! *Acercándose a ella.* ¡Carmen, dígame usted un modo de ayudarla en algo! *Con persuasión.* Usted no puede comprender el tormento que es para mí pensar que usted carece de lo necesa-

rio, y entrar en mi casa, y sentarme a la mesa, y subir en un coche... *Bajando la voz y mirando a otro lado con rubor por no atreverse a mirarla a ella.* Ayer tarde... al salir del escritorio... llovía... las calles estaban encharcadas... y usted llevaba los zapatos rotos...

CARMEN. *Con dolor y vergüenza.* ¡Bah!

JULIÁN. *Con apasionamiento.* ¡Eso no puede ser! ¡Eso no puede ser!... ¡Tome usted mi vida, y tráteme usted como a un esclavo! ¡Tome usted mi vida, y no me vuelva usted ni a mirar si no quiere! ¡Con saber que he podido servirla a usted de algo, me basta y me sobra para ser feliz! Pero *Con impaciencia.* conteste usted, por el amor de Dios! *Casi con violencia.* ¡Diga usted algo!

CARMEN. *Volviendo a levantarse.* Puede que tenga usted razón... Es verdad... La carga pesa mucho... ¡y yo soy una pobre mujer! *Como si hablase consigo misma.* Mi madre se me muere... mi hermana... no sé... ¡y yo no valgo para más! *Con orgullo de mujer leal.* ¡Pero, a pesar de todo, no me puedo vender!

JULIÁN. *Dolido.* Me ofende usted...

CARMEN. *Con apasionamiento doloroso.* ¡No me quiero vender! Si yo, rendida por la necesidad *Él hace un gesto de dolorosa protesta, y ella suaviza el tono.* y por la insistencia de usted, que tanto agradezco... aceptase lo que usted me propone, no podría pagarle en buena moneda...

JULIÁN. Sí, Carmen, sí...

CARMEN. No lo sé. Lo único que podría ofrecerle sería lealtad, fidelidad, cumplir estrictamente mis deberes de mujer honrada... y eso no es bastante...

JULIÁN. Para mi, sí .. teniéndola a usted cerca... sí.

CARMEN. Eso lo dice usted ahora... pero no es posible... El amor pide amor...

JULIAN. *Con apasionamiento.* ¡Eso lo dice usted porque no ha querido usted nunca de veras!

CARMEN. *Dolida en su amor y en su orgullo de mujer.* ¡¡Yo!!

JULIÁN. ¡No, señora! Cuando el cariño es amor de verdad, no pide nada! ¡Con dar tiene bastante!

Carmen mira al suelo y no responde. Entra doña Cecilia, volviendo de la calle; trae en el cestillo unos miserables paquetes de la tienda de comestibles, un panecillo bajo y un manojo de teas. Viene cansada.

DOÑA CECILIA. *Entrando.* ¡Ay, qué escalera! *Viendo a Julián.* ¡Ah!... usted perdone... Creí que estabas sola.

CARMEN. *Acudiendo a quitarle el cestillo.* Mi madre...

JULIÁN. *Con respeto doloroso.* Señora ..

CARMEN. Don Julián Rovira... ya sabes .. uno de mis jefes...

DOÑA CECILIA. *Con humildad excesiva.* Muy señor mío... ¿Están ustedes trabajando? Me voy. *Quiere salir.*

CARMEN. No, madre; si ya hemos terminado.

JULIÁN. ¡Carmen! *La mira, y ella no responde.* Tiene usted razón... no tengo derecho a insistir más... por hoy; pero no crea usted que desisto... Piense usted... decida cuando quiera. Pero acuérdese usted de lo que significa para mí *Mirando a doña Cecilia.* para todos... su decisión de usted... Yo volveré mañana... volveré siempre, si usted me lo permite...

CARMEN. *Con turbación.* Vuelva usted cuando guste... yo... no...

JULIÁN. *Con exaltación.* ¡No me diga usted nada! ¡Esta noche no me diga usted nada! *A doña Cecilia, que los mira con asombro.* Señora, con permiso de usted, me retiro; es para mí un grandísimo honor haberla conocido...

DOÑA CECILIA. Gracias... siendo amigo de Car-

men... ya sabe usted que esta casa es muy suya.

JULIÁN. Buenas noches, Carmen.

CARMEN. *Sin expresión.* Buenas noches.

Julián sale; ella, rendida de cansancio, se sienta.

DOÑA CECILIA. ¡Qué señor tan simpático! ¿A qué ha venido? ¿Qué quería?

CARMEN. *Nerviosa.* Quería... ¡quiere que me case con él!

DOÑA CECILIA. *Pasando en un segundo del asombro a la alegría.* ¡Tú...! ¿contigo? ¡Es posible! ¡Dios te bendiga, hija, Dios te bendiga! *Abrazándola.*

CARMEN. *Con espanto.* ¡No, madre; si yo no...!

DOÑA CECILIA. *Llorando y besándola.* ¡Nos salvas como siempre! ¡Como siempre! ¡Tú habías de ser! ¡Hija de mi alma! *Entran Manolita y Calixto.* Se casa... se casa...

MANOLITA. ¿Quién? ¿Tú?

CALIXTO. ¿Quién? ¿Con quién?

DOÑA CECILIA. Mi Carmen... con el jefe... se casa... con ese señor que ha salido ahora mismo... se casa, se casa... *Se oye hablar en el pasillo a Elvira con Sebastián.* Hija, Elvira... ¿has vuelto ya? Entra, entra... Tu hermana se casa... *Sigue hablando en el grupo de Calixto, Elvira y Sebastián, que entran.*

CARMEN. *A Manolita, con angustia.* ¡No puede ser! ¡No puede ser!

SEBASTIÁN. *Acercándose.* ¡Que sea enhorabuena, Carmen!

CALIXTO. *Acercándose.* ¡Que sea enhorabuena!

ELVIRA. ¡Hija, que sea enhorabuena! ¡No está la suerte para quien la busca!

CALIXTO. ¡Esto hay que celebrarlo, doña Cecilia,

esto hay que celebrarlo! *Abraza a Doña Cecilia, que no sabe lo que le pasa.*

CARMEN. *Que sigue sentada, escondiendo la cara en el pecho de Manolita, que la tiene abrazada, y llorando.* ¡No puede ser! ¡No puede ser!

TELON

ACTO TERCERO

Saloncito particular elegantísimo en un gran hotel de Madrid. Ventanas al fondo, puertas a derecha e izquierda. El saloncito está amueblado y decorado completamente a la moderna, con exquisito gusto y sencillez. Hay en la habitación, casi en primer término, un gran diván ancho y cómodo con multitud de almohadones de colores. Dos mesitas, una en la que más tarde se servirá el té, y otra junto a uno de los balcones, que sirve de secreter y en la cual hay recado de escribir y teléfono; dos o tres silloncitos, alguna silla, muselinas blancas en los balcones, flores sobre las mesas, grabados de buen gusto en las paredes. Aparato de luz central en el techo y otro, portátil, sobre la mesita-secreter. Algunos libros y revistas, alfombra grande delante del diván. Sobre la mesita del centro, servicio de licores.

Al levantarse el telón están en escena Carmen y Julián. Carmen, en elegantísimo traje de casa, está tendida en el diván en actitud de irremediable aburrimiento; caídas junto a ella, en el diván y sobre la alfombra hay una labor elegante de bordado, sedas, una novela

francesa con cubierta amarilla, algunos periódicos de modas, una cajita con bombones y un juego de espejito, bombonera, cajita de polvos, portamonedas, barrita de rojo para los labios, etc. Julián pasea de un lado para otro con inquietud; de vez en cuando mira a Carmen con cariño y angustia; se acerca a ella, pero retrocede, sin atreverse a hablar. Suspira con leve mal humor. Bebe una copa de cognac, vuelve a acercarse a Carmen, le pone con tímida caricia la mano sobre la frente, va a hablarla, vuelve a arrepentirse y vuelve a pasear; ella continúa inmóvil, mirando fijamente al espacio, sin ver nada. Suenan dos golpecitos en la puerta de la derecha.

JULIÁN. Adelante.

UN CRIADO. *Apareciendo en la puerta.* El chauffeur pregunta a qué hora desea el coche la señora.

CARMEN. *Con displicencia, sin moverse.* No salgo esta tarde.

El criado desaparece.

JULIÁN. *Afectuosamente.* ¿Por qué no sales?

CARMEN. Por nada. *Cuando habla con él se esfuerza por dar amabilidad al tono, pero no siempre lo consigue.*

JULIÁN. ¿No te gusta dar una vuelta por la Castellana, por el Retiro?

CARMEN. Ya estuve ayer. No me divierte. Es siempre lo mismo. *Pausa.* ¿Tú qué vas a hacer?

JULIÁN. Tengo que trabajar toda la tarde con el secretario. Además, espero un telegrama que me importa muchísimo, y no puedo faltar del hotel ni un momento. Pero sal tú. A un teatro...

CARMEN. No, no. ¿Para qué?

JULIÁN. *Acercándose a ella afectuosamente.* A casa de tu madre...

Carmen no responde.

¿Estás triste?

CARMEN. *Incorporándose para protestar.* ¡No! ¿Por qué voy a estar triste?

JULIÁN. *Sentándose a su lado en el diván.* ¿Te aburre Madrid?

CARMEN. *Sonriendo.* Ni más ni menos que otro sitio cualquiera.

Él hace un gesto de pena.

No te disgustes. ¿Tú no comprendes el aburrimiento?

JULIÁN. ¡He tenido en la vida tan poquísimo tiempo de aburrirme!

CARMEN. Es verdad... Siempre trabajando. *Con rencor envidioso.* ¿Por qué trabajas tanto? ¿Te gusta trabajar por trabajar?

JULIÁN. *Sonriendo.* Por trabajar... y por ganar dinero.

CARMEN. *Con curiosidad apasionada.* ¿Te gusta mucho, mucho, ganar dinero?

JULIÁN. *Con emoción.* Muchísimo, para que tú lo gastes.

CARMEN. *Con angustia.* ¡No me digas eso!

JULIÁN. *Con sencillez.* ¿Por qué no, si es así? El mayor placer que me ha proporcionado el dinero en la vida es vértele tirar a manos llenas. *Le besa las dos manos a un tiempo.*

CARMEN. *Retirando las manos con un poco de remordimiento.* Tirar a manos llenas... es verdad... *Mirándole con ansiedad.* ¿Soy muy loca?

JULIÁN. *Con efusión.* ¡Eres mi vida!

Carmen, sin responder, mira al suelo. Él se levanta del diván sin hablar, como un poco avergonzado de lo que

ha dicho, y acercándose a la mesita, vuelve a beber cognac.

CARMEN. *Con inquietud disimulada.* ¿Qué bebes?

JULIÁN. *Fingiendo serenidad e indiferencia.* Cognac.

CARMEN. *Con alarma.* ¿Estás preocupado?

JULIÁN. ¿Por qué?

CARMEN. ¡Cuando tú bebes así... entre horas!...

JULIÁN. Sí, un poco preocupado estoy; pero... no tiene importancia. Ya te he dicho que espero un telegrama.

CARMEN. Pero, ¿es que...?

JULIÁN. *Interrumpiéndola con un poco de impaciencia, pero afectuosamente.* Nada, nada, no pienses tú en negocios... prosa de hombres... déjame a mí. Tú a ser bonita... y feliz... pero no te aburras... *Con violencia.* ¡por el amor de Dios, no estés triste! *Se acerca a ellá y con timidez le pone la mano sobre la cabeza; ella se está muy quieta bajo la caricia.* Yo creí que te gustaría volver a tu tierra.

CARMEN. Yo no tengo tierra: nací en Madrid, por casualidad; pero luego anduve rodando por toda España, y cuando volví a él, lo pasé tan mal que, la verdad, no le tengo cariño. Es feo, es pobre. ¿A ti te gusta?

JULIÁN. Le estoy agradecido. *Ella le mira, sin comprender.* ¡En Madrid te encontré! ¡En Madrid nos casamos!

CARMEN. *Bajando los ojos bastante confusa.* ¡Ay, Dios mío!

Julián saca el reloj del bolsillo y le mira.

Si tienes que hacer, vete... por mí no estés aquí...

JULIÁN. Siento dejarte así toda la tarde, sola... pero...

CARMEN. No estaré sola. Vendrá mi madre, puede

que venga Manolita... visitas no me faltarán... ni peticiones... Mira, todas estas son cartas pidiéndome dinero de gentes que dicen que han sido mis amigas, y a las cuales no recuerdo haber visto en mi vida... Y no llevamos más que dos días en Madrid. Por lo visto, en los tres años que hace que la dejé, no han cambiado los tiempos para la capital de España.

JULIÁN. Es verdad... ya tres años... Han pasado tres años... ¡Carmen!

CARMEN. ¡Qué!

JULIÁN. Nada... *Con mal humor.* ¡Nada!

Se oye dentro la voz de Doña Cecilia, que dice con alegría senil.

DOÑA CECILIA. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi lucero?

CARMEN. Mi madre.

Se oye la voz de Elvira, que responde a la de su madre con mal humor.

ELVIRA. *Dentro.* Por aquí, mamá, ¿no lo sabes?

JULIÁN. *Con leve matiz de antipatía.* Y tu hermana.

CARMEN. *Adelantándose a recibir a su madre en el momento en que suenan dos golpecitos que da el criado en la puerta.* Adelante, adelante.

Se abre la puerta, y el criado se aparta para dejar pasar a doña Cecilia y Elvira. Doña Cecilia tiene cincuenta y tres años, que parecen sesenta. Tiene el cabello blanco, y está completamente chiflada, porque su cabeza, nunca muy sólida, no ha podido conservar el necesario equilibrio a través de las respectivas mudanzas del Destino; su chifladura optimista, familiar, y sobre todo humilde, es la desesperación de su hija Elvira, que está más «señorita» que nunca. Visten como señoras de la

clase media, con trajes sastre, pieles de imitación y sombreros. La madre, feliz; la hija, displicente y envidiosa.

DOÑA CECILIA. *Haciendo una caricia al Criado, que les abre la puerta.* Gracias, hijo, gracias; eres un guapo chico y un buen mozo.

ELVIRA. *Corrida.* ¡Mamá, por Dios!

DOÑA CECILIA. *Muy convencida.* ¡Hija, lo es! *Volviéndose a Carmen.* ¿Verdad, Carmen? *Volviéndose a Elvira.* ¡Muchísimo más que tu marido!

ELVIRA. ¡Ya salió mi marido! *Saluda a Carmen y a Julián, dándoles la mano.* ¡Hoy está de remate!

DOÑA CECILIA. ¡Muchísimo más! *Volviéndose al mozo.* ¡Y te casarás con una marquesa... porque eres muy fino; pero muy fino! No creas que todos saben abrir y cerrar como es debido las puertas del ascensor y ayudar a salir y entrar en él a las señoras de cierta edad...

ELVIRA. ¡Mamá, siéntate... deja ya eso!

DOÑA CECILIA. Yo sé lo que me digo, que eso del ascensor es muy delicado... Como que yo he dejado de hacer muchísimas visitas de amigas porque hay porteros que, cuando no va una de gorro, no le quieren a una dejar subir en él, y éste no, *Señalando al Criado, que no sabe dónde mirar.* que sabe distinguir y con la misma cortesía me hizo subir ayer, que vine de velo, que hoy que traigo canoa.

Elvira hace gestos de rabia impotente y se sienta en el diván.

Yo ya soy vieja, hijo; pero alguna jovente pagará lo que haces por mí.

Elvira rabia, Julián se ríe y el Criado mira al suelo. Carmen, para resolver la situación, le dice:

CARMEN. Diga usted que suban el té.

El Criado va a salir y Doña Cecilia le grita:

DOÑA CECILIA. ¡Con pastelitos como los de ayer, que estaban riquísimos!

ELVIRA. ¡Mamá!

DOÑA CECILIA. *Volviéndose a ella.* ¡Hija, lo estaban! Y a ti bien te gustaron, no digas. Y ahora que los podemos comer a diario, porque tu hermana paga, hay que aprovecharse.

ELVIRA. ¡Ay, mamá, cómo estás esta tarde!

Carmen, sin hablar, acaricia a su madre.

JULIÁN. *Sonriendo con bondad.* Tiene usted razón.

DOÑA CECILIA. *Volviéndose al oirle, con amabilidad extraordinaria.* ¡Ah! ¿Estabas tú ahí? Dispensa, hijo mío, que no te había visto.

JULIÁN. *En broma.* ¡Es claro; estusiasmada con el camarero!...

DOÑA CECILIA. *Acariciándole.* ¡Ay qué malo eres! No tengas celos, hijo, que tú también eres un real mozo!

JULIÁN. *Sonriendo.* No tanto... no tanto...

DOÑA CECILIA. ¡Sí, sí, y bueno, y cariñoso, y simpático! *Mirando a Elvira de reojo.* ¡No te pareces al marido de ésta!

ELVIRA. *Picada.* ¡Ay, mamá; no sé qué te ha hecho mi marido para que la tomes así con él!

DOÑA CECILIA. *A Julián, confidencialmente.* ¡Es un pelagatos! *A Carmen.* ¡Nos dió el gran chasco, hija! Venía a pasearle a ésta la calle montado a caballo y creímos que era alguien... y luego *A Julián.* nada... un empleadillo de mala muerte... *Con desdén olímpico.* ¡de buena familia, pero sin un real!

ELVIRA. *Levantándose y hablando de espaldas, mientras mira*

por el balcón. No todos los hombres pueden ser millonarios. Federico, en cambio, es muy fino y está muy bien educado.

DOÑA CECILIA. *Confidencial, a Carmen.* No lo creas. Siempre está haciendo chistes de mal gusto contra las suegras. *A Elvira.* Tú dirás si eso es buena educación.

ELVIRA. *Con mal modo.* Es que tú también...

CARMEN. *Interviniendo.* Vaya, no disputéis por tonterías...

ELVIRA. Es que mamá, con que si está chiflada o no está chiflada, algunas veces dice algunas cosas ..

DOÑA CECILIA. *A Carmen.* ¡Esta no me puede ver!

CARMEN. ¡No digas eso, madre!

DOÑA CECILIA. Ni a ti tampoco. ¡Te tiene envidia porque has tenido mucha más suerte que ella!

ELVIRA. *Sentándose en el diván con rabia.* ¡Hay que dejarte o matarte!

Entra el Criado con la bandeja del té y la deja sobre la mesita. Doña Cecilia, olvidada de la discusión con su hija, le hace guiños afectuosos.

CRIADO. *Antes de salir, a Julián.* El secretario del señor ha vuelto y dice que está a la disposición del señor. *Sale.*

JULIÁN. Allá voy. *A Doña Cecilia.* Me alegro de que hayan ustedes venido precisamente ahora; yo tengo que hacer y asi pueden ustedes acompañar un rato a Carmen.

Elvira hace un mohín de burla.

Dispense usted la incorrección. Pero el negocio es el negocio.. y hay que vivir.

DOÑA CECILIA. Tienes razón, hijo. Anda, anda a trabajar, a ganar milloncitos. ¡Haces bien! *A Carmen.* ¡Hija, qué suerte tienes! ¡Pero te la mereces, porque no

te olvidas de tu madre!... *A Julián, que va a salir.* A propósito, todavía no te he dado las gracias por el cheque que me enviaste el día de mi santo.

Él hace un gesto de «no las merece».

Mira las botas que me compré... de tafilete, hijo, ¡porque se puede!, como recuerdo... no vayas a creer que me costaron los cincuenta duros... diez, hijo, diez; las más caras que había en la tienda; lo demás se lo dí a ésta, *Por Elvira.* que siempre anda a la cuarta pregunta...

ELVIRA. *Con dolor y vergüenza.* ¡Madre!

DOÑA CECILIA. *Impertérrita.* Porque su marido no es como tú... no va a la oficina más que por la mañana y toda la tarde se la pasa liando pitillos a máquina.

Elvira se echa de bruces en el diván y llora de rabia.

CARMEN. *Acudiendo a consolarla.* Pero Elvira, por Dios... ¿Es posible que hagas caso de semejantes niñerías? ¿No comprendes que mamá, la infeliz, no sabe lo que dice?

Mientras Carmen habla, Julián ha conseguido librarse de Doña Cecilia lo más cariñosamente posible, y ha salido. Doña Cecilia le olvida inmediatamente y da la vuelta a la habitación, sin ocuparse de sus hijas, mirándose en los espejos, muy satisfecha. Se quita delante de uno de ellos el sombrero, luego se va sentando en todos los sillones; luego mira, de lejos, con deseo goloso, la bandeja del té, pero sin atreverse a tocarla; poco a poco, sin embargo, vence el deseo, y acaba por sentarse junto a la mesita y servirse y devorar pasteles con glotonería de loca. En toda esta escena cuide la actriz de no exagerar, aunque marcando bien la idiotez irremediable del personaje.

ELVIRA. *Incorporándose en el diván y hablando muy de prisa,*

con los ojos secos, con ira y desprecio de sí misma. ¡No sabe lo que dice... no sabe lo que dice!... ¡Lo sabe demasiado... y, además, eso es lo que menos importa!... Tú la oyes una vez... tú estás lejos; pero yo la estoy oyendo siempre, hace más de dos años, porque empezó a perder la cabeza casi en cuanto te fuiste... La oigo a todas horas... y toda la agonía de mi vida me la están repitiendo constantemente esas palabras suyas que a ti te parecen inofensivas y hasta te hacen gracia...

CARMEN. *Alarmada, sin comprender.* ¿La agonía de tu vida?

ELVIRA. *Exaltándose.* Sí... la mediocridad, la pobreza, el carecer de cosas... Tiene razón... Los niños y los locos dicen las verdades... ¡Tiene razón! No somos como tú... mi marido no es como el tuyo... no tenemos dinero que tirar...

CARMEN. *Con angustia.* Pero... ¿por qué no me has escrito? ¿Por qué no me habéis dicho... si necesitabais?... Yo no pensaba...

ELVIRA. *Con orgullo.* Si no necesitamos... ¡No creas tampoco que somos unos miserables!

CARMEN. *Desconcertada.* No... si no creo nada... es que...

ELVIRA. *Con amargura.* No necesitamos... Mi marido, aunque mamá en su chifladura, o lo que sea, diga que no, trabaja... y no sólo en el Ministerio... también en casa... y gana dinero... lo bastante para mí y el chiquillo... Además, con lo que vosotros enviáis a mamá *Con esfuerzo.* y al chiquillo... como es ahijado vuestro... vivimos bien, no creas... tenemos una casa bonita, *Con amargura.* alegre..., con sol... ya la has visto.

CARMEN. *Con bondad.* ¿Entonces?

Elvira. *Sin poder contener su envidiosa amargura.* Pero no somos como vosotros. *Se ríe con risa mala. Carmen la mira con espanto.* Dirás que soy mala... que soy envidiosa... No lo sé... no lo creo, no lo sería, ¡te juro que por mí no lo sería!; pero mamá lo está diciendo siempre: Carmen es tan rica... Ha tenido suerte. Y es verdad: ¡has tenido suerte; has tenido más suerte que yo! *Exaltándose.* ¿Por qué? ¿Por qué? Yo era más bonita... yo era la mayor... *Arrancándose el boa con rabia.* ¡Y estas pieles que llevo son de gato! ¡Y este traje ha pasado de moda hace ya no sé cuántos meses... y no os quiero convidar a comer, porque vosotros estáis acostumbrados a otras cosas!...

Carmen. ¡Por Dios, Elvira!

Elvira. ¡Y no quiero, no quiero que tu marido piense que el mío es menos que él!...

Carmen. *Con protesta.* ¿Julián?

Elvira. *Sin detenerse.* Perdóname... Cuando estáis lejos vivo feliz. *Con sinceridad.* Y te quiero, ¡te quiero de verdad! Pero has venido... y vas vestida de un modo... y tiras el dinero de un modo... y mamá a todas horas con la misma canción: que si tu ropa, que si tu automóvil... me pone nerviosa... ¡no sé lo que me digo!

Carmen. *Con repulsión invencible, pero con caridad, queriendo tratar a su hermana como a un enfermo, pero sin conseguir ser amable del todo.* Eso es... estás nerviosa... déjalo... anda... toma una taza de té...

Elvira. *Levantándose, secamente.* Gracias.

Carmen. *Logrando dominarse.* Y no te aflijas demasiado pensando en lo que llamas tu pobreza. Tienes tu marido, tienes un hijo... Créeme, el dinero no da toda la felicidad que tú te figuras.

DOÑA CECILIA. ¿Qué hacéis ahí charlando? Comed, que están muy ricos... los de crema también...

CARMEN. *Acercándose a ella, cogiéndole la cabeza y besándola con emoción.* ¡Pobre madre mía! ¡Pobre cabeza trastornada a fuerza de penas! ¡La única alegría que me ha dado el dinero es haberles podido evitar a estas canas la humillación de la miseria! *Coge la cara de su madre entre las dos manos y la obliga a levantar la cabeza.* ¿Sabes que estás muy guapa con el pelo blanco?

DOÑA CECILIA. *Muy contenta, con un resto de su antigua coquetería.* ¿Sí, hija? ¿Te gusta?

CARMEN. *Acariciándole el cabello.* Ya lo creo; tan bonito, tan suave, tan brillante. ¡Parece de seda!

DOÑA CECILIA. *Volviendo a su tema.* Pues no creas, que ésta *Por Elvira.* cuando me peina me da buenos tirones, porque dice que parece de estopa.

CARMEN. *Sinceramente.* ¡Ja, ja, ja, ja!

ELVIRA. ¡Todo sea por Dios!

El Criado llama a la puerta.

Adelante. ¿Quién es?

CRIADO. *Entrando.* Señora: una señora que dice que le ha escrito la señora mandándola venir. Manolita Pérez dice que se llama.

CARMEN. *Con alegría.* ¿Manolita? ¡Que pase, que pase! ¿Dónde está?

Va a adelantarse a recibir a Manolita; pero antes de que llegue a la puerta, entra ésta. Viene muy puesta y repeinada, con horquillas de piedras muy brillantes y mantón alfombrado de los buenos.

MANOLITA. *Entrando.* Aquí me tienes.

CARMEN. ¡Manolita!

Manolita. ¡Carmen!

Se abrazan larga y estrechamente con emoción sincera.

Manolita. *Al separarse.* ¡Chica, qué guapa estás y qué elegante! ¡Si hasta parece que has crecido!

Carmen. ¡Ja, ja, ja! Serán los tacones. *A Doña Cecilia.* Madre, aquí está Manolita. ¿No la conoces?

Doña Cecilia. *Recordando vagamente.* Manolita... sí... sí...

Manolita. Buenas tardes, doña Cecilia. ¿Ya no se acuerda usted de mí? ¡Bien contenta estará usted de tener a Carmen en Madrid! *A Elvira, que se queda intencionadamente aparte.* Buenas tardes, Elvira.

Elvira. *Secamente.* Buenas tardes.

Carmen. *A Manolita.* Siéntate.

Manolita. ¡Qué calor hace aquí! Bien se conoce que es hotel para ricos. *Con efusión.* ¡Ay, hija; todo cuanto tienes y más te lo mereces! Con tu permiso.

Se quita el mantón y le deja en el diván, sobre la piel que se ha quitado Elvira.

Carmen. *Con buen humor.* ¡Buen mantón!

Manolita. *Con satisfacción.* Sí, dentro de la pobreza de una, no le falta a una nada, gracias a Dios.

Carmen. *Sentándose junto a ella.* ¿Y tu marido? ¿Y tu chiquillo? ¿Por qué no le has traído?

Manolita. Hija, por venir antes... pero ya vendrán, ya vendrán el hijo y el padre para que los conozcas. Son tal para cual: tan borregos el uno como el otro; pero dos cachos de pan los dos. ¿Y el tuyo? ¿Tan simpático?

Carmen. Bien está; trabajando.

Manolita. *Con entusiasmo.* No sabes la alegría que me entró esta mañana al recibir tu carta y enterarme

de que estabas aquí. Y que me cogió de sorpresa, porque como ayer mismo me encontré a Elvira, y no me dijo nada...

ELVIRA. *Secamente.* Creí que lo sabías.

MANOLITA. *Con retintín.* Naturalmente...

ELVIRA. *Secamente.* Bueno, mamá; ya es tarde. Si te parece, nos iremos, que luego tomas frío.

DOÑA CECILIA. *Vivamente.* No le tomaré, que para eso tiene mi hija automóvil y me mandará en él, cuando me dé la gana de marcharme, que ahora estoy aquí muy a gusto.

CARMEN. ¡Muy bien dicho! Eso es.

ELVIRA. Está muy bien. Pero como si tu hija tiene automóvil, tu otra hija no tiene servidumbre, se tiene que marchar ahora mismo para preparar el biberón a su nieto. De modo que, si quieres, te quedas, y que te acompañen, porque yo me voy.

Al oir hablar del niño, Doña Cecilia se levanta apresuradamente.

DOÑA CECILIA. *Con inquietud.* ¡No, no; me voy yo también! Mi sombrero... ¿Dónde está mi sombrero?

CARMEN. *Con cariño.* Pero, mamá, si te acompañaremos... ¡Quédate!

DOÑA CECILIA. No puede ser... es por el niño. *Confidencialmente, a Carmen.* ¿Sabes? Por el niño... porque ella le prepara el biberón, pero yo le duermo... Se me había olvidado. ¡Esta cabeza mía! *Con embeleso.* ¡Y no se quiere dormir más que conmigo! *Confidencialmente, mirando a Elvira de reojo.* ¡Me quiere más que a ella! Yo quería traerle; pero ella no ha querido, porque dice que llora. *Muy enfadada.* ¡Y no llora! ¡En estando conmigo, no llora! *Con inquietud.* Trae el sombrero, trae...

CARMEN. Toma. *Ayuda a su madre a ponerse el sombrero.*

DOÑA CECILIA. *Con embeleso, a Carmen.* ¡Es más rico! Rubito como tú... ¡Como que debía ser tuyo!

ELVIRA. *Buscando.* ¿Dónde he dejado yo mi piel?

CARMEN. *Cogiendo rápidamente una suya, que habrá en una de las butacas, y poniéndosela al cuello a su hermana.* Toma, toma ésta, ¿quieres?

ELVIRA. *Desconcertada.* ¿Esta?... Pero si es tuya... y vale un dineral...

CARMEN. *Con cariño.* ¿No te gusta?

ELVIRA. *Cortada.* Sí... pero...

CARMEN. Pues entonces... *Arroja la piel al cuello de su hermana para taparle la boca, y evitarle el rubor de dar las gracias.*

DOÑA CECILIA. *Acercándose coufidencialmente a Carmen.* Lo que le gusta es el colgante que llevabas anoche...

ELVIRA. *Protestando.* ¡Mamá!

CARMEN. ¿El colgante?

DOÑA CECILIA. Sí, sí; el azul de esmalte... ¡Dásele!

CARMEN. Ya lo creo. *Buscando en un joyero que hay sobre la mesa.* ¿Es éste?

ELVIRA. *Con enfado.* Pero mamá... si es suyo... se le habrá regalado su marido...

DOÑA CECILIA. *A Carmen.* No importa... dásele, dásele, que tú tienes muchos y ella no... y aunque es rabiosa, es buena; te digo yo que es buena...

CARMEN. *Con insistencia cariñosa, a Elvira.* Tómale... haz el favor...

ELVIRA. *Bruscamente, para disimular la confusión.* ¡Gracias! *Coge el colgante y lo esconde en la mano cerrada.* ¡Vámonos! *Volviéndose a Manolita, que se ha acercado al balcón y mira a la calle.* Buenas tardes, Manolita.

MANOLITA. *Volviendo la cabeza.* Muy buenas. Recuerdos al esposo. Adiós, doña Cecilia.

CARMEN. *A Manolita.* Dispensa un momento.

MANOLITA. No faltaba más.

Vuelve a mirar por el balcón, mientras Carmen se dispone a despedir a su madre y a su hermana, que van hacia la puerta. Doña Cecilia va delante; antes de llegar a la puerta, Elvira detiene a Carmen y le dice con confusión.

ELVIRA. *A Carmen.* No hagas caso de las estupideces que te he dicho antes...

CARMEN. *Con generosidad.* ¡Bah! ¿Quién se acuerda de eso?

DOÑA CECILIA. *Que ha llegado a la puerta y que se impacienta.* Vamos, vamos, que me parece que oigo llorar al niño... *Elvira sale delante, y Doña Cecilia se cuelga del brazo de Carmen y le dice confidencialmente.* ¡Cuando tengas tú uno, me iré a vivir contigo!

Salen. Manolita se vuelve, mira el cuarto con satisfacción al ver su elegancia y se sienta en el diván. Vuelve a entrar Carmen y se sienta a su lado.

CARMEN. *Cogiendo las dos manos a Manolita.* Ea, ya estamos solas.

MANOLITA. *Con ilusión.* ¡Déjame que te mire otra vez! *La mira fijamente y después la abraza.* ¡Eres la misma, la misma de siempre!

CARMEN. *Sonriendo.* ¿Pues qué te figurabas?

MANOLITA. ¿Cuándo habéis llegado?

CARMEN. Anteayer por la noche.

MANOLITA. ¡Mira que haber estado en París, en Londres, en América! .. Lo que habrás visto... lo que te habrás divertido... Cuenta, cuenta...

CARMEN. Cuenta tú.

MANOLITA. ¿Yo? Pues que me casé hace año y medio, que tengo un chico...

CARMEN. *Con efusión.* ¡Y que estás tan contenta!

MANOLITA. *Muy satisfecha.* ¡Podía no! Tengo un marido que no me lo merezco. No es que sea un santo, ni falta que me hace. Le gusta beber su poquillo, le gusta jugar al mus de cuando en cuando, tiene su genio a días; pero es trabajador y me quiere. *Con interés.* Chica, nos conocimos como en los folletines. Estaba yo cosiendo en una casa y vino él a arreglar una luz, porque es electricista, y cuando estaba en lo alto de una escalera, por echarme un piropo, resbaló y se cayó, y se cortó la mano con el cristal de una ventana. ¡Hija, luego hablan del valor de los hombres! Al ver la sangre se quedó más blanco que el papel y a poco se desmaya... y na, que a mí me dió una cosa al verle así tan pálido, y le lavé la herida, y le vendé la mano, y le dije cuatro tonterías, y él se marchó tan agradecido, y cuando a la noche salí, me lo encontré a la puerta, que me estaba esperando, y no hizo falta más. A las cuatro semanas, casaos por la iglesia. ¡Mírale! *Enseñando el retrato de un dije que lleva colgando de una cadenita de plata.* ¡Como guapo lo es! He tenido suerte.

CARMEN. *Sonriendo.* Más ha tenido él.

MANOLITA. *Con rubor feliz.* Eso dice él.., es más tonto... *Enseñando el otro retrato del dije.* Mira el chico. *Le besa.* ¡Uy! ¡Este tié que llegar a ministro! Ya estoy juntando dinero en una hucha, pa en cuanto tenga edad de aprender, ponerle los mejores maestros que haya en España.

CARMEN. *Sonriendo con un poco de melancolía.* ¡Hucha y todo! Eres rica...

MANOLITA. *Con orgullo simpático.* Él gana ocho pesetas de jornal, y yo he puesto una escuela, ¡no te rías!, para enseñar a coser de verdá en ropa blanca fina... Llevo un duro al mes por la enseñanza y tengo doce chicas aprendiendo. Cosemos para una tienda de lujo, no creas. Ya ves, son doce duros, que con otros doce o trece que me vengo a sacar de ganancia en la costura, pues son veinticinco. Si él trabajara solo, teníamos que vivir en una casa de cinco duros, pongo por caso; pues así vivimos en una de quince: un sexto piso; pero casa nueva, y con una terraza que da gloría. ¿Te acuerdas de aquel tiesto de albahaca? Pues ahora tengo rosas y claveles, y mi cajón de perejil, y una parra plantada en una cuba, que es la envidia de toa la vecindad, y en el invierno comemos allí al sol, y en el verano cenamos al fresco, tan ricamente, y a él, con el achaque de cuidar los tiestos, y de tener al chico en brazos, y de ver si maduran las uvas, pues se le olvida de ir a la taberna, y eso vamos ganando.

A medida que habla Manolita, Carmen se va angustiando, hasta llegar a la explosión final.

CARMEN. *Sordamente.* ¡Tú entiendes la vida!

MANOLITA. *Muy segura.* ¡A ver! El, al principio, no quería que trabajase yo; pero ahora ya se ha acostumbrao y está tan orgulloso de ver que lo pasamos mejor que los demás de su clase, y de vivir como vivimos, y yo, la verdad, chica, me gusta ganarme lo mío, porque no hay que darle vueltas: los hombres la tienen a una muchísima más consideración cuando saben que está una con ellos por el querer, pero que no los necesita una pa ganarse su plato de garbanzos. ¡Dónde va a parar!

CARMEN. *Con angustia.* ¡Tienes razón, tienes razón!

MANOLITA. *Inocentemente.* ¿Y tú qué haces?

CARMEN. *Con inquietud creciente.* ¿Yo? Ya ves... nada... no hago nada... ¡Nada absolutamente!

MANOLITA. *Alarmándose.* ¿Estás mala? ¿Te pasa algo?

CARMEN. *Levantándose.* No... es que me duele un poco la cabeza...

MANOLITA. *Acercándose a ella.* ¿La cabeza na más? Mírame... A ti te pasa algo... ¿No me lo puedes contar a mí? ¿Es que tienes penas? ¿Es que no eres feliz?

CARMEN. *Con explosión de angustia apasionada.* ¡No soy feliz, no; no lo soy porque no puedo serlo, porque no debo serlo, porque no lo merezco! ¡Porque he cometido la vileza más grande que puede cometer una mujer! Porque teniendo manos para trabajar, salud para ganarme la vida, juventud para afrontar la suerte, me he casado con un hombre rico, por su dinero, sólo por su dinero; me he vendido...

MANOLITA. *Asustada.* ¡No digas desatinos, mujer!

CARMEN. No puedo perdonarme, ¡no quiero! *Con ansiedad y precipitadamente.* Antes... al principio procuraba engañarme a mí misma, pensando: ha sido por tu madre... ha sido por tu madre... estaba enferma, había padecido tanto... fué por ella, por ella... ahora tiene todo lo que necesita, puede pasar tranquila la vejez, está contenta creyendo que tú eres muy dichosa... pero no es verdad... fué por mí, fué por mí exclusivamente, por cobardía, por desilusión, por cansancio, por estos trapos, por estas joyas. Siempre me ha gustado lo que es bueno y bonito, lo que cuesta caro...

MANOLITA. ¡Como a todo el mundo!

CARMEN. Algunas veces... cuando estoy más triste...

cuando tengo más asco de mí misma, me divierto en gastar... por lo mismo, y gasto sin sentido, desatinadamente, abusando de la bondad de este hombre...

MANOLITA. Pero ¿es que él te echa en cara lo que gastas?

CARMEN. *Con apasionamiento casi rencoroso.* ¡El! ¡Ojalá No; no me echa en cara nada... todo lo que yo hago está bien para él... A veces acabo de tirar un dineral, tontamente, en un traje, y cuando temo que tal vez pueda disgustarse un poco, me dice: ¡Qué bien vestida estás!, con un aire de agradecimiento... ¡como si fuera una virtud mía hasta el que haya acertado el modisto! A mí se me cae la cara de vergüenza...

MANOLITA. ¡La cara de vergüenza!... ¡No eres tú nadie! *Acariciándola.* Todo eso es orgullo... ¡claro! que te duele que el hombre trabaje y tú no hacer na... Pero, después de todo, tampoco es para que te pongas así, contra ti misma. No eres la primera mujer en el mundo que se ha casado por conveniencia. Eso no es ningún crimen.

CARMEN. *Sordamente.* No lo será para otras... para mí sí. Yo estaba obligada a mucho más que nadie, porque había soñado mucho más que todas.

MANOLITA. ¡Déjate de sueños! ¡Válgame Dios! ¿A qué te habré contao yo tanta simpleza? Por darme tono. ¡Ay, Dios, qué bruta es una!

Llaman a la puerta.

CARMEN. ¿Quién? Adelante.

UN CRIADO. *Entrando.* Señora: un caballero que tiene mucho empeño en saludar a los señores; le he dicho que el señor no recibe, y dice que desearía hablar con la señora.

CARMEN. *Levantándose.* ¿Pero quién es?

UN CRIADO. No ha querido decir su nombre. Dice que la señora le conoce, que es para un asunto... sólo cinco minutos.

CARMEN. *Con indiferencia, a Manolita.* Será algún pedigüeño. Desde que hemos llegado no cesa un momento la procesión.

MANOLITA. Yo me voy, que ya es tarde y tengo que preparar la cena.

CARMEN. *Llevándola por la puerta de la derecha.* Sal por aquí, que te quiero dar un recuerdo para tu chiquillo. *Al criado.* Que suba... y si está más de diez minutos, entra usted a llamarme de parte del señor... ¡Ah! Llévese usted eso. *Por el servicio del té.*

UN CRIADO. Sí, señora.

Manolita y Carmen salen por la puerta de la derecha; el Criado, después de recoger el té, sale por la de la izquierda, llevándose la bandeja. Ha anochecido por completo durante la escena anterior. La escena queda un instante sola. Después sale Carmen por la puerta de la derecha, se sienta en el diván, sin hablar, y se queda mirando al suelo; pasado otro momento entra el Criado con Mariano; al entrar da la luz eléctrica.

UN CRIADO. Pase usted, caballero. *Se retira.*

CARMEN. *Levantando los ojos a tiempo que el Criado da la luz.* ¡Mariano!

MARIANO. *Con cierta timidez.* Buenas tardes.

CARMEN. *Con disgusto.* ¡Tú!

MARIANO. *Un poco desconcertado.* Sí... yo. ¿Te molesta que haya venido a verte? *Echándolo por lo sentimental y acercándose un poco.* ¿Es posible, Carmen?

CARMEN. *Con sequedad.* Me molesta el misterio inútil

de que te has valido para entrar aquí. ¿Por qué no has dicho tu nombre al criado?

MARIANO. Temía que sabiendo que era yo, no hubieras querido recibirme.

CARMEN. *Con sequedad.* ¿Por qué?

MARIANO. *Sin contestar.* ...Y por lo visto, tenía razón. Te disgusta mi presencia... *Acercándose a ella.* ¡Es que tenía tanta necesidad de verte, de hablarte siquiera una vez!

CARMEN. *Con altivez.* ¿A mí? ¿Para qué?

MARIANO. *Volviendo a desconcertarse.* ¿Y tú me lo preguntas? Entonces... *Volviendo a lo sentimental.* ...¿es que quieres que me vaya?

CARMEN. *Con indiferencia.* Haz lo que se te antoje.

MARIANO. *Con reproche.* ¡Carmen!

Pausa breve: ella le mira y dice suavizando un poco la voz.

CARMEN. Siéntate si quieres.

Él se sienta un poco lejos de ella y no habla.

¿Quién te ha dicho que estábamos aquí?

MARIANO. *Afectando pena.* No me lo ha dicho nadie... te vi yo anoche... en el teatro... ¡Si supieras!... Sentía una inquietud... sin saber por qué... como si me llamaran... Levanté los ojos, estabas tú en un palco... tú, Carmen .. tú... con. . *Se detiene, como si no pudiera seguir.*

CARMEN. *Con afirmación despiadada.* Sí, con mi marido.

MARIANO. *Fingiendo grandísima emoción.* ¡Cuando te vi!.. ¡No sabía que te habías casado!

CARMEN. *Con tranquilidad.* Pues hace ya tres años.

MARIANO. ¡Tres años! ¡No es posible!

CARMEN. *Con mala idea.* ¿Por qué no? Al mes siguiente de marcharte tú. No sé cómo no te enteraste. Lo dijeron muchísimos periódicos... Verdad *Con ironía*

amarga. que la señorita Carmen García... ¡hay tantas!... y con el opulento negociante... no pegaba, ¿verdad? No podía ser yo. *Se levanta y se acerca al balcón.*

Hay una pausa breve, que él rompe, afectando también tranquilidad.

MARIANO. Vivís en París, ¿no?

CARMEN. *Volviéndose.* ¿Quién te lo ha dicho?

MARIANO. Cuando salisteis, os seguí hasta el hotel, pregunté, supe...

CARMEN. *Con despego.* Sí, en París tenemos casa puesta; pero nos pasamos la vida viajando. Á mí me gusta cambiar siempre de sitio... *Sentándose otra vez, dice con indiferencia olímpica:* Tú por lo visto vives en Madrid.

MARIANO. No, estoy aquí de paso, hace dos meses, para asuntos...; pero pienso marcharme... en cuanto termine la guerra. *Volviendo al tono sentimental y después de un leve suspiro.* ¡También yo he corrido medio mundo!

Se detiene para que ella le pregunte; pero ella, que está pensando en otra cosa, tarda un instante en enterarse.

CARMEN. *Volviendo a la realidad.* ¡Ah! ¿Sí?

MARIANO. *Obstinándose en interesarla.* Primero estuve en Africa...

CARMEN. Es verdad; que te fuiste muy contento... Era un gran empleo, ¿no? Y ahora, ¿qué haces?

MARIANO. Ahora, *Con tono de amargura escéptica.* vas a reirte si te lo digo...; en fin, así es la vida. ¿Recuerdas lo socialistas que éramos en aquellos tiempos? ¿Socialistas y antimilitaristas furibundos? Pues me gano la vida viajando por cuenta de una fábrica de armas.

Ella levanta la cabeza y le mira sin hablar.

Sí, alemana...

Ella le vuelve a mirar sin hablar.

Sí, como y bebo... y vivo vendiendo a los gobiernos conservadores fusiles con que matar ideas, y a los reinos cristianos cañoncitos con que achicharrarse lindamente en nombre de la civilización. *La mira fijamente a los ojos.* Me desprecias un poco, ¿verdad?

CARMEN. ¿Yo? ¿Con qué derecho?

MARIANO. ¡Es verdad! *Ofensivo.* Tú ahora eres archiburguesa y archi-rica. También tú te has pasado al enemigo. *En son de burla.* Verdad es que en tu caso habrá tenido la culpa el amor, y eso es siempre respetable.

CARMEN. *Sordamente.* El amor, de una manera o de otra, siempre tiene la culpa de todo lo que hacemos las mujeres.

MARIANO. *Acercándose a ella y decidido a jugar el todo por el todo.* Carmen..., ¿eres feliz?

CARMEN. *Con altivez.* ¡Eso a ti no te importa!

MARIANO. *Insinuante y apasionado.* ¡Me importa, sí, me importa, porque te quiero!

CARMEN. *Que le ha estado escuchando con un poco de asombro, interrumpiéndole con violencia.* ¡Tú!

MARIANO. *Asustado,* ¡Yo... sí, yo! *Lanzándose de nuevo.* ¡Más que nadie en el mundo!

CARMEN. *Con desprecio infinito.* ¿Tú me quieres a mí? ¿Desde cuándo?

MARIANO. ¡Desde siempre, Carmela, y para siempre!

CARMEN. *Mordiendo las palabras.* ¡Y me lo dices ahora! *Con furiosa indignación.* ¡Ah, cobarde, cobarde!

MARIANO. ¡Carmen!

CARMEN. ¡Sí, cobarde, villano, mal nacido! Me que-

rías entonces, me has tenido tan cerca tanto tiempo y no me lo dijiste. ¿Por qué?

MARIANO. *Mirando al suelo.* ¡Éramos tan pobres!

CARMEN. *Con altivez.* ¡Era tan pobre yo!

MARIANO. ¡No digas eso!

CARMEN. Sí, era yo tan pobre, ¡y por eso! Es natural... tan pobre. Me querías entonces, me querías; pero daba la casualidad de que yo era honrada, y para quererme, te tenías que haber casado conmigo, ¡y era tan pobre! Me querías entonces, y lo que entonces me debiste haber dicho me lo dices ahora, porque ya no puedo ser para ti una carga ni una responsabilidad; porque ya nuestro amor no sería la vida, sino la aventura; porque me has encontrado en un gran hotel con nombre, con criados, con joyas; porque soy elegante a fuerza de dinero, y parezco mucho más bonita; porque me relucen las uñas y huelo a esencias caras; porque voy bien vestida, y vestiría tanto que quisiera perderme contigo...

MARIANO. ¡Calla, calla!

CARMEN. ¡Déjame, déjame!... *Viendo a Julián, que ha entrado hace un instante por la puerta de la izquierda.* ¡Ah!

Se queda inmóvil y angustiada; Mariano se aparta un poco de ella.

JULIÁN. *Que se da cuenta de casi todo lo que pasa, conteniéndose para lograr una apariencia de serenidad, se acerca a ella, y cogiéndola de la mano, como a un niño, la aparta de Mariano.* Buenas tardes... *A Carmen.* ¿Llamabas? Te he oído gritar. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? *Llevándola a un sillón.* Siéntate... estate quieta. *La deja sentada y se adelanta hacia Mariano, que está visiblemente molesto.* Caballero, *Con dignidad.* ¿qué deseaba usted?

MARIANO. *Con un poco de impertinencia.* De usted, nada. Había venido a ver a Carmen. *Apoya en el nombre con voluntaria familiaridad.*

JULIÁN. *Que siente la intención y sufre por ella, pregunta y contesta en una misma frase, en tono más de afirmación que de interrogación.* ¿A mi mujer?

MARIANO. *Que tiene gana de mortificar, por despecho.* Sí; tiene usted la suerte de que lo sea.

CARMEN. *Con indignación, intentando levantarse.* ¡Mariano

JULIÁN. *Volviéndose a ella y deteniéndola con un gesto.* ¡Calma, calma! *A Mariano, con dignidad.* Y ¿puede saberse qué deseaba usted tratar con ella?

MARIANO. *En hombre superior.* ¡Oh, nada que a usted pueda interesarle particularmente!... Estábamos hablando de cosas nuestras... recuerdos, tonterías de chiquillos... ¡Carmen y yo éramos muy amigos en tiempos más felices!

JULIÁN. *Con la voz cambiada por la ira, que quiere contener.* ¿Más felices para ella... o para usted?

MARIANO. *Sonriendo, con mala sangre.* Supongo que para los dos.

JULIÁN. *Muy cerca de él y amenazador, pero conteniéndose con esfuerzo.* Ha de saber usted... señor mío, que si por un instante, y gracias a una situación de ánimo, *Con altivez* de la cual no tengo que darle a usted cuentas, *Conteniéndose otra vez.* le consiento a usted ciertas insinuaciones, no es por exceso de paciencia. *Con ira.* ¡No tengo yo paciencia, ni mucha ni poca! *Desde muy alto.* ¡Ni la he tenido nunca! *Con amargura serena a fuerza de voluntad.* Pero la explicación de lo que a usted le pueda autorizar a hablar como habla no quiero saberla de usted... ni escucharla delante de usted. *Da media vuelta con des-*

precio, y mira a Carmen. Cuando sepa lo que debo saber nos veremos, ¡yo le juro a usted que nos veremos! *Con ira, amargura e ironía hirientes.* Y puede que le pese a usted haber dicho lo que ha tenido usted la... calma de decir, *Con asomo de risa dolorosa e insultante.* y haberse preocupado tanto de la felicidad ajena.

MARIANO. *Queriendo salvar la dignidad masculina con un asomo de protesta.* Ha de saber usted...

JULIÁN. *Alterándose de nuevo y acercándose a él.* Ya he dicho que de usted no quiero saber nada. ¡Buenas tardes!

MARIANO. *Con cinismo.* Buenas tardes. *Sale.*

CARMEN. *A su marido, con tono a un tiempo de súplica y de explicación.* Julián...

JULIÁN. *Rechazándola violentamente, y volviendo contra ella la ira que ha estado conteniendo.* ¡Ah, tú! *Casi rugiendo.* ¡Era esto... era esto! Tu tristeza era esto, tu tedio, tu angustia, tu cansancio de la vida era esto... ¿Le querías... querías a otro hombre, sufrías por él, soñabas con él?... *Con ira desatada.* ¡Tres años, tres años, tres años sin oirte reir!... *Acercándose a ella amenazador.* ¡Cómo ibas a reirte si querías a otro y eras mía! Y queriéndole te casaste conmigo... Eso no se hace, ¿sabes? Lo que tú has hecho no se hace... ¡eso no lo hace una mujer honrada!

CARMEN. *Con dignidad y angustia, pero sin ofenderse.* ¡Julián!

JULIÁN. *Con desvarío.* Sufrías por él .. *Con odio.* Y él, ¡cobarde!, ¿qué hacía?, ¿dónde estaba? Y ahora, ¿por que ha venido? *Acercándose a ella, insultante.* ¡Le has llamado, le has llamado tú! ¿No podías vivir sin él, verdad? ¡No podías vivir ya más conmigo, *Con amargura trágica.* miserable, engañado, loco por ti, ciego por ti! *Cogién-*

dola por los dos brazos y rechazándola luego. ¡Ah!... ¡Vete con él!

CARMEN. *Con paciencia alterada.* ¡Julián!...

JULIÁN. *Con ira.* ¡Vete con él! ¡Si le querías, si le has querido siempre!

CARMEN. *Con arranque.* ¡Sí, le he querido!

JULIÁN. *Con locura.* ¡Calla!

CARMEN. *Con dignidad.* ¡Le he querido! *Con lágrimas en la voz, como si hablase consigo misma.* Ha sido la ilusión y el engaño de mi juventud... Le he querido de niña, cuando toda la vida *Sonriendo dolorosa e ilusionadamente.* era sueño y promesa para mí... Le tenía delante y confundí su amor con la promesa que me hacía la vida... *Bajando los ojos y la voz.* Él no sé si lo supo .. yo no se lo dije... *Con gravedad serena.* Le he querido cuando la desgracia me enseñó a ser mujer. Le tenía cerca, y confundí su amor con la esperanza de días mejores... No se lo dije... pero esperé con ansia las palabras de amor, que no llegaron... *Con afirmación valerosa, pero no arrogante, mirando cara a cara a su marido.* Le he seguido queriendo...

JULIÁN. *Con temor y dolor.* ¿Cuando estabas conmigo?...

CARMEN. *Con amargura.* Cuando estaba contigo.

JULIÁN. *Queriendo contenerse.* ¡Ah!

CARMEN. Sí. *Bajando la cabeza.* ¡He sido tan miserable como todo eso! *Con inquietud.* Dices bien, he sufrido, he llorado mucho tiempo... un año tal vez... Me he aborrecido a mí misma, te he tenido rencor, porque no comprendías, o porque, comprendiendo, te resignabas. He tenido que morderme las manos y la lengua para no gritarte: ¿No ves que te engaño, que mi vida ente-

ra es una impostura, que tú lo pones todo y yo nada? *Con intensidad, pero bajando la voz.* ¡Ódiame, mátame, o deja que me vaya muy lejos, donde no te vea, donde no me acuerde...!

JULIÁN. *Con desesperación.* ¡Y hoy ha venido él!...

CARMEN. *Sonriendo dolorosamente.* Pero ya era tarde. Parece mentira; pero es así... Le he visto entrar, y, por primera vez, me ha sido indiferente... Le he sentido acercarse, sin cariño y sin odio... Han llegado, por fin, *Marcando el «por fin» con ironía desdeñosa.* las palabras de amor...

JULIÁN. *Interrumpiendo, con indignación celosa.* ¡Se ha atrevido a decirte!...

CARMEN. *Sonriendo, con indiferencia.* Que me quiere, que me ha querido desde que el mundo es mundo... Sí... ¡Qué vacío suena todo eso cuando el amor se ha muerto!

JULIÁN. *Acercándose a ella con ira.* ¡Eso me lo dices porque me tienes miedo!

CARMEN. *Con altivez.* ¡Eso te lo digo porque es verdad! *Con tristeza.* No creas que me enorgullezco al decírtelo... No puedes comprender... Las mujeres queremos siempre que nuestro primer amor sea el amor de toda nuestra vida... Y cuando le hacemos traición también sufrimos... El amor debe ser como un hijo: duele al nacer y duele al morirse... y como un hijo muerto, se lleva muchos días dentro del corazón. *Con arranque sincero.* ¡Pero bien muerto está! Agonizante he llevado yo el mío, hecho remordimiento, vergüenza, asco de mí misma. *Con seriedad y desde muy alto.* ¡Hoy se ha llevado el viento las últimas cenizas! Puedes creerlo. No te he mentido nunca. No sabría mentir aunque

quisiera. *Va a sentarse en el diván, y se queda mirando al suelo.*

JULIÁN. *Que la ha estado escuchando con emoción alternada de indignación, de celos, de angustia, de piedad, pasea un momento por la habitación y se acerca a ella.* Carmen... *Ella no se mueve.* Carmen... Te he dicho todo eso... porque sufría tanto... pero... perdóname... perdónamelo todo. *Con emoción.* ¡Sobre todo, perdóname mi amor! El día en que te dije: ¡La quiero a usted!, lo escuchaste llorando... *Con temor.* ¿Era por eso?

CARMEN. *Sin mirarle.* ¡Qué importa ya!

JULIÁN. *Acercándose más a ella, con exaltación.* Tú me decías: ¡Yo no le quiero a usted! *Exaltándose.* ¡Yo no debí imponerte mi cariño! ¡No tenía derecho! Fuí cobarde, ¡porque no podía vivir sin ti! *Con exaltación apasionada.* Gracias, gracias por todo, por tu paciencia, por tu lealtad, por tu sonrisa triste, por haberme sufrido junto a ti... *Con excitación casi de chiquillo.* ¡Lo que te he dicho antes era mentira todo! ¡No me hagas caso! ¡Estos tres años han sido la felicidad de mi vida! *Con adoración.* ¡No sabes lo que has sido para mí!... Tú sí que puedes ofenderte conmigo...

CARMEN. *Interrumpiéndole con protesta sincera.* ¿Yo?

JULIÁN. *Sin detenerse por la interrupción de ella.* ... porque me prometiste lealtad, y tú sí que has cumplido tu promesa; pero yo no, yo no. *Ella le mira como interrogándole.* Yo prometí contentarme con tenerte a mi lado, fuese como fuese, y muchos días he sido violento contigo, te he echado en cara tu tristeza, te he hecho sufrir más... Perdóname, dime que me perdonas.

CARMEN. *Con sinceridad conmovida.* ¡Si no tengo nada que perdonarte!

JULIÁN. *Con insistencia humilde.* Pero dímelo, porque

hoy lo necesito... Es una limosna que me tienes que dar. Acaso la última...

CARMEN. *Con asombro alarmado.* ¡La última! ¿Qué te pasa?

JULIÁN. *Sonriendo y hablando de prisa, para quitar importancia a lo que dice.* Nada... Tengo que decirte una cosa... ¡pero no te asustes, porque a ti no te importa! Es un disgusto sólo para mí...

CARMEN. *Que no comprende.* ¿Sólo para ti?

JULIÁN. Sí, porque yo soy el único que saldré perdiendo... Verás... la suerte, estos últimos tiempos, se ha vuelto contra mí. *Con fervor.* ¡Es natural! ¿Qué le voy a pedir más de lo que me ha dado? *Con ilusión.* Te he tenido tres años conmigo ¡Con la felicidad de estos tres años tengo para toda la vida!

CARMEN. Pero ¿qué estás diciendo?

JULIÁN. *Sencillamente.* He recibido las noticias que estaba esperando. Ya te he dicho que estaba preocupado.

CARMEN. *Con ansiedad.* ¿Y qué?...

JULIÁN. *Sonriendo.* Pues... que la guerra, como a tantos otros, me ha dejado pobre...

CARMEN. *Con emoción, pero sin disgusto.* ¡A ti!

JULIÁN. *Con precipitación afectuosa.* Pero no tengas miedo... para ti hay lo bastante... Está en salvo tu dote, y algo más... Eso hubiera sido lo único terrible... *Sonriendo.* Por mí no importa nada *Con dignidad.* Lo que la gente llama ruina para mí no lo es; el no tener dinero no es ruina: es volver a empezar, trabajar como antes. ¡Qué me importa! *Con ilusión de hombre que sabe dominar la vida.* ¡El mundo es grande, el trabajo es bueno! *Con orgullo.* ¡Tengo cabeza, manos, corazón! ¡Volveré a ser

rico! ¡Puede que muy pronto! *Con emoción generosa.* Y entretanto, tú no tendrás que sufrirme a tu lado...

CARMEN. *Con protesta.* Pero ¿qué estás diciendo?

JULIÁN. *Con generosidad que esconde un gran dolor.* No te angusties por mí... Si me voy muy contento. *Sonriendo lamentablemente.* ¡Ahora sí, muy contento! Porque verás... ese... *Vacilando.* esa locura tuya yo no la sabía; ¡pero la sospechaba! Y me dolía tanto... *Con energía.* Sin saber lo que era, creo que no hubiese podido separarme de ti. *Con sonrisa que quiere hacer sincera.* Pero ahora... como sé que todo ha terminado, ¡soy tan feliz!... ¡Me iré tan tranquilo! *Con inquietud casi angustiosa.* Porque tú no quieres a nadie, ¿verdad? *Serenándose con generosidad.* Estarás sola, y yo estaré muy lejos; *Con exaltación.* pero no tendré a nadie contra mí en tu corazón, ¿verdad? *Con ilusión.* Podré pensar en ti, como en una esperanza, como en un cielo mío, para cuando le gane.

CARMEN. *Levantándose y mirándole fijamente.* ¿Es decir... que has pensado en marcharte dejándome aquí?

JULIÁN. *Como si se disculpara.* No hay remedio: las tierras viejas no dan más que pan, y yo necesito muchas cosas más, *Con emoción.* porque estás tú en el mundo.

CARMEN. *Con severidad.* ¿Y has pensado que yo soy capaz de dejarte marchar pobre y solo?

JULIÁN. *Bajando los ojos.* ¡Carmen!

CARMEN. ¡Lo has pensado! *Con sentimiento de humillación, bajando los ojos.* ¡Dios mío! *Con serenidad dolorosa.* Dos veces en mi vida ha venido la ruina a buscarme. La primera en en el momento mismo en que abría los ojos a la felicidad de vivir... Ahora... otra vez. *Con arranque.* Pero ahora es muy distinto ¡Ahora sé lo que tengo que hacer! Mi padre *Se va emocionando irresisti-*

blemente a medida que habla, hasta acabar en llanto: es la primera vez que llora con lágrimas durante toda la escena. se alejó de nosotras sin decirnos adiós. Yo era una criatura; no supe dónde iba, no pude comprender ni detenerle a tiempo. ¡Y le quería! ¡No sabes cómo le quería!... ¡Y él a mí! ¡Me habrá llamado tantas veces antes de morir! ¡Pensar que se me ha muerto lejos, solo, tal vez desesperado... sin que nosotras, que hemos sido la causa de su ruina, hayamos podido consolarle, alentarle, cuidarle, cerrarle los ojos!... ¡Si hubiera estado yo con él, tal vez viviría! *Con dolorosa protesta.* Y quieres que otra vez, ¡y esta vez a sabiendas!, me vuelva a echar encima el peso de esa culpa.

JULIÁN. *Turbado.* Es que yo voy a trabajar sin descanso; voy a pasar incertidumbres, malos ratos, horas de desaliento; voy a andar de un lado para otro, buscando hasta que encuentre; voy a desatinarme muchos días... *Con rudeza casi rencorosa.* ¡Y no tengo derecho pedirte que vengas conmigo!

CARMEN. *Con energía.* ¡Yo tengo el deber de estar a tu lado!

JULIÁN. *Con violencia.* No... no le tienes. ¡Esos deberes no los impone más que el cariño! Tú lo has dicho al hablar de tu padre. *Con envidia.* ¡No sabes cómo le quería! *Sombrío.* ¡Y a mí no me quieres como le querías a él!

CARMEN. *Bajando los ojos, con timidez.* ¡Sí te quiero!

JULIÁN. *Con violencia.* ¡No, no!

CARMEN. *Con energía.* ¡Sí te quiero!

JULIÁN. *En voz más baja.* ¡No!

CARMEN. *Con emoción.* ¡Dios mío! ¿Tú crees que un amor se muere si otro amor no le mata?

JULIÁN. *Con emoción desatentada e incrédula, casi con ira, a fuerza de alteración nerviosa.* ¡No me digas eso! ¡No me digas eso! ¡No me mientas!

CARMEN. *Con amor.* ¿Cómo no te voy a querer, viviendo contigo, y siendo como eres?

JULIÁN. *Con dolor.* ¡Es que me tienes lástima!

CARMEN. *Con energía.* ¡No! *Con melancolía.* Yo había soñado, como todas, con un hombre *Exaltándose a medida que habla.* en quien poder creer, de quien poder fiarme, a quien poder querer de igual a igual. *Con dignidad.* Un hombre con quien ir de la mano por la vida, riendo cuando fuese hora, llorando cuando fuese menester, ganando el pan con él, partiendo el pan con él, con orgullo, con gloria suya y mía.

JULIÁN. ¡Carmen!

CARMEN. *Con rabia de sí misma.* Y puse mi ideal, también como todas, en el primer juguete que encontré. ¡No era él! Pero yo me empeñaba en que lo fuese... Luego viniste tú..., tú, que eres bueno; tú, que eres fuerte, honrado, capaz de mirar la vida cara a cara; ¡tú, que eres un hombre de verdad! ¡Tú, sí; tú, sí!... No creas, te he tenido rabia al ver que eras tú, precisamente tú... Luego la rabia fué contra mí misma... No quería quererte, no quería confesarme a mí misma que te estaba queriendo; no te lo hubiera dicho nunca...

JULIÁN. *Con angustia.* ¿Por qué?

CARMEN. *Temblando y mordiendo las palabras.* Tenía vergüenza ante mí misma... Me había vendido por dinero...

JULIÁN. *Con arrebato.* ¡No digas eso!

CARMEN. *Con avergonzada confusión.* Yo... no puedo querer a quien me paga...

JULIÁN. *Con apasionamiento.* ¡Harto pagado estaba mi amor con el tuyo!

CARMEN. *Temblando.* No... no... el amor no se paga... el amor no merece... el amor hay que darle de balde... y yo, no; yo, no...: era imposible... mientras tú fueras rico era imposible. ¡Soy muy orgullosa!

JULIÁN. *Acercándose a ella con devoción.* ¡Carmen!... ¡Vida mía!

CARMEN. ¡Ahora, sí; porque te puedo dar vida por vida! Iré contigo, trabajaré contigo... También soy yo ambiciosa... ¡Seremos ricos, seremos fuertes... haremos mucho bien!

JULIÁN. *Desvariando, con alegría infantil.* ¿Sí, sí, sí? Vendrás conmigo. *Cogiéndole la cabeza.* Déjame que te mire. ¡Qué bonita eres! ¿Vendrás conmigo siempre? ¡Qué manos tan chiquitas y tan suaves! *Le besa las manos.* ¿Serás para mí... para mí... tú? *Cogiéndole otra vez la cabeza.* Tienes el pelo de oro... Tienes los ojos azules como el cielo... ¡Y eres mi amor!... ¿No lo sabías tú que eres mi amor? Ven aquí. *Se sienta en el diván con ella y la mira como si fuese un juguete maravilloso.* Mírame... ¿Te vas a reír como antes... como te reías cuando te conocí?... *Con emoción repentina, escondiendo la cabeza entre las manos y casi llorando de cansancio.* ¡Carmen! Carmen!

CARMEN. *Alarmada, quitándole las manos de la cara.* ¿Qué te pasa? ¿Estás malo?

JULIÁN. *Sonriendo con esfuerzo.* No... no te asustes... estoy bien *Suspirando hondamente.* ¡Qué cansancio y qué descanso! Te quisiera decir tantas cosas... todas las que mereces. *Casi no puede hablar.* Gracias, gracias...; pero no puedo... Dame la mano. Llevo tantos días de angustia, de inquietud, sin dormir, sin vivir, viendo

que no podía conjurar la ruina, pensando que tenía que dejarte...

CARMEN. *Maternal.* Calla... no hables...

JULIÁN. *Con un resto de exaltación.* ... Peleando por salvar lo imposible... y ahora, cuando ya estaba todo perdido... me dices tú que vienes...

CARMEN. *Con inquietud afectuosa.* No hables... Déjalo ya... Descansa...

JULIÁN. *Con docilidad de niño.* ¿Sí? ¡Ay! *Ella le pone la mano en la frente, obligándole a reclinarse sobre los almohadones.* Gracias...

CARMEN. *Atrayéndole con dulzura y sujetándole.* ¡Descansa!...

JULIÁN. *Con sobresalto repentino.* ¡Te vas!

CARMEN. *Sonriendo.* No... *Durmiéndole como a un niño.* No pienses... Estoy aquí... contigo... cierra los ojos... así...

Él se duerme. Pausa muy breve. El Criado da dos golpecitos en la puerta.

CARMEN. *En voz baja.* ¡Adelante! *Entra el Criado con unos telegramas y una gran cartera de papeles. Carmen, sin abandonar a Julián, hace una señal de silencio.* ¡Chsss! ¿Qué hay?

CRIADO. *En voz baja.* Estos telegramas que acaban de traer y estos papeles que envía el secretario del señor para que el señor tenga la bondad de revisarlos.

CARMEN. Déjelos usted ahí... sobre la mesa... y dígale usted al secretario que luego llamará el señor por teléfono...

CRIADO. Sí, señora. *Sale en silencio y cierra la puerta con cuidado.*

CARMEN. *Mira a su marido con inquietud afectuosa. Se levanta con mucho cuidado, poniéndole almohadones junto a la ca-*

beza, para que no note su ausencia; le besa sobre el pelo muy levemente. Luego apaga la luz central, enciende la del portátil que hay sobre la mesa y, sentándose, empieza a revisar los papeles que ha traído el criado, y abre los telegramas, tomando notas con lápiz en un pedazo de papel; levanta los ojos y dice, con sonrisa de felicidad: ¡Hoy empieza mi vida! *Vuelve a leer los telegramas mientras cae el telón muy despacio*

LAS GOLONDRINAS

DRAMA LIRICO EN TRES ACTOS

MÚSICA DE JOSÉ MARÍA USANDIZAGA

Estrenado en el TEATRO DE PRICE el 4 de Febrero de 1914.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LINA (18 años)...............	Luisa Vela.
CECILIA (24 íd.).............	Eva López.
LEONOR (38 íd.).............	Enriqueta Blanc.
UNA ECUYERE...............	Urdazpal.
PUCK (25 íd.)................	Emilio Sagi-Barba.
ROBERTO (45 íd.).............	Francisco Meana.
BOBY (17 íd.)................	Luis Llaneza.
JUANITO (20 íd.).............	Santos Asensio.
UN CABALLERO (35 íd.).......	Francisco Ruiz.
UN REGISSEUR................	José Alted.
UN EXCÉNTRICO..	Mariano Siñuela.
UN MALABARISTA.............	Roberto Boti.

Varias ecuyeres, acróbatas y gente del pueblo.

La acción del primer acto, en un pueblo de Castilla.

La del segundo y tercero, en un gran circo de una gran ciudad.

ACTO PRIMERO

Interior de una barraca de saltimbanquis instalada en la plaza de un pueblo. Por todo mobiliario una mesa y dos bancos de pino. Numerosos cajones, arcas, baúles, cerrados unos, a medio abrir otros y dejando asomar mallas, pelucas, cintas, flores de trapo. Sobre la mesa un espejo y tarros de pintura. La barraca está unida a un teatrillo y separada de él por una cortina de lona. Otras cortinas de lona cubren la puerta del fondo y una ventana que da a la plaza del pueblo. Es por la tarde.

Están en escena Roberto, Cecilia y Lina. El señor Roberto, sentado, vestido con un gabán viejo, encima de la malla, fuma una pipa.—Cecilia, sentada a la mesa, acaba de rizar una peluca.—Lina, de rodillas delante de un arca, saca de ella ropa de payasos, y canta a media voz un romance.

Música.

CECILIA. *En tono displicente.* Aquí tiene usted la peluca.

ROBERTO. *Medio adormecido.* ¿Peinada?

Cecilia. Y rizada... Y eso que cualquiera riza esta estopa... Tres horas me ha costado.

Roberto. ¡Dios te lo pague, mujer, Dios te lo pague!

Toma la peluca y entra en el teatrillo.

Lina. *Que está de rodillas delante de un arca sacando y eligiendo ropa, canta.*

Señora, la mi señora,
tengo muerto el corazón,
que vuestros fieros desdenes
me lo hirieron a traición.

Cecilia. ¿Ya estás cantando tú?

Lina. ¿Te estorba mi canción?... Es como el agua de una fuente que corre mientras canta, y canta porque corre... ¿Por qué no he de reir, estando tan contenta? ¿Hay vida más dichosa que esta vida nuestra? ¿Por qué no he de cantar? Ninguna pena tengo. Todos somos felices... nuestra vida es alegre.

Cecilia. *Con amargura.* ¿Alegre nuestra vida? ¡Ya lo creo! ¿Quién lo duda?... ¡Qué felicidad! Somos como las campanas, siempre dando vueltas, siempre haciendo ruido, ¡hasta cuando tocan a muerto!

Lina. *Con entusiasmo pueril.* ¿No te da alegría cuando, al vernos venir, los chiquillos salen al encuentro y les oyes gritar, llenos de entusiasmo: ¡Los titiriteros! ¡Los titiriteros!

Cecilia. *Con amargura.* ¡Los titiriteros!

Lina. ¡Sí, sí, los titiriteros! Vida errante, vida inquieta: todo el mundo y todo el cielo cómplices de nuestro anhelo... de nuestra ilusión... ¡Cada día que

amanece, es el sol que se levanta, nueva rosa que florece y nos da su corazón!

CECILIA. ¡Niña loca! Tú sueñas por soñar... ¡Niña loca... despierta! *Con melancolía apasionada.* Camino siempre igual, ¿cómo no nos puede dar su flor? ¡Tristeza gris del arenal, sin esperanza, sin amor!... La golondrina que, al pasar, se detiene a escuchar la canción, prende su nido en el zarzal... ¡El viento lo arrasó!

LINA. *Palmoteando.* ¡Han llegado los titiriteros. ¡Viva la carreta! ¡Viva la alegría! ¡El sol se ha prendido en las lentejuelas y ríe sobre ellas! ¡Vivan los payasos!

CECILIA. Camino siempre igual, ¿cómo nos puede dar su flor? ¡Tristeza gris del arenal, sin esperanza y sin amor!... La tierra entera es erial... ¡Las palabras todas son maldición!... Pasan los días por pasar. ¿De qué nos sirve desear? ¡No hay consuelo... no hay mudanza... ¿Y así, pasar desesperada la vida, en tedio negro... siempre igual?...

LINA. *Acercándose a ella con cariño.* ¡Tú deliras!... Escúchame... ¿Qué te pasa?... ¡Atiéndeme!... ¡Ven aquí, ven aquí! ¿Qué pena tienes, que así te hace sufrir?... ¡Cuéntamela! Yo te calmaré... ¿Por qué sufres tú?... ¡Ven aquí! *La abraza.* ¡Así! Yo te quiero... ¿Y quién no te quiere, di? Todos: ¿no lo sabes tú?... Ya lo ves... ¿Y Puck?... Cecilia... no lo olvides... ¡Él sí que te quiere!... ¡Ya ves tú si eres feliz! ¿Triste?... ¿Desesperación de vivir con tan gran ilusión?... ¡Ah!

CECILIA. *Con ironía amarga.* ¡Me quiere Puck! ¡Me quiere Puck! ¡Me quiere Puck! ¡Pero su pasión es un torcedor, un puñal para mí!... Tú no puedes comprender... Mi corazón está cansado... no sabe ya, ¡tal es su pesar!, ¡tal es su inquietud!, sufrir cadenas de amor.

LINA. ¡Calla, calla, calla... no te empeñes en sufrir!

CECILIA. Niña, niña, niña... tú no me entiendes...

LINA. ¿Por qué padecer? ¡Aprende a reir de mí!

CECILIA. ¡La vida, la suerte, se burlan de mí!

LINA. ¡Calla, calla, calla... no te empeñes en sufrir!

CECILIA. Niña, niña, niña... tú no me entiendes...

LINA. Yo estoy contenta siempre... ¡Mi vida entera es un cantar!

CECILIA. *Con amargura.* ¡Dichosa tú... dichosa tú!

Se oye en la calle rumor de gentes que se acercan y sonar del tambor y el cornetín de los titiriteros.

LINA. *Acercándose a la puerta.* ¡Escucha!..., ¡Oye... ya están aquí! *Mira a la calle.* ¡Mira... mira... ya están aquí!

Al oír gritar a Lina: ¡Ya están aquí! el señor Roberto sale a recibir a los titiriteros que vuelven; entran los tres fanfarronamente. Puck trae en una mano un cornetín, y con la otra sujeta las riendas de un hermoso jumento pintado de cebra. Juanito trae un tambor colgado al cuello y sujeta a un perro grande sobre el cual viene montada una mona. Boby viene tirando al aire antorchas encendidas. Lina acude a recibirlos palmoteando con entusiasmo. Cecilia se queda en un rincón mirándolos con desprecio, que intenta disimular cuando la mira Puck. Puck viene alegre, excitado aún por el pomposo discurso con que se supone que acaba de arengar a la multitud. Boby también trae cara satisfecha; deja sus antorchas y hace una pirueta delante de Lina, que le abraza, y otra delante de Cecilia, que ni siquiera se digna mirarle. Luego se acerca a Juanito y quiere quitarle el perro; Juanito se resiste y disputan un momento silenciosamente. El señor Roberto, sin hablar

tampoco, se acerca a ellos, y cogiendo al perro entra con él entre bastidores y vuelve a salir, pasado un instante; todo esto durante el diálogo que sigue.

Hablado.

PUCK. *Entrando y dirigiéndose todavía a la gente que se supone hay a la puerta de la barraca.* ¡Viva la farsa!

BOBY. *Soltando las antorchas.* ¡Viva Puck!

LINA. *Con entusiasmo.* ¡Viva!

ROBERTO. ¡Tienes el gran pico!

PUCK. ¡Ya lo creo! Treinta y cinco discursos le he soltado al respetable público. ¡Y vaya un sol que cae por esas calles!

BOBY. *Mientras suelta las antorchas y saluda a Lina y a Cecilia.* ¡Gracias a que las taberneras de este pueblo son compasivas!...

CECILIA. Sí, ya se conoce en lo contentos que venís todos.

JUANITO. No es malo el vinillo... no... me parece que da vueltas la barraca.

ROBERTO. A ti sí que te voy a dar yo una vuelta.

LINA. Déjele usted, padre.

PUCK. *Con alegría, acercándose a Cecilia.* ¡Estos son los días que a mí me gustan! Sol en el cielo, sol en el aire, sol hasta en los cantos del arroyo... Yo no sé cómo puede haber gente con pena cuando hace sol, ¿verdad, Cecilia?

CECILIA. *Displicente.* Verdad será cuando tú lo dices...

LINA. *Con entusiasmo comunicativo.* ¡Ya lo creo!... ¡Sol y camino por delante! Estar andando siempre, viendo tierras nuevas... Caminar, caminar...

PUCK. Tienes razón...

Música.

Canta Puck con apasionamiento alegre, Caminar... caminar... sin descansar... ¡Toda senda es un jardín! *A Lina.* ¡Has dicho bien! Tú también comprendes la gloria del camino... la ilusión de hacer, al caminar, del sendero un edén... ¡Has dicho bien! ¡Has dicho bien! ¡Todo el sol para mí! Más la dicha de soñar... más la gloria de querer... ¡Oh, pobre payaso! ¡La tierra entera es tuya! ¡Para ti sale y brilla el sol...! Pasa el carro; salta el amor...! Nace el día; rompe un aro el sol. Que es también el sol payaso, y también su carro va corriendo sin cesar... ¡que vivir es caminar! ¡Alegría... salto mortal... llanto y risa en mi cornetín...! *Saludando.* ¿Quién me aplaude? ¿Quién me quiere? *A Lina.* ¡Por ti! *A Cecilia.* ¡Por ti!... ¡Va! Caminar... caminar... sin descansar... Toda senda es un jardín. ¡Has dicho bien! Todo el que comprende la gloria del camino, la ilusión de hacer, al caminar, del sendero un jardín, será feliz, ¡será feliz! ¡Todo el sol para mí! Más la dicha de soñar... más la gloria de querer... ¡Oh, pobre payaso! ¡La tierra entera es tuya! ¡Para ti, rompe un aro el sol! ¡Para ti, la emoción del camino real! Para ti, soñador, para ti, al nacer, rompe un aro el sol.

Hablado.

LINA. Es verdad; *Con entusiasmo.* no hay felicidad como la de ir pasando siempre. Me dan lástima las gentes que no han visto más que un pedacito así de mundo, siendo tan grande... ¿Verdad, padre?

CECILIA. *Con amargura.* ¡Irás a decirme a mí que te gusta andar siempre de un lado para otro, en esta carreta, sin patria ni hogar!

LINA. Mujer... hogar, estando todos juntos y todos alegres, con nosotros viene... y patria, donde nos quieren y nos aplauden, esa es nuestra patria. Ya ves tú si tenemos pocas!

ROBERTO. *Que vuelve de dejar el perro.* ¡Vaya un programita el de la función de esta noche! ¡No tendrá queja el respetable público del señor Roberto... aquí presente... *Se inclina saludando y llevándose las dos manos al pecho.* y de su compañía! *Señalando a Puck, que saluda a su vez.* ¡El amigo Puck ha tenido una idea de primera!.. Hacer comedias con romances de ciego: Barba Azul, Carlomagno y Melisendra... y la de esta noche... Gerineldos, nada menos que Gerineldos y la señora Infanta.

LINA. ¡Y que no está guapa Cecilia con su traje! ¡Tres horas hemos pasado cosiendo lentejuelas!

CECILIA. ¡Para lo bien que está!

LINA. Verás cómo te aplauden esta noche... Por supuesto, como todas.

BOBY. Y que lo digas... Chica, eres la gran atracción de la feria... Todo el mundo nos ha preguntado por ti. ¡Que lo diga Puck! Tus bellas formas *Haciendo una mímica expresiva.* han hecho furor... ya ves... el hombre de los fenómenos, que antes de que llegáramos nosotros cortaba el bacalao en la feria, ha tenido que levantar el tabanque y se ha fugado al amanecer... ¡Ni el chico de las siete cabezas ha podido sostener la competencia contigo, y eso que estaba conservado en espíritu de vino...!

JUANITO. Ríete tú de espíritus.

ROBERTO. Ea, basta de conversación... listos. *A Puck y Cecilia.* Vosotros dos a ensayar, que esta noche es moda y hay que dejar contenta a la gente. Vosotros *A Boby y Juanito.* a sacudir la alfombra del escenario, y tú *A Lina.* a preparar las cintas que tiene que tragarse Juanito...

Salen Boby y Juanito. Lina los sigue, y al pasar junto a Puck le abraza.

LINA. *A Puck.* ¿Estás contento?

PUCK. *Sonriendo.* ¿Por qué me lo preguntas?

LINA. Por saberlo... *Sale también.*

PUCK. Ea, voy a buscar los papeles para el ensayo. *A Cecilia.* Prepárate. *Ella no responde y se sienta en un rincón. Puck sale.*

ROBERTO. *Antes de salir, probándose la peluca en el espejo.* Ponerse la peluca de rey... quitarse la peluca de rey... *Cogiendo una magnífica corona de hoja de lata.* ponerse la corona... quitarse la corona... divertir al respetable público... echar un trago... tumbarse... dormirse... despertar... volver a ponerse la peluca... volver a echar un trago... ¡esa es la vida!

CECILIA. *Con rabia concentrada.* ¿Nada más?

ROBERTO. *Volviéndose hacia ella un poco sorprendido.* ¡Nada más!

CECILIA. Entonces, ¿no hay que esperar nunca nada nuevo... días mejores?...

ROBERTO. Mujer... esperar... claro que sí... todo el mundo espera: en eso se gasta uno la mitad de la vida... y la otra mitad en recordar lo que estuvo esperando... Tienes quince años... y esperas... y veinte... y esperas... y treinta y cuarenta... y sigues esperando...

hasta que un día te despiertas viejo... ¡y échale un galgo a la esperanza!

CECILIA. ¿Y no hay nada entre esperar y recordar?

ROBERTO. Mujer... hay... quererse, tener hijos, trabajar... pero todo es lo mismo. Mira: yo lo que más he deseado en este mundo ha sido casarme. Me enamoré como una fiera y ¡claro! Que falta un mes, que falta una semana, que tres días, que dos, que mañana, que llega, que llegó... Pues, chica, cuando quise darme cuenta, ya hacía ocho días que me había casado. Y lo que te dije antes: a acordarme de que me casé.

CECILIA. ¡Ay de mí!

ROBERTO. Anda ésta, ¡ay de mí! ¡Y de mí! ¡Peor sería no verlo!

Coge la peluca y la corona y sale a tiempo que Juanito y Boby entran arrastrando un gran rollo de alfombra vieja, que se disponen a sacudir. Cecilia se acerca a la puerta y se queda mirando hacia fuera, perdida en melancólica contemplación. Juanito y Boby, mientras sacuden la alfombra, disputan cómicamente.

JUANITO. ¡Te digo que no!

BOBY. ¡Vuelvo a repetirte que sí! ¡El perro es mío y conmigo debe dormir!

JUANITO. *Con sorna.* ¿Tuyo?...

BOBY. El mismo Puck lo ha dicho en el discurso... «El *clown* Boby y su perro sabio»... ¿Lo oyes? *Recalcando.* Su... perro... sabio... su perro sabio... ¡Y esa es la verdad!

JUANITO. ¡Desgraciado! ¡No hay más verdad que ésta: Juanito ha recogido un perro abandonado que se moría de hambre... le ha dado de comer .. le ha salvado la vida... luego es suyo...

BOBY. Le ha dado de comer... le ha dado de comer... ¡el alimento vil!... Tú has dado a ese pobre ser el sustento corporal... pero yo ¿entiendes? yo le he dado educación, y eso es lo que más vale. Por ti... supongamos que sigue siendo perro... cosa que había sido siempre... por mí es perro sabio, cosa que no había sido nunca... ¿Y ahora, qué dices?

JUANITO. *Llorando cómicamente.* Tienes razón, Boby, tienes razón... ¡Ay, ay, ay!

BOBY. No llores, hombre... ¿Qué te importa que el perro duerma conmigo si no hay más que un colchón para los tres?

JUANITO. *Consolándose de pronto ante la luminosa revelación.* ¡Calla... pues es verdad! ¡Boby... eres un ángel!

Se abrazan cómicamente.

PUCK. *Saliendo.* Pero ¿no está esa alfombra?

JUANITO. Ya va, hombre, ya va...

PUCK. Adentro, pronto...

Boby y Juanito cargan con la alfombra y desaparecen detrás de la cortina.

PUCK. *Con unos papeles en la mano.* Ea, niña... vamos a ensayar...

Música.

PUCK. *Queriendo ensayar.* Es de noche... llega Gerineldos al palacio de la Infantina y dice:

Abridme, la mi señora...
abridme, cuerpo garrido...

Viendo que Cecilia no le hace caso.

¿No contestas?

CECILIA. *Displicente.* ¡No tengo ganas de ensayar ahora!

PUCK. *Tirando el papel que traía en la mano.* ¡Tienes razón! Se acabó el trabajo por esta tarde. ¿Quieres que demos una vuelta por la feria?

CECILIA. ¡Estoy cansada!

PUCK. Bueno. *Se acerca poco a poco a ella y le da un beso en el cuello.*

Ella se vuelve asustada, y da un grito.

CECILIA. ¡Ay!

PUCK. *Con amor.* ¡No te asustes!... Soy yo... Qué tarde más hermosa, ¿verdad? *Mirando a la calle por encima del hombro de ella.* Mira... ¡ya se va el sol!... Mira cómo brillan las nubes... *Con expresión.* ¡La luz, al morir, habla de amor! ¿No te dice la emoción, alma del atardecer, que junto a ti está mi loca pasión? *Hablándole muy cerca.* ¡Mi amor!... ¡Mi amor! ¡El día se va!... ¡Bendito el atardecer, que trae para nuestro amor su sombra!... *La mira y ve que ella tiene los ojos llenos de lágrimas.* ¿Estás llorando?... ¿Qué te pasa?

CECILIA. *Queriendo disimular.* Yo misma no te lo sé decir... Siempre que llega la tarde, cae la tristeza desoladora sobre mi corazón... Sufro... yo misma no sé por qué... ¡Es que mi alma es cobarde y el frío negro que trae la noche, me da terror!

PUCK. *Con amor.* ¿Cómo te puede dar miedo la noche, si sabes que estoy contigo? ¿Cómo puedes sentir frío en la sombra, si el fuego de mi amor está encendido?

CECILIA. *Con ironía.* ¡Fuego de paja en el viento... pronto se apaga la llama... pronto se muere la hoguera... fuego de paja en el viento! ¡Fuego de amor engañoso... pronto se extinguió la llama... triste quedó la ceniza... fuego de paja en el viento!...

PUCK. *Con tristeza.* ¿Fuego de paja en el viento? ¿Eso es mi amor para ti? ¿Es que no sabes toda la fuerza de la pasión que arde en mí?

CECILIA. ¡Pobre pasión de un instante!... ¡Engaño necio del alma!... ¡Aun la miramos ardiendo y ya se apagó su llama!

PUCK. *Con apasionamiento.* ¡No muere el cariño que es la raíz de la vida misma en que floreció! ¡En el pecho está la flor, y la flor es mía!... ¡Con mi sangre la regué y no puede morir!... ¡No muere el cariño, que fuego es en el que se abrasa todo el corazón!

CECILIA. *Con burla.* ¡Fuego de paja en el viento... pronto se apagó la llama!...

PUCK. *Pasando del apasionamiento a la ira.* ¡Fuego de paja en el viento!... ¿Es que mi amor no te basta?

CECILIA. *Mirándole fijamente.* ¿Tú eres feliz?...

PUCK. *Con asombro.* ¡Yo!

CECILIA. ¿No echas nada de menos?

PUCK. ¡Tú sí!

CECILIA. A veces...

PUCK. *Desesperado.* ¿Estando a mi lado?...

CECILIA. ¿Tú no has soñado nunca para ti... para mí, riquezas, triunfos?

PUCK. ¡Desde que te conozco, no he soñado más que contigo!

CECILIA. *Con desprecio.* ¡Menguado sueño el tuyo!... ¡Yo he soñado la gloria alcanzar!... ¡Vivir, triunfar... aplausos... la riqueza, la gloria, el placer!...

PUCK. *Alteradísimo.* ¡Triunfar... vivir... aplausos!... Vivir, triunfar... ¡Ah!... ¡Sí!... Triunfar... vivir... ¡infamia... triunfar... gozar sin mí!

CECILIA. ¡Placer... amor... riqueza... siempre, siem-

pre alcanzaros soñé! ¡Amor... placer... aplauso... por lograros el alma daré! ¡Ah, por triunfar lejos de aquí, toda el alma daré!

PUCK. Placer... amor... riqueza... ¡Oh, la negra, la infame traición! ¿Vivir, triunfar has dicho? ¡Y mi amor! ¡Y mi amor! ¡Y mi amor! ¡Ah, tú triunfar lejos de aquí! ¡Eso no puede ser! *Gritando.* ¿Qué has dicho? *Acercándose a ella con violencia.* Eres mía... ¡infame!... ¡Ven aquí!

Quiere maltratarla; ella se defiende y luchan.

CECILIA. *Insultante.* ¡Cobarde!

Al oir el insulto, Puck la suelta, y se deja caer sobre un arca. Se oye dentro la voz de Lina que canta.

Canción de Lina.

—Me dices que ya no me quieres;
me dices que ya no me puedes ver...
Amor, ¿quién pensara que fuese
tan fácil dejar de querer?
Me dices que ya no me quieres...
¿Quién te ha dicho a ti que te quiero yo?
Amor nos tuvimos soñando;
durmiendo se desvaneció.
¡No tengas pena, chiquilla;
el amor muerto, bien muerto está!
Le enterraremos cantando.
¿Quién sabe si resucitará?
—Sí tengo pena, chiquillo,
que el amor muerto, bien muerto está.
Le enterraremos llorando,
que nunca más resucitará...
—Me dices que ya no me quieres,
me dices que ya se acabó el cantar...

Si el juego de amor te ha gustado,
podemos volver a empezar.

Mientras Lina canta, Puck, lejos de Cecilia, que se arregla el cabello, descompuesto por la lucha, se desespera.

PUCK. ¡Glorias... triunfos... lejos de mí... el aplauso de todos... y sabes que me muero de celos cada vez que sonríes desde esas tablas!... *Se levanta y quiere acercarse a ella.* ¡Cecilia... Cecilia!... ¡Dime que me quieres a mí... a mí solo... a mí siempre!...

Cecilia no le hace caso. Puck, casi arrastrándose a sus pies.

¡Perdóname... óyeme... mira que te pido perdón!... ¡Pero vuelve a mirarme... a sonreírme!...

CECILIA. *Apartándole bruscamente.* ¡Déjame!

PUCK. *Con ira.* ¡Ah!... Mira lo que haces... *Con infinita angustia.* ¡Me parece que voy a aborrecerte y eso no puede ser!... ¡Cecilia!

Sale Lina cantando las últimas palabras de su canción, y se detiene al darse cuenta de que Puck y Cecilia están disputando.

Hablado.

LINA. *Volviéndose a mirar a Puck y Cecilia.* ¡Ah! Pero ¿estáis riñendo? Pues no habéis tomado vosotros poco en serio la tragedia...

CECILIA. Tragedia... tragedia...

PUCK. ¡La más triste de todas las tragedias es la vida!

LINA. Pero ¿estáis locos?

PUCK. Si no lo estamos... pronto lo estaremos.

LINA. *Graciosamente.* ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!... ¿Qué ha pa-

sado... vamos a ver? ¿Que el señor Gerineldos se ha enfadado porque la señora Infanta no le miró con bastante languidez? ¿Que la señora Infanta pretende que los suspiros del señor Gerineldos no son bastante apasionados? Afortunadamente aquí está el hada que lo arreglará todo, lanzando una mirada feroz al galán y suspirando tres veces al oído de la dama. *Hace una graciosa pantomima de amor y suspira mirando a Cecilia y a Puck.* Y ahora ¿quién se ríe?

PUCK. ¡Qué buena eres!

LINA. ¿Y qué merezco por tanta bondad?

PUCK. No lo sé...

LINA. Yo sí... que me quieran un poco...

PUCK. Ya sabes que te queremos como si fueras nuestra hermana.

LINA. Pues si es verdad, a hacer las paces inmediatamente .. *Con graciosa autoridad pueril.* ¡Lo quiero... lo mando! ¿Sí? ¿No?

CECILIA. Por mí... ¡Puck dirá!

PUCK. Ella es la que tiene que decir...

LINA. ¡Silencio! ¿Condiciones?

Puck y Cecilia responden hablando a un tiempo.

CECILIA. Que no pida imposibles...

PUCK. Que no tenga ambiciones locas...

LINA. ¡Huy, huy, huy! ¿Ambiciones... imposibles?... ¿Esas tenemos? Pero hijos míos... así no vamos a poder vivir... ¿Sabéis cuántas peleas van en esta semana? Vaya, vaya... a mirarse... a reirse, a darse un abrazo... ¡Ajajá! *Después que ha conseguido que Puck y Cecilia se abracen.* Para ambición, la mía... que todos, todos seáis muy felices...

Entran Roberto, Boby y Juanito.

BOBY. *Con burla.* Menos mal. Abrazos tenemos... ¿Se acabó la gresca?

CECILIA. ¡A ti qué te importa!

BOBY. Chica, qué amable eres... Contigo da gusto... Bien dice la copla: *Cantando y chupándose el dedo.* «El amor es más dulce que el caramelo...» ¡Mira Puck cómo se relame!...

LINA. *Con dulzura.* Cállate, Boby...

BOBY. *Inclinándose grotescamente.* ¡Me callo!

ROBERTO. *A Puck, con ligero extravío de borracho.* Digo yo. La vida hay que pasarla a tragos. Tú quieres a una... trago... tú vas y te haces ilusiones... otro trago... por supuesto, trago en vaso y bien medido... si te pones a beber en la bota, mal negocio... ¡porque a cualquier hora deja un hombre de empinar a tiempo!

JUANITO. *Entusiasmado.* ¡Pero que muy bien dicho! *Da una vuelta entusiasmado, tropieza con Boby y se cae, dando un traspiés cómico.* ¡Boby, eres mi tormento! *Se levanta ofendidísimo.*

BOBY. *Riéndose al verle caer.* ¡Ja, ja, ja, ja!

JUANITO. *Ofendidísimo.* ¡Eso es! Ríete... perro, más que perro... ¡La ropa de hombre te viene muy ancha!...

BOBY. Por eso me visto de payaso... para imitarte a ti... ¡Jajajajajá!...

ROBERTO. Ea, coged los instrumentos y a dar el último pregón, que ya se va animando la feria... Andando, Puck.

PUCK. Yo me quedo aquí.

ROBERTO. ¿Que te quedas aquí? Cosas de ésa. *Por Cecilia.* Como si lo viera... ¿Qué te has de quedar?... No viniendo tú no hay pregón que valga... andando... an-

dando todos... y vosotras, a arreglar la cena, que en seguida volvemos...

BOBY. *A Lina* Chica, lo que nos vamos a divertir... Esta noche va a haber baile en la plaza: han puesto un tablado con música... en cuanto que cerremos el teatro, ¡a bailar! Tengo cuatro perras... me las ha dado Puck... eran para pitillos, pero si quieres te convido a la rifa...

ROBERTO. Coge el tambor, Boby.

BOBY. Voy allá.

Va a salir. Juanito se adelanta y le detiene.

JUANITO. Escucha, Boby... Tengo que decirte una cosa... ¡Te perdono la vida!

Salen Roberto, Boby y Juanito Puck, antes de salir, se acerca a Cecilia, como queriendo ratificar las paces.

PUCK. ¡Cecilia!...

CECILIA. *Con displicencia.* ¿Qué quieres?

PUCK. *Cambiando de idea.* ¡Nada! *Sale también.*

Música

Lina, desde la puerta, despide con alegría a los titiriteros, que se alejan. Cecilia se arrodilla delante de un arca y empieza a sacar de ella varias prendas de ropa, con las cuales hace un paquete. Durante toda la escena se oye dentro el ruido de la fiesta: campanas, cohetes, organillos del «tío vivo» y la rifa, voces de hombres, de mujeres y de niños que pasan cantando.

LINA. *Desde la puerta.* Adiós, adiós, que volváis pronto... Mira, Cecilia, ya empiezan a seguirle los chiquillos. *Sin volver la cabeza.* Me parece que Puck va triste. *A Cecilia.* ¿Qué le pasa?

CECILIA. *Con displicencia.* No lo sé; ni me importa.

LINA. No te enfades *Vuelve a mirar por la puerta.* Mira, mira cómo riegan la plaza y huye del agua la gente.

Entra agua por la puerta.

¡Pues no me ha echado agua a la cara! ¡Mamarracho!

UNA VOZ. *Dentro.* ¡Barquillos de canela, barquillos!

OTRA VOZ. ¡Buñuelos calentitos, churros!

OTRA VOZ. ¡Barquillos de canela!

OTRA VOZ. ¡Caramelos!

OTRA VOZ. ¡A la rifa, señores, que siempre toca!...

LINA. *Con entusiasmo.* ¡Ay! ¡Ya están poniendo los castillos de pólvora! ¡Lo que nos vamos a divertir esta noche!

Estalla un cohete.

¡Un cohete, con lo que a mí me gustan!... Esta noche sí que va a haber animación... Ya encienden los faroles del circo y los del «tío vivo». Mira, mira... Oye, oye cómo cantan...

CORO DE HOMBRES.

Dentro.

Noche clara de San Juan,
noche de fiesta mayor.
Deprisita, compañeros,
que está aguardando el amor.

CORO DE MUJERES.

Clavel que te secaste,
vuelve a florecer.
Amor que me dejaste,
vuélveme a querer.
Pasó cantando,
compañeras, el amor;

pasó cantando,
nadie le escuchó.

Coro de hombres.

Por la rosa, por la risa,
por la gloria del amor,
por la nieve del espino
que en la senda floreció.
¡Vino en el vaso y una canción!

Risas y murmullos.

Coro de niños.

Al pasar el arroyo
de Santa Clara,
¡ay, ay!
de Santa Clara,
se me cayó el anillo
dentro del agua,
¡ay, ay!
dentro del agua.

Una voz. *Dentro.* Pasen, señores, pasen; vayan pasando, ahora, ahora.

Coro de niños.

Por sacar el anillo
saqué un tesoro,
¡ay, ay!
saqué un tesoro,
una Virgen de plata
y un Cristo de oro,
¡ay, ay!
y un Cristo de oro.

Coro de hombres.

Alejándose.

Por la rosa, por la risa, etc., etc.

LINA. *Volviéndose a mirar a Cecilia, que se ha levantado con el paquete de ropa en la mano y se acerca a la puerta.* ¿Pero qué haces?

CECILIA. Ya lo ves: me marcho.

LINA. ¿Que te marchas? ¿Dónde?

CECILIA. Me voy para siempre. ¡Adiós!

LINA. ¿Es que quieres dejarnos? ¡No puede ser! ¡No te vayas!

CECILIA. Adiós, Lina. *Se acerca a besarla.*

LINA. *Retrocediendo.* No me beses. Si ya no nos quieres, no te acerques a mí. ¿Qué te hemos hecho? Somos pobres; pero ¿no hemos partido siempre contigo toda nuestra pobreza? ¡Ah! ¡Eres ingrata!

Cantan a lo lejos los coros de hombres y de niños.

CECILIA. Os quiero a todos.

LINA. ¿Entonces, por qué te vas?

CECILIA. *Con apasionamiento.* ¡No lo sé!... Voy en busca de algo que está en el mundo y siento que me espera... ¡Me marcho por no ahogarme en este carro que nos arrastra como a muertos!... ¡No puedo pasar más junto a la vida sin entrar nunca en ella!... Voy en busca de lo que otras tienen, el aplauso, la riqueza y el placer.

LINA. También triunfas aquí; también te aplauden.

CECILIA. *Con amargura.* ¡Sí! En todas las tabernas se celebran mis piernas. *Se ríe con amargura.*

LINA. ¡Pero olvidas que hay alguien que te quiere más que a nadie en el mundo, y si te alejas llorará por tu amor!... Dime, Cecilia, ¿al marcharte no piensas en el dolor del hombre que te adora y que dejas?... ¡No te vayas ahora que estoy sola!... Aguarda, aguarda a que vuelvan...

CECILIA. Déjame, es imposible que me quede... No puedo tardar más... Alguien me espera.

LINA. *Apartándose.* ¿Te esperan?... ¿Te aguardan?... ¡Ah! ¡Comprendo!

CECILIA. *Intentando salir.* Pues si comprendes, deja el paso libre.

LINA. *En la puerta.* No, no te irás.

CECILIA. ¡Ya!... ¿Quieres que me muera de hambre en vuestra compañía? ¡Payasos miserables!

LINA. *Con dolor.* ¡Miserables! ¡Payasos!... ¡Es verdad! Pero piensa que eras más miserable tú cuando te recogió nuestra carreta. Vete, sí; *Con altivez.* ¡vete, no aguardes, vete!

CECILIA. Me voy para siempre. ¡Adiós! *Sale precipitadamente.*

LINA. *Después de un momento.* ¿Se marcha?... ¡Ah!... ¿Qué he hecho? *Corre a la puerta.* ¡Cecilia! ¡Cecilia!

Cecilia no responde y Lina vuelve al centro de la escena.

¡Se fué!... ¿Y Puck?... Se queda solo... ¡Solo! ¡Se fué y se va con ella de Puck toda la alegría! ¡Huye muy lejos... no volverá! Se lleva su esperanza... él que de su amor vivía... triste... muy triste se quedará... ¡Solo estará... solo estará! ¡Amor, ya te has ido y no volverás! ¡Amor, a su puerta ya nunca te acercarás! ¿Por qué te has ido dejándole así? Él que siempre ha sido bueno para ti... ¡Él que siempre ha sido tan tuyo! *Con iluminación súbita.* ¡Ah!... Si tú le dejas, ¡me quedo yo aquí!... ¡Sí!... Yo le recogeré... sí. ¡Es mi vida!

Se oye sonar dentro el cornetín de los payasos y la voz de Puck, que grita.

PUCK. *Dentro.* Respetable público...

Lina. ¡Ya están ahí!... ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué me alegro de que se haya marchado?... ¡Ah!... ¡Es que Puck es mi alma y yo no lo sabía!

Corre hacia la puerta mientras cae el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Se levanta el telón sobre el foyer de un gran Circo.

Están en escena una écuyere medio tendida en un diván, esperando su número; un hombre y una mujer sentados a una mesita y bebiendo cerveza; van vestidos para un duetto cómico, ella de napolitana, y él de excéntrico. Un equilibrista se ensaya en tirar platos al aire, y un par de chiquillos acróbatas recorren el escenario de punta a punta dando vertiginosas volteretas. El Regisseur del Circo va de unos a otros, y un camarero del bar sirve a los que le piden.

Música.

EXCÉNTRICO. *Dando palmadas para llamar al Camarero.* ¡Más cerveza!

ÉCUYERE. ¿Pero no acaba nunca ese número de niñas moras? ¿A qué hora vamos a salir de aquí esta noche?

Aplausos dentro.

REGISSEUR. Señora, al público le agrada y hay que repetir.

ÉCUYERE. ¡Le agrada!...

EQUILIBRISTA. *Tirando al aire unos platos.* ¡Un... dos... tres!... *Se le cae un plato.* ¡Ira de Dios!

Los muchachos acróbatas se ríen.

¿De qué os reís? *Muy ofendido.*

Los chicos escapan a correr.

ÉCUYERE. Me parece que ése pierde hoy el equilibrio.

Se oye dentro el ruido de una ovación larga.

REGISSEUR. Ya terminó el número... *A la Écuyere.* Prevenida, señora Mirandolina.

La Écuyere se levanta y sale.

Los Romagnoli, a escena.

Los del duetto cómico se levantan y salen. Aparecen por el fondo seis Bailarinas moras, a tiempo que Juanito, vestido de tonto de circo con frac, entra por la puerta. Al verle, todas le rodean, haciéndole el amor por broma.

BAILARINAS.

¡Ay, Juanito, Juanito, Juanito!
¡No hay en todo el mundo tonto más hermoso!
¡No hay en todo el Circo tonto más bonito!
¡No hay en todo el mundo tonto más hermoso!
¡Ay, Juanito, Juanito, Juanito!

JUANITO. *Defendiéndose cómicamente.*

¡Dejadme, mujeres!
¿Qué queréis de mí?

BAILARINAS.

Queremos, queremos, queremos...
queremos que nos adores

y te dejes adorar;
que aprendas lo bien que sabe
la manzanita de Adán.

JUANITO. *Con terror.*

¡Apartad, mujeres,
que me dais terror!
¡No quiero manzana verde,
que me dará... indigestión!
¡Más vale domar un tigre
que dar un beso de amor!
¡Apartad, mujeres,
que me dais horror!

BAILARINAS.

¡Ah, Juanito, Juanito, Juanito!
¡Tú no sabes ni cuánto ni cómo
te voy a querer!
¡Ah, Juanito, Juanito,
no seas cruel!

Le abrazan.

JUANITO. *Defendiéndose a empellones.*

¡Apartad, mujeres!
¿Qué queréis de mí?

BAILARINAS.

¡Jajajajajá!
¡Salero!
¡Gitano!
¡Precioso!
Vente conmigo esta noche,
que habrá luna en el jardín,
y quiero mirar despacio
tu cara de serafín...

JUANITO.

¡No quiero amor a la luna,
que me dará... insolación!
¡Ah!
Más quiero romperme un hueso
que inspirar una pasión.

BAILARINAS.

¡Vente conmigo, alma mía,
que ya canta el ruiseñor!

JUANITO.

¡No quiero escuchar canciones,
que me duele el corazón!

Las niñas moras le envuelven bailando y haciendo ruido.

¡Dejadme, dejadme!. . ¡Ah!

BAILARINAS.

Vente conmigo esta noche,
que habrá luna en el jardín,
y quiero mirar despacio
tu cara de serafín...

JUANITO.

¡No quiero amor a la luna,
que me dará... insolación!
¡Ah!
Más quiero romperme un hueso
que inspirar una pasión.

BAILARINAS.

¡Ay, Juanito, Juanito, Juanito!

JUANITO.

¡Apartad, mujeres,
que me dais horror!

BAILARINAS.

¡Tú no sabes a qué sabe
lo mejor de lo mejor!

Intentan llevársele cada una por su lado. Él huye, bailando también, sin conseguir desprenderse de ellas.

Hablado.

REGISSEUR. *Apareciendo por el fondo.* ¡Señoras, un poco de formalidad, que se oye el ruido desde el escenario!

Las Bailarinas abandonan a Juanito y salen precipitadamente. Juanito se queda limpiándose cómicamente el sudor de la lucha y arreglándose los desperfectos del traje. Sale Puck, que viene ya vestido con el traje en que ha de representar la pantomima, y se encuentra con él.

JUANITO. *Limpiándose el sudor.* ¡Uf! ¡Ya se fueron!... ¡Id enhoramala, mujeres! ¡No hay más vida feliz que la del hombre solo!

PUCK. *Acercándose a él.* ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que vamos a empezar la pantomima? ¡Pronto a vestirte!

JUANITO. ¡Ya voy, hombre, ya voy! ¡Pues no has echado tú genio que digamos, desde que eres autor y director de compañía! *Sale.*

PUCK. *Acercándose a la puerta de Lina y llamando.* ¡Lina... Lina!...

LINA. *Dentro.* Voy... espera un momento... *Sale vestida de Colombina.* Ea. Aquí estoy ya... ¿Qué te parezco?

PUCK. *Mirándola.* ¡Admirable!

LINA. *Con alegría.* ¿De veras?

PUCK. ¡Estás elegantísima!

LINA. *Con coquetería ingenua.* ¡Bah!

PUCK. ¡Y guapísima!

LINA. *Con broma cariñosa.* Todo hace falta, hijo... No olvides que soy Colombina, nada menos que la señora Colombina, la esposa del señor Polichinela... la enamorada de Pierrot... Déjame que te mire... tú también estás hecho un brazo de mar, hijo mío... ¿Estás contento?

PUCK. Ya lo ves.

LINA. Pero, ¿mucho, mucho, muchísimo? ¿De veras? *Insinuante.* No tienes más remedio que estarlo... porque si no serías un ingrato con la suerte... Hemos luchado... hemos sufrido... hemos pasado por esos caminos de Dios hambre, frío, calor... qué sé yo... Pero ahora ya somos personas importantes. ¡La familia Sanders! Y estamos en un circo de veras, en una gran ciudad... ¡Ay, si vieras qué miedo me da debutar esta noche! ¿A ti no?... Porque la pantomima es muy bonita ¡como tuya!; pero, ¿estaré yo bien? ¿De verdad, de verdad crees que estaré bien?

PUCK. Estarás admirable, como siempre, y tendrás un gran triunfo.

LINA. ¡Y te lo deberé a ti, como todo en el mundo!

PUCK. No me deberás nada, porque tienes muchísimo talento... y de sobra lo sabes.

LINA. Pero no lo sabría nadie más que yo, si tú no hubieses inventado las farsas en que aprendí a representar... ¡Ah! Nuestras farsas... ¿Te acuerdas?

PUCK. *Poniéndose de repente sombrío.* ¡Me acuerdo!

LINA. ¿Y te pones triste al recordarlo?

Puck hace un gesto de afirmación.

No quiero, no quiero, no quiero... ¡Tristezas no... tristezas no!... No vale recordar lo que le da a uno pena... ¡No quiero!

Puck. Las memorias viejas siempre son amargas.

Lina. ¡Eso sí que no!... Yo me acuerdo de todo, y sin embargo...

Música.

En viejas memorias pierdo
yo también la vida entera;
mas al recordar, recuerdo
tan sólo la primavera.

Los zarzales del camino
siempre los contemplo en flor:
cuando pasa el peregrino
sólo atiendo a su canción.

No recuerdes las querellas,
las traiciones, los dolores...
La noche es luna y estrellas,
¡es soñar de ruiseñores!

¡Pena antigua ya no es pena!
¡Ríe y no seas cobarde!
Nunca, si la dicha es buena,
para ser dichoso es tarde.

No recuerdes la corriente
que te envenenó en agravios...
¡No ha de faltar otra fuente
para la sed de tus labios!...

No te acuerdes de los ojos
que te hirieron a traición.

¡Bebe, en claveles más rojos,
la pura esencia de amor!

¡Si el viento trae fría nieve,
siéntate al fuego y espera
a que el viento se la lleve
y vuelva la primavera!...

Hablado.

Puck. Tú puedes recordar con alegría, porque no has sufrido...

Lina. ¿Tú qué sabes?

Puck. ¡Tú no puedes sufrir! ¡Eres alegre, porque sí! Tú no sabes lo que es despertarse por la mañana y pensar con cansancio: ¡Otro día que tengo que arrastrar: otro día como todos los días... ni mejor ni más malo... pero otro más!...

Lina. He sufrido contigo... por ti... tanto como tú...

Puck. Eso sí... eres un ángel, chiquilla. ¿Qué sería de mí si tu alegría no me hubiese animado a vivir?

Lina. Olvídate de todo... ¡Ay!... *Con graciosa rabieta.* Por supuesto, que de todo tengo yo la culpa, por tanto contemplarte. ¡Ríete, ríete!...

Puck. Ya me río, mujer, ya me río... no te enfades...

Aparecen en la puerta del fondo Boby y Leonor. Leonor es una mujer de treinta y cinco años, muy gorda y un poco ridícula. Es atleta y sentimental.

Boby. Pase usted, pase usted, que aquí está... Lina, aquí está la señora Leonor, que quiere saludarte...

LINA. *Acercándose a Leonor con ademán afectuoso.* ¡Ah, Leonor!... ¿Has terminado ya tu número?

LEONOR. Sí, hija, sí; pero no quería marcharme sin verte... Estás hecha una reina. Buenas noches, Puck.

PUCK. Buenas noches, Leonor. Ya la he visto a usted levantar sus pesas... ¡Es usted una mujer terrible!

BOBY. Puck, te vengo a buscar... Juanito no quiere acabar de vestirse .. estaba entusiasmado esperando su traje de Polichinela y ahora no quiere ponérsele ni a tiros...

LINA. ¿Por qué?

BOBY. Porque no se resigna a llevar dos jorobas. Dice que su dignidad personal no transige con un físico tan imperfecto... Está llorando como un becerro.

LINA. ¡Pobrecillo! Sube y tráele acá... yo le consolaré.

PUCK. ¡Vamos allá!

Salen Puck y Boby.

LEONOR. Déjame que te mire otra vez... Estás hecha un encanto...

LINA. *Sentándose con desaliento.* ¡Ay de mí!

LEONOR. ¿Qué te sucede?

LINA. ¿A mí? No me sucede nada... estoy muy contenta... ahora mismo se lo estaba diciendo a Puck. *Habla muy de prisa para disimular.* Muy contenta... ya ves... dentro de un momento saldremos a escena y gustaremos mucho.

LEONOR. Ya, ya.

LINA. Y por eso estoy contenta, por mí... por todos los míos, que hoy son tan felices... ¿Qué me miras?

LEONOR. Hija, que la alegría te pone a ti una cara muy triste...

LINA. *Rompiendo a llorar bruscamente.* ¡Ay, Leonor!

LEONOR. *Acercándose a acariciarla.* Cuando yo digo... Vamos, chiquilla, no llores así, que no será para tanto... Levanta esa cabeza... mírame... arréglate esas flores... límpiate esos ojos, que se te corre la pintura con las lágrimas... ¿Qué te pasa? .. Es decir... si no es algún secreto.

LINA. Yo no tengo secretos... y aunque los tuviera...

LEONOR. No me los contarías a mí, ¿verdad?

LINA. A ti mejor que a nadie... no sé por qué... porque eres buena... porque sin conocerme apenas, me has tomado cariño; y además... sobre todo .. porque eres mujer... y desde que me quedé sin madre nunca he tenido al lado un corazón de mi clase... Todos los míos son buenísimos, me quieren y los quiero con toda el alma, pero... son hombres...

LEONOR. Y no distinguen de colores, tienes razón...

LINA. ¡Ay... yo quisiera ser mala!

LEONOR. ¿Qué dices?

LINA. ¡Sí, muy mala!... Para saber... ¡Los hombres quieren a las mujeres malas!

LEONOR. A ratos, sí...

LINA. ¡Siempre... aunque ellos sean buenos!... ¡Ay, Leonor... estoy desesperada!

LEONOR. *Con cariño.* ¿Cuántos años tienes?

LINA. ¿Qué más da? Hace ya mucho tiempo, en una hora bien triste, me convencí de que Puck es mi vida... Ahora el corazón me está diciendo a voces que

nunca llegaré yo a ser la suya, y no quiero dejarme convencer...

LEONOR. Puck te quiere...

LINA. Me quiere... como a una hermana... como a una chiquilla... como a una muñeca... ¡Nunca podrá tomarme en serio... y además ella era tán hermosa!

LEONOR. Eso es lo de menos...

Lina la mira con asombro.

Hermosa... ¿Te parezco yo hermosa?

LINA. *Sonriendo entre lágrimas.* ¡Leonor!...

LEONOR. Ríete, mujer; si no me ofende que te rías. Soy fea, siempre lo he sido, antes más que ahora... Sí... Creo que los años me van embelleciendo... Ya ves tú... la mujer atleta... Qué oficio tan poético, ¿verdad? Pues, hija, aquí donde me ves, levantando pesas y sosteniendo sillas con los dientes, les he gustado mucho a los hombres.

Lina se ríe.

Y a muchos, y de lo mejorcito en su clase: buenos mozos, ricos... ¡hasta poetas!... Los hombres son así. Y tú dirás... ¿por qué les gustaría esta mujer? ¡Por fea, hija, por fea; no cabe duda!

LINA. *Sonriendo.* ¡Qué cosas dices!

LEONOR. Si supieras tú lo que he tenido yo que hacer para defender mi moralidad... ¡Y mi amor, que también he tenido veinte años y he estado enamorada como la que más!... ¿De quién dirás tú? De mi marido.

Pausa.

Sí, hija, de mi marido. ¡Pobre! Era equilibrista y me quería como si yo hubiera sido un premio de belleza! ¡Y que era un real mozo!

Llora un poco cómicamente.

LINA. Leonor...

LEONOR. De modo que afligete si te parece... con esa cara que Dios te ha dado. Además, ahora vas a triunfar, vas a ser persona importante, te querrán muchos, y ya verás cómo por llevar la contraria se le antoja a Puck que seas para él.

LINA. Calla, que vienen.

Entran Puck y Juanito, vestido éste de Polichinela con un puntiagudo sombrero de astrólogo, lleno de signos cabalísticos, en la mano.

PUCK. *Empujando a Juanito, que se resiste.* Anda, anda. No hagas más el tonto.

JUANITO. ¡No salgo, no y no!

LEONOR. Pero, Juanito, ¿qué te pasa?

LINA. Vamos, Juanito, ¡sé razonable!

JUANITO. ¡Sé razonable, sé razonable! ¿Te parece a ti que esto es traje de persona decente? Joroba delante y joroba detrás. ¡No transijo! ¡Esto es echarme encima todo el peso de la obra!

LINA. *Acariciándole.* No seas tonto... Ya verás qué éxito vas a tener...

PUCK. Ea, a aprovechar el tiempo: aun faltan dos números antes de nosotros. Vamos a dar un repaso a la pantomima. ¡Atención!

Se apagan bruscamente todas las luces de la escena, que queda en completa obscuridad, y un momento después se encienden luces de colores, que dan a la escena aspecto fantástico. Aprovechando el momento de obscuridad, entran las bailarinas vestidas de Colombinas que han de acompañar a Colombina, y los Polichinelas criados de Polichinela el viejo, y se colocan en el fondo.

PUCK. *Dando tres palmadas.* ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las

tres! *A la tercera palmada se enciende la luz. Puck se adelanta al proscenio y dice dirigiéndose al público:* ¡Respetable público! La pantomima que vamos a tener el honor de representar es la tragicomedia de los amores de la señora Colombina... aquí presente... *Coge de la mano a Lina y la hace adelantar al proscenio, desde donde ella saluda al público con gestos de muñeca, llevándose las dos manos al corazón...* ... del señor Polichinela... *Juanito, que hace de Polichinela, saluda también al respetable público...* ... y del señor Pierrot, servidor de ustedes. *Se señala a sí mismo y saluda.* Colombina es joven y bonita... a la vista está; *Colombina vuelve a saludar.* coqueta y alegre. El señor Polichinela, su esposo, es viejo y sabio. Pierrot, *Señalándose a sí mismo.* que acierta a pasar por la calle, es un poco más joven y sabe un poco menos; el amor y el diablo hacen de las suyas, y la señora Colombina, inevitablemente, cae en brazos de Pierrot. Llega el marido; el amor se hace el muerto; Colombina le llora y juega a que le entierra; pero el amor, respetable público, aunque en la vida se muere de verdad, en la pantomima resucita siempre, y en cuanto Polichinela el viejo da media vuelta, Pierrot vuelve a estar más vivo que nunca. Esto es todo. ¡Atención, que empieza la farsa! Colombina danza, Polichinela estudia, el diablo se ríe...

Puck se retira a un lado, Polichinela se sienta a leer en un gran libro, y Colombina empieza su danza.

Música.

PANTOMIMA

PERSONAJES

COLOMBINA............... Lina
POLICHINELA.... ...... Boby
PIERROT. .... Puck

Seis bailarinas (Pierrettes) que acompañan a Colombina; dos bailarinas (Polichinelas también) que son los criados de Polichinela.

ARGUMENTO

Polichinela es viejo y brujo. Está sentado leyendo en un gran libro forrado en pergamino y que contiene fórmulas mágicas. Colombina, su esposa, joven y bonita, se aburre mortalmente. Para distraerse, baila con un espejito de plata en una mano y un abanico de plumas en la otra. La luz que se refleja en el espejo da en el libro del viejo y le impide leer; las plumas del abanico le rozan la calva y le impacientan. Colombina es demasiado frívola para ser esposa de un sabio tan viejo. Impacientado el viejo, se levanta. Va a salir. Colombina le suplica con caricias que la lleve consigo; el viejo no accede; se pone su gorro de astrólogo, llama a sus dos criados, les encomienda que cuiden de Colombina y sale. Los dos Polichinelas hacen guardia. Colombina llora; sus criadas acuden a consolarla y bailan a su alrededor; pero ella sigue triste. De pronto se oye a lo lejos la canción de Pierrot. Colombina se levanta emocionada y escucha. Las Pierrettes, sus criadas, escuchan también. Pierrot salta por

la ventana y entra. Los Polichinelas quieren detenerle; pero las Pierrettes les rodean en un baile y les atan con cadenas de flores. Entretanto Pierrot y Colombina hacen una expresiva pantomima de amor. Pierrot pinta su pasión, suplica, pide. Colombina se resiste al principio; pero acaba por rendirse al amor de Pierrot, y cae en sus brazos.

¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! Tres golpes de principio de tragedia. Es Polichinela que vuelve; los amantes tiemblan, las Pierrettes van de un lado para otro buscando, sin hallarle, escondite para Pierrot. A Pierrot se le ocurre una idea: hacerse el muerto, y se desploma en el suelo. Colombina y sus criadas le rodean llorando. Entra Polichinela. Colombina, dejando de llorar, le explica la tragedia. Aquel hombre pasaba por la calle, pedía limosna, se ha muerto de repente... y vuelve a llorar. —¡Que le entierren!—ordena Polichinela majestuoso. Colombina, sus criadas, los criados de Polichinela, le rodean entonando una marcha fúnebre. Pierrot, no tan muerto como parece, siempre que Colombina se acerca a él, abre los ojos e intenta abrazarla. Siempre que el viejo le mira, adopta la rigidez más cadavérica que le es posible. El viejo, después de recoger su libro, que había olvidado y que ha vuelto a buscar, sale. Continúan un instante las lamentaciones fúnebres, que se van mezclando poco a poco con el motivo del amor. Por fin, cuando Polichinela está lejos, Pierrot resucita. Alegría general. Colombina le abraza. Dos de las Pierrettes obligan a bailar con ellas a los guardianes; otras dos coronan de flores a los felices amantes. Otras dos hacen gestos de burla en la dirección en que se supone que se ha alejado Polichinela.

CANCIÓN DE PIERROT EN LA PANTOMIMA

¡Ah... ah... ah... ah... ah!
Colombina, Colombina bella,

oye en mi cantar,
escucha mi canción!
Si hasta ti llegó
el dulce son de mi laúd.
¡Colombina... en él te va mi amor!
¡Mi deseo va,
paloma herida de pasión,
Colombina, volando a tu balcón!
¡Acógele, Colombina!
Colombina mía,
oye en mi cantar
la voz del ruiseñor,
que dice mi querer...
¡Calma tú su pasión!

Hablado.

LINA. *Al público.* Respetable público: terminó la farsa. Aplaudid, no porque nuestro pobre trabajo lo merezca, sino porque en ella triunfa el amor, y esta dulce mentira, aunque sea en sueños, bien merece el honor de una palmada. ¡Aplaudid los que estáis enamorados, por vuestro amor presente; los que lo estuvisteis, por el recuerdo de vuestro amor; los que aun no sabéis lo que es amar, por el amor que os está esperando!

Terminada la pantomima, vuelve a encenderse la luz normal, y Leonor, Roberto y Boby, que estaban entre bastidores, salen y rodean a los actores con señales de aprobación.

LEONOR. Muy bien, muy bien todos.

LINA. ¿De veras? ¿De veras?

JUANITO. *A Puck.* En la representación formal, ¿debo caer de frente o de espaldas?

BOBY. ¿Qué más te da? De todas maneras has de caer en blando.

UN AVISADOR. *Desde el fondo del escenario.* ¡Señorita Sanders, a escena!

PUCK. Vamos allá...

LEONOR. *Abrazando a Lina.* Animo... buena suerte...

LINA. *Acercándose a Roberto.* ¡Padre!... *Le abraza.*

PUCK. Vamos, vamos...

Salen por la puerta que da al escenario Puck, Lina, Juanito, los Polichinelas y las Colombinas. Juanito sale detrás de ellos, y se quedan un momento solos Leonor y el señor Roberto.

LEONOR. *A Roberto.* Qué guapa va, ¿eh? Ya puede usted estar satisfecho.

ROBERTO. Sí, sí, mucho.

LEONOR. Ella ya tiene la vida asegurada y los chicos también. Usted ahora a descansar, que bien ganado se lo tiene usted.

ROBERTO. Digo yo: el mundo no hace más que dar vueltas. Le echan a uno a este mundo y, claro está, le dicen: «A dar vueltas también», y andando vuelta arriba y vuelta abajo, tan ricamente. Hasta que vienen y le dicen a uno: «Párate, hombre, que aquí te quedas», y ¿qué le va uno a hacer, digo yo? Con que sean los hijos felices, todo va bueno. ¿No le parece?

LEONOR. Claro que sí.

ROBERTO. Eso es: porque los hijos, sabe usted, son pequeños, y dice uno: «Hombre, ¿qué saben ellos? Ya se ve, criaturas... Que hagan su gusto.» Y llegan a grandes y uno ya está tan viejo y dice uno: «Hombre, haz su gusto, que saben más que tú.» ¿No es verdad? ¿Usted no tiene hijos?...

LEONOR. *Sentimental.* ¡Ay! Uno tuve; es decir, fuí a tenerle, porque me nació muerto. Cosas de este pícaro oficio. Pero le quiero como si me viviera. Veinte años cumpliría ahora el pobre, y que sería un buen mozo, porque vino al mundo hecho un rollo de manteca. *Casi llorando.* Ya ve usted si sé lo que son hijos.

ROBERTO. Cosas de la vida... No hay que afligirse...

LEONOR. Vamos a ver a la de usted, que ya creo que están aplaudiendo.

Salen. Queda la escena un momento sola. Después entran Cecilia, un caballero y el Regisseur del circo. Cecilia viene magníficamente vestida de calle, con un poco de excentricidad, pero con riqueza y buen gusto. El caballero es también muy elegante.

REGISSEUR. Esta es la puerta del escenario. Como ve la señora, está a dos pasos del cuarto que abre directamente sobre el pasillo. Mañana a mediodía puede la señora venir al ensayo...

CECILIA. Bien; pero no se olviden de disponer los reflectores.

REGISSEUR. No, señora; todo estará listo. Si la señora quiere esperar aquí un momento, avisaré al señor director.

CECILIA. Está bien.

El Regisseur se retira por el fondo. Cecilia mira un momento alguno de los carteles del saloncillo.

CABALLERO. ¿Estás muy cansada?

CECILIA. Un poco. Ya ves, el sábado en Viena... tres días de tren... y el empresario dice que hay que debutar mañana mismo.

CABALLERO. ¿No te gustará hacer furor en España?

CECILIA. Dicen que nadie es profeta en su tierra... No me gusta este circo... no sé por qué... *Mira los carteles.* A ver si hay alguien conocido... Pantomimas... También yo hice pantomimas en mis tiempos... ¿Qué es esto?... Familia Sanders... No puede ser...

CABALLERO. ¿Qué te pasa?

CECILIA. Son ellos, son ellos...

CABALLERO. ¿Quiénes?...

Entra Boby y se queda mirando a Cecilia.

BOBY. Ella, no cabe duda... Y qué reteguapísima está...

CECILIA. ¡No quiero verlos!... Vámonos .. me da miedo... no sé de qué...

BOBY. *Acercándose.* ¡Cecilia! *Se acerca a ella con resolución; pero al mirarla de cerca, se turba un poco.* Ce... ci... lia...

CECILIA. *Conmovida a su pesar.* ¡Boby!

BOBY. *Ya repuesto.* El mismo. ¡Chica, qué salto me ha dado el corazón! *Mirando al caballero.* ¿Quién es ése?

CECILIA. ¿Vosotros aquí? Cuéntame... ¿Estáis todos?...

BOBY. Todos... ¿No has visto los carteles? Ahora somos una familia inglesa. ¿Y tú? Ah... Ya caigo... eres la bella Nelly, que debuta mañana por la noche... Claro, si no por mucho madrugar amanece más temprano... te marchaste... y ahora... ya ves... todos aquí y todos ingleses...

CECILIA. ¿Qué hacéis?... ¿Pantomimas?...

BOBY. Pantomimas. ¿Te acuerdas de los romances de Puck? Pues ésos nos han dado la suerte. Ahora resulta que Puck tiene un talentazo... y Lina también... esta noche debuta... oye cómo la aplauden.

CECILIA. Sí, sí... ya oigo.

BOBY. ¿Creías que ibas a subir tú sola?

CABALLERO. Cecilia... es tarde... y aunque la conversación de este joven es muy interesante...

BOBY. ¿El señor es también del oficio?

CECILIA. El señor es el conde de Stein...

BOBY. Hija, perdona... Usted dispense...

CECILIA. ¿De modo que estáis todos?...

BOBY. Todos... hija...

CECILIA. ¿Y... y Puck?..

BOBY. Bueno, gracias...

CECILIA. Estará muy contento con tanto triunfo...

BOBY. Felicísimo, chica... Desde que tú te fuiste ha echado la mar de buen genio... ¡Como no tiene con quién armar gresca!...

REGISSEUR. *Entrando.* El señor director está esperando a la señora.

CABALLERO. Vamos...

CECILIA. Sí, vamos... Adiós, Boby...

BOBY. Adiós, prenda... ¿No te quedas a ver salir a Puck?

CECILIA. No, gracias... Otro día... mañana...

BOBY. Como quieras... ¡Cómo aplauden! Voy a ver si pesco el final. Hasta mañana. ¡Está visto! ¡Esta vida es una madeja; por mucho que se enrede, todos los cabos vienen a parar al ovillo!

Sale.

CABALLERO. Qué chiquillo tan indiscreto.

CECILIA. *Con mal humor.* ¿Te ha dicho algo que no supieras?

CABALLERO. Mujer...

CECILIA. Más aplausos... Por lo visto la niña es una joya...

Salen.

Música.

Se oyen dentro aplausos y murmullos.

VOCES. ¡Bravo! ¡Viva!

Va saliendo gente, que se supone viene de la sala de espectáculo.

COROS.

¡Qué linda es Colombina!
¡Qué linda es Colombina!
¡Qué linda es la dulce amante de Pierrot!
¡La clara luz de sus ojos al mirar,
en tu pecho encenderá el amor!
¡Oh, Colombina gentil!
¡Oh, dulce maestra de amor!
¡Oh, dulce maestra de amor!

Mientras cantan los coros, Colombina ha entrado en escena de vuelta de su pantomima, ha vuelto a salir para saludar al público de dentro, que aplaude con insistencia, y vuelve a entrar definitivamente. Vienen con ella Puck, Juanito, y detrás de ella Roberto, Leonor, Boby y más gente.

ROBERTO. *Abrazando a Lina.* ¡Hija mía!... ¡Admirable!

Algunos del público ofrecen flores a Lina. Pueden entrar cestas y ramos.

COROS.

¡Viva! ¡Viva! ¡Bravo! ¡Bravo!
¡Luz de caricia brilla en sus ojos!
¡Mirad! ¡Mirad!
¡Clavel de Abril, la dulce amante de Pierrot!
¡La clara luz de sus ojos sin igual,
al mirarla prende en ti el fuego del amor!
¡Qué linda es la dulce amante de Pierrot!

¡La clara luz de sus ojos al mirar,
en tu pecho encenderá el amor!
¡Clavel de Abril! ¡Fuente de amor!

LINA. *Se inclina saludando para dar las gracias, y canta.*

¡Gracias, gracias, amigos de mi vida!
¡Mil gracias, sí, de todo corazón!
¡Vuestro aplauso mi alma toda llena
de dulce placer y emoción!
¡Gracias, gracias a vosotros
por la hoguera de ilusión
que encendió en mi alma vuestro aplauso
y el placer de vuestra aprobación!

COROS.

¡Gracias a ti, Colombina,
por la hoguera de ilusión
que encendió en nosotros tu reir
y el hechizo de tu boca en flor!

UNA VOZ. ¡Viva Lina!

TODOS. ¡Bravo!... ¡Viva!...

El coro se retira cantando.

COROS.

¡Clavel de Abril, la dulce amante de Pierrot!
¡La clara luz de sus ojos sin igual,
al mirarla, prende en ti el fuego del amor!
¡Oh, dulce jardín en flor!
¡Colombina es el amor!

Quedan solos en escena Puck y Lina. Lina se acerca a Puck y le dice con emoción:

LINA. ¿Estás contento?

PUCK. ¡Lina! ¡Entusiasmado, como todo el mundo!

LINA. ¡No he podido hacer más: he trabajado con todo el corazón!

Puck. Haces triunfar mis pobres pantomimas... ¡Me das la gloria, el triunfo!

Lina. ¡Gózale!... Es para ti... ¡Sólo le quiero para ti!

Puck. Has estado admirable... Te miraba y casi no te conocía... eras otra...

Lina. *Con apasionamiento.* ¡Oh, Puck, por ti mi corazón se enciende como llama viva en la ilusión de hacer triunfar lo que soñaste tú, vida mía!

Puck. ¡Tú sí que has sido luz de sol en la inquietud de mi agonía! ¡Por tu bondad, que para mí fué llama de ilusión!

Lina. *Exaltadamente.* ¡Yo quiero tu alegría, aunque me cueste a mí sufrir! Yo a tu lado estaré... Para ti sonreiré... ¡Yo quiero consolarte aunque me cueste a mí llorar! Yo a tu lado estaré... para ti sonreiré... yo cantaré... yo viviré... ¿Por qué no ha de encenderse en ti la luz de la ilusión dormida? ¿Por qué no has de reir también? ¿Por qué no ser feliz?

Puck. ¡Por ti va despertando en mí la luz de la ilusión dormida! ¡Herido estaba el corazón... tu mano le curó, hermana mía! ¡Por ti va despertando en mí la la luz de la ilusión dormida! ¡Hermana mía! ¡Hermana mía! ¡Ah!

Lina. Escucha, Puck; la vida entera se pierde en recordar sufriendo; ¿por qué? ¿por qué? Aprende a ser feliz. ¿Por qué tanto penar, mi bien? ¿Por qué no has de olvidar? ¡No quieras ya sufrir!

Puck. ¡Verdad, verdad!... La vida entera se pierde en recordar y en padecer. Quisiera ser feliz. ¿Por qué tanto penar?... No más. ¿Por qué no he de olvidar? No quiero más sufrir.

Se oye dentro la risa de Cecilia.

PUCK. *A media voz.* ¿Qué es eso? ¿Quién se ríe así?

Va a acercarse a la puerta.

LINA. *Deteniéndole con dulzura.* Nadie. ¿Qué te importa?.. Escúchame, ven aquí. ¿Es verdad que ya quieres ser feliz para siempre?

PUCK. ¡Sí, sí; eres la mujer más buena del mundo!... Nunca podré pagarte la piedad con que me has consolado.

LINA. *Con apasionamiento.* ¡No era piedad, no era piedad!

Vuelve a oirse dentro la risa de Cecilia.

PUCK. *Con inquietud creciente.* ¿Oyes? Parece su risa.

LINA. ¿Su risa? ¿De quién?

PUCK. *Con extravío.* De ella, de Cecilia...

LINA. *Con espanto.* ¡Puck! ¿Qué dices?

PUCK. ¡Sí, ella es!

LINA. ¡No! ¡No!

PUCK. *Con violencia.* Risa infernal. ¡Jamás logré olvidarte! Te escucho siempre sonar en mí! ¡Ilusión tenaz! ¡Tormento de mi vida! ¿De dónde llegas hoy hasta mí? ¿Ríes?... ¿Me llamas? ¡Voy hacia ti! ¿Te ríes?... ¿Me aguardas?... ¿Vuelves a venir? ¡Espérame, amor, espérame! ¿Dónde estás?

Aparece Cecilia del brazo de un caballero y atraviesa la escena.

A media voz.

¡Era ella!... ¿Lo ves?... Era ella... No me engañó mi corazón... No... mírala, mírala...

Desaparecen Cecilia y el caballero. Puck quiere seguirles. Lina le detiene violentamente.

LINA. ¡No te vayas!... ¡No te quiere!... ¡Te engañará otra vez!... ¡No vayas!... Óyeme...

Luchan un momento; ella deteniéndole y él queriendo mar-

charse. Por fin, Puck arroja con violencia al suelo a Lina y se marcha.

PUCK. *Gritando.* ¡Déjame! ¡Cecilia! ¡Cecilia! ¡Ven!

LINA. *Viéndole marchar y levantándose.* ¡Ella!... ¡Y él se va!... ¡No me escuchó! ¡No la olvidó!

Con desesperación.

¡Se le lleva, me le quita! ¡Ah! ¡Pobre de mí!

Cae llorando sobre el diván.

TELÓN

ACTO TERCERO

El teatro representa el cuarto de Lina en el circo.

Están en escena el señor Roberto y Boby. Roberto fuma melancólicamente su pipa. Boby va y viene por el cuarto, y de vez en cuando se acerca a la puerta.

ROBERTO. ¿Vienen ya?

BOBY. Aun no terminan... La pantomima es larga.

ROBERTO. Y hoy parece que no se acaba nunca... *Se levanta y pasea también.* ¡Ira de Dios!... ¡Esa Lina! Acaban unas historias y empiezan otras... Estaba uno tranquilo y va la otra y vuelve. ¿Está ahora en el teatro?

BOBY. Sí, señor... trabaja a última hora. ¡Bien guapetona está!...

ROBERTO. Y Puck, ¿la ha visto?

BOBY. Sí, sí, verla... ¡Bueno está también Puck! Parece una fiera... Voy yo y le digo: Hombre, creí que te alegrarías de volverla a encontrar... y a poco me mata... No; y tiene razón, porque el hombre la quería como un estúpido, y la partida que ella le jugó...

A la que yo no entiendo es a Lina: ¿por qué no quiere verla tampoco, y por qué está con ésa cara de Viernes Santo?... ¡Simplezas de mujeres!... Ya vienen...

Entran Lina y Juanito de vuelta de la pantomima. Lina, con gesto de cansancio, se deja caer sobre el diván.

ROBERTO. *Acercándose a Lina.* ¿Estás cansada?

LINA. Tengo calor...

BOBY. ¿Quieres agua?

LINA. No... gracias, estoy un poco mareada.

JUANITO. *A Boby.* Chico, ¡qué exitazo hemos tenido esta noche!... ¡El delirio!

ROBERTO. ¿Y Puck?

LINA. Se marchó a su cuarto... dijo que a desnudarse... yo también voy a quitarme esto... estoy rendida... déjenme ustedes...

ROBERTO. ¿Pero qué te pasa?

LINA. No me pasa nada.

JUANITO. En el pasillo nos hemos cruzado con Cecilia... ¿No la has visto?

LINA. No la he querido ver...

JUANITO. Pues ella ha hecho un gesto como para acercarse a saludarte.

LINA. ¡Eso, nunca!... ¿Hablarla yo? ¡En mi vida!

ROBERTO. Pero mujer, ¿por qué?

LINA. Porque no, ¡ea!

ROBERTO. ¿Va a durar el enfado toda la vida?

BOBY. Tiene razón padre; hay que perdonarla; dice que ha sufrido mucho...

JUANITO. Y está más guapetona... y más bien vestida...

BOBY. Yo la he preguntado si seguía arruinando fenómenos con las pantorrillas, y se ha echado a reir.

JUANITO. Ahora arruina condes: para eso ha aprendido a hablar en francés.

LINA. *Con enfado.* ¡Boby! ¡Juanito!

ROBERTO. Déjalos. En fin, haz lo que se te antoje... pero te digo que eres terca de veras.

JUANITO. Ya sabes que, después de todo, es buena chica.

BOBY. Y que erais muy amigas. Ella te quería tanto y cuanto.

JUANITO. Y te sigue queriendo... A mí me lo ha dicho.

LINA. *Con apasionamiento triste.* ¿Pero ustedes no se acuerdan de nada? ¡Es posible que todo, todo lo hayamos olvidado! ¿No hemos de recordar que se avergonzó de nosotros, que renegó del pan que nuestra pobreza le daba de limosna?

ROBERTO. ¡Eres cruel!

LINA. ¡Somos cobardes!

ROBERTO. *Tristemente.* ¡Nos desprecias!

LINA. Me aborrecería a mí misma si me acercase a ella. Vayan ustedes todos, vayan a festejarla... Anda... Boby... Juanito, ¿qué esperáis? Yo me quedaré sola.

ROBERTO. ¿Por qué te vamos a dejar sola?

LINA. ¡Porque soy desgraciada, y la desgracia nunca tiene razón!

ROBERTO. ¿Desgraciada... tú? ¿Por qué eres desgraciada?...

BOBY. Desgraciada porque ha vuelto la otra... ¿Entonces es verdad lo que dicen?

LINA. ¿Qué dicen?

BOBY. *Turbándose.* Dicen... dicen... que estás enamorada... vamos, que quieres a Puck...

LINA. ¡Sí le quiero... sí, sí... le quiero! ¿Y qué?

ROBERTO. ¡A Puck!... ¿Le quieres?... ¡Y por él vas a ponerte triste, tú que eras la alegría de todos!... ¡No me lo digas... no me lo digas! Ya sabes que siempre le he mirado como a un hijo; pero si te hace sufrir a ti, soy capaz de...

LINA. No, padre, no... a Puck, no... El no tiene la culpa de que yo le quiera... ni lo sabe tampoco... Perdóneme usted... He hecho mal en decir esas cosas que les he dicho a ustedes... pero sufría tanto... Déjenme... voy a desnudarme... a calmarme... En seguida salgo; pero déjenme ustedes... espérenme ahí fuera...

ROBERTO. ¿Estás tranquila?

LINA. Sí, padre, sí... No tenga usted cuidado... Ahora mismo voy... en cuanto me desnude...

ROBERTO. ¡Hija!

Sale. Juanito le sigue. Boby se acerca a Lina.

BOBY. Lina... Lina...

LINA. ¿Qué?

BOBY. ¿Quieres algo?

LINA. Nada.

BOBY. Mira... tienes razón y hemos sido unos necios.

LINA. No, Boby...

BOBY. *Con arranque pueril.* ¡Pero te aseguro que no vuelvo a acercarme a ella!

Sale. Lina se sienta y permanece con la cabeza entre las manos, sin hablar; pasado un momento entra Cecilia, vestida con elegantísimo traje de fantasía.

CECILIA. *Acercándose a Lina con grandes muestras de cariño.* ¡Lina!

LINA. *Levanta la cabeza después de un momento, lentamen-*

te, pero sin mostrar sorpresa, y dice con expresión hostil. ¡Ah, tú!

CECILIA. *Extremando el cariño.* Yo... sí. . ¿No te alegras de verme? ¿Te has olvidado de mí?

LINA. ¡Ojalá! Por desgracia no te he olvidado... Nadie te ha olvidado entre nosotros. Ya lo has visto: todos te han recibido con los brazos abiertos.

CECILIA. *Ya un poco desconcertada.* Y tú, ¿no harás lò mismo?

LINA. *Con altanería.* ¡Yo!

CECILIA. ¿Te pesa entonces volverme a encontrar? No lo esperaba yo de ti. En otros tiempos siempre me disculpabas.

LINA. Eran otros tiempos.

CECILIA. Más vale que hayan cambiado. Hoy eres una gran artista. ¿Crees que no te he visto en tu pan tomima? Ya ves, no he podido resistir el deseo de felicitarte, y, aunque tú no has querido verme, he venido.

LINA. Mal hecho.

CECILIA. *Con desvío.* No creí que lo tomases así.

LINA. Ya lo ves. Soy muy mala .. peor para mí. Un día te marchaste de nuestro lado, aunque yo te pedí que te quedaras. Me viste llorar, y te reíste. La pena de todos cayó sobre mí. Ayer, por mí, todos reían. ¿A qué has vuelto? ¿Qué les vas a dar tú?

CECILIA. Eres rigurosa porque no has vivido.

LINA. ¡Ah! ¿Llorar no es vivir? Tú has vivido, ¿verdad?, tú que...

CECILIA. Vas a insultarme, y no quiero oirlo, ¿sabes?

LINA. Pues vete.

CECILIA. Me voy. *Con cinismo.* ¿Dónde está Puck?

LINA. ¿Qué le quieres tú a Puk?

CECILIA. Acaso él no sea tan severo como tú.

LINA. *Con indignación.* ¡Puck! *Con desaliento.* Acaso. Sí... puede ser que él se alegre de verte.

CECILIA. *Mirándola con malignidad.* ¿Qué es eso, Lina? ¿Por qué hablas de un modo tan extraño?

LINA. *Con fiereza.* ¿Por qué me lo preguntas?

CECILIA. *Sonriendo.* Porque me parece que más que mi antiguo abandono te pesa mi vuelta. Dime la verdad; aunque no lo creas, soy buena... Puck... ya ves tú lo que me importará, cuando tan poco me costó dejarle... si es verdad lo que me figuro... si comprendo... si me aseguras que te estorbo...

LINA. *Con explosión de ira.* ¡Tú a mí! ¿Tú quieres darme una limosna de felicidad; tú, por generosidad, quieres apartarte de mi camino?... Aunque eso que te estás figurando fuese cierto, aunque yo le quisiese más que a mi vida, no y mil veces no, no le querría al precio de tu lástima. ¡Si ha de quererte siempre, que te quiera!... ¡Si me abrieras tú el cielo, infierno había de parecerme!

CECILIA. Bien... quieres lucha... Así como así, me alegro; la lucha es mi elemento... ya lo sabes, y gracias... a quien sea, no me faltan recursos.

LINA. *Sin mirarla y con desprecio.* Lo sé.

CECILIA. Entonces, hija mía, hasta la hora del triunfo... *Se ríe.* o de la muerte .. porque supongo que, dada tu arrogancia, tu lema será: ¡Vencer o morir! Yo no llego a tanto: ¡O vencer o consolarme de la derrota! Es más agradable...

Entra Puck. Viene con aire descompuesto; conserva aún su disfraz de la pantomima, pero trae la cabeza descubier-

ta. Se acerca como un loco a Cecilia. Cecilia, espantada, da un grito.

¡Ah!

PUCK. *Con imperio.* Vete de aquí, Lina.

CECILIA. ¡No, no te vayas!

PUCK. ¡Vete! ¡Lo quiero... vete!

LINA. *Con asombro primero, y después con pena infinita.* Sí; me voy... me voy...

Sale despacio sin volver la cabeza. Cecilia quiere seguirla. Puck la detiene, cogiéndola brutalmente.

PUCK. ¡No, tú... no!

CECILIA. *Viéndose perdida, decide vencer por el engaño y la dulzura, y va cambiando poco a poco la expresión de terror en expresión de cariño.* ¡Puck!

PUCK. Calla, calla... No hables... No quiero oirte...

CECILIA. *Suavemente.* ¿Por qué?

PUCK. ¿No lo sabes? *Poniéndole una mano al cuello.* No te vayas... No te defiendas... ¡Si ha de ser! ¿No sabes que eras mia... que no podías ser más que mía?... ¡Ya no eres mia!... Ya no eres nada...

CECILIA. ¡Ay, Puck!...

PUCK. ¿No temes que te mate?

CECILIA. ¿Cómo voy a tener miedo de ti... de mi Puck?

PUCK. ¡No me recuerdes que he sido tuyo!

La empuja violentamente y se aparta de ella.

CECILIA. *Mirándole con rencor desde el diván donde ha ido a caer, pero cambiando de expresión en cuanto él la mira.* ¿Por qué? ¿Por aquello que pasó hace ya tanto tiempo? Fué una locura... ¿Por qué no quisiste tú venir conmigo? ¿Qué importa todo aquello, si ahora nos encontramos?... Todos me han perdonado.

PUCK. ¡Te han perdonado porque no eras su vida! Yo no te puedo perdonar...

CECILIA. Si supieras lo que he sufrido lejos de ti... También tú eras mi vida, Puck... Cuántos días he soñado con ir a buscarte... sí, aunque me mataras, ¡porque no podía vivir sin ti! ¿Me has olvidado tú? No habrás podido, porque mi amor, siempre vivo, siempre deseando encontrarte de nuevo, no te habrá dejado olvidar... ¡Qué alegría tan grande ayer cuando vi en el cartel vuestro nombre, cuando encontré a Boby! Alegría y terror... no de miedo... no, ¡miedo yo de ti!... de que me hubieras olvidado, de que fueras de otra... Puck... mi alma... óyeme... mírame... ¿No quieres que te diga todo lo que he sufrido?...

PUCK. Habla... habla... pero no mientas...

CECILIA. ¡Para qué iba a mentirte! Ya ves, si no te quisiera... con decírtelo...

PUCK. ¡No!

CECILIA. O con no decirte nada... y desaparecer... el mundo es grande... pero te quiero... te quiero... ¿No me quieres tú? ¿No lo quieres oir?

Música.

PUCK. ¡Cecilia!... ¡Habla! ¡Dime la verdad!

CECILIA. ¡No dudes del amor que se alejó y hoy vuelve a ti! El nido abandonó y no logró vivir sin ti. Acércate, mi amor. ¿Sufriste tú lejos de mí? ¡Mi pobre corazón también sufrió lejos de ti! El alma no olvida el primer beso que dió. ¡La sangre recuerda el fuego en que se abrasó!... Yo, que un día de ti me alejé, no supe olvidarte. ¡Mi alma en tus labios dejé! ¡El mundo

entero mi sed de amor no apagó, porque le dejé la fuente oculta en tu corazón!

PUCK. ¡Mira, mujer, lo que dices! ¡No me vuelvas a mentir, que no sé lo que haré! ¡Ah! ¡Ah!

Dúo.

CECILIA

¡Ven, vida mía!
¡Ven a soñar!
¡Ven a querer!
¡Podrás morir de amor
cerca de mí!...
¡Ven, que el amor
ya vuelve a ti!
¡Acércate,
¡ven hacia mí!
La dicha de amar
volvió para ti!

PUCK

¡Voy, vida mía!
¡Voy a soñar!
¡Voy a querer!
¡Podré morir de amor
cerca de ti!...
¡Voy al amor
que vuelve a mí!
¡Acógeme
hoy junto a ti!
¡La dicha de amar
volvió para mí!

Al final del dúo, ella le arrastra muy despacio, suavemente, y desaparecen cantando, él rendido y ella satisfecha y orgullosa, llevándole como una presa. Mientras ellos salen por una puerta, Lina, acompañada de Leonor, los ve salir asomada a otra puerta, y en cuanto ellos han desaparecido se adelanta con desesperación y abatimiento.

Hablado.

LINA. *Fríamente y muy despacio.* ¿Has visto?

LEONOR. *Muy nerviosa.* ¡No hay que pensar en eso! *Lina rompe a llorar desesperadamente.* Vamos, Lina... Una mujer de corazón no debe afligirse de ese modo. ¡Hay que resignarse!

LINA. No puedo, Leonor. *Con rabia.* No quiero resignarme... por lo mismo que soy una mujer. ¡No me le quitará!... ¡Era mío! Yo le recogí en mi corazón cuando ella le arrojó del suyo... ¡Pobre de mí! ¡Y por ella!

LEONOR. Sí, hija, sí; como siempre, por la que menos lo merece. El hombre no sabe andar el camino más que a palos. ¡Cuantos más, mejor!

LINA. ¿Y qué hago yo ahora?

LEONOR. Nada ya. No esperaba yo esto de Puck. El cariño que tú le tenías le engrandecía a mis ojos; pero ahora te digo: apártate de él, sigue tu camino, que no merece ni tu amor ni tu lástima...

LINA. Sí... No tengo más remedio que dejarle... *Con desesperación.* ¡Qué va a ser de mí!

LEONOR. Tienes a tu padre... a tus hermanos... tienes talento... te consolarás.

LINA. ¡No quiero consolarme!

LEONOR. Niña, el consuelo es como la pena: viene cuando quiere y se entra en el alma sin llamar a la puerta... Anda, desnúdate... cálmate... Va a volver tu padre. ¿Qué se va a figurar si te ve así?

Asoman a la puerta Boby y Juanito.

BOBY. Lina... que si no vienes.

JUANITO. Padre nos ha mandado a buscarte; te está esperando ahí fuera, en el puesto de agua.

LINA. Sí... voy... vamos...

LEONOR. *Deteniéndola.* ¿Así? ¿En qué piensas? Ponte un abrigo, unos zapatos fuertes. ¿Qué haces? ¿Qué buscas?

LINA. No lo sé. ¡No me puedo marchar dejándomele aquí!

LEONOR. Tus hermanos, mujer...

LINA. Llévatelos. Decid a padre que voy en seguida... en cuanto me despeine.

LEONOR. Vámonos...

BOBY. ¿Está todavía enfadada con nosotros?

LEONOR. No: está cansada.

JUANITO. ¿Vienes?

LINA. Sí, sí; ahora mismo.

BOBY. Está triste...

JUANITO. Y yo sé por qué. Mira tú que Puck...

BOBY. Cállate, Juanito...

LEONOR. Vamos delante. Anda, Boby... No tardes.

JUANITO. Mira tú que Puck... y la otra.

Salen los tres.

Música.

Cuando Leonor, Boby y Juanito salen, Lina se queda sola; está desesperada; permanece un momento inmóvil y suspira; luego dice en voz baja y con palabras entrecortadas:

LINA. ¡Era mío, mío, mío, y otra vez me le quitan!

Después se acerca al espejo y se va quitando lentamente los adornos del pecho y de la cabeza; la música comenta todo esto; en un momento se oye el motivo de Puck; Lina cree oír su voz, y acercándose a la puerta, con ansia, escucha, como si quisiera adivinar lo que estará pasando; pero no oye nada, y apartándose de la puerta con desaliento, vuelve otra vez al tocador; rompe en pedazos las flores que se ha quitado, y por fin va a sentarse al diván y hunde la cara entre las manos. Pasado un momento entra Puck; viene descompuesto, con aire de loco; cierra la puerta por donde ha entrado, suspira

y se deja caer como desfallecido sobre un asiento, lejos de Lina, que no le ve entrar; va a llamarla dos o tres veces, pero no se atreve; al fin, inclinándose hacia ella, pero sin levantarse, dice en voz baja:

PUCK. *Con entonación lenta y sostenida.* ¡Lina... Lina!

LINA. *Se incorpora bruscamente al oirle y da un grito al notar su aspecto descompuesto; por impulso de cariño se acerca a él para abrazarle; pero antes de llegar recuerda y se retira, haciendo un gesto de desprecio, casi de repugnancia.* ¡Ah... ¿Eres tú?... ¿Por qué has venido?... ¡Ya no quiero ni verte! ¡Ya no me importas nada! ¡No te quiero! ¡Vete, vete!

Puck la mira, sin comprender el porqué de su indignación, con aire de loco; ella poco a poco se va acercando a él y le dice con apasionamiento insultante:

¡Has sido traidor, cobarde, vicioso!... ¡Ya no te quiero! ¡Después de tanto llorar! ¿Dónde has ido? ¡Pronto has vuelto! *Con burla sangrienta.* ¿Es que te has arrepentido?... ¿O te ha echado como a un perro, después de haberse reído de ti?... ¡Me alegro! ¡Me alegro!

Se echa a llorar convulsa. Puck se acerca a ella con cariño y tristeza.

PUCK. *Acercándose a Lina, que sigue llorando.* ¡Lina... hermana mía!... ¿Por qué me tratas así? ¿Qué te han contado? ¿Qué sabes? ¿Qué tienes contra mí?

LINA. *Retrocediendo cuando él se acerca.* ¡No te acerques! ¡No me toques! ¡No me mires!... ¡Déjame... oh!

PUCK. *Insistiendo.* ¿Por qué me aborreces, di?

LINA. *Levantando los ojos llenos de lágrimas y mirándole con resolución.* ¡Tú no sabes lo que has hecho!...

PUCK. *Queriendo cogerle las manos.* ¡Lina... deja que me acerque a ti! ¡Déjame estar a tu lado!... ¡Ten lástima de mi pena! ¡Consuélame, tú que eres mi hermana!...

LINA. *Mirándole con amor y tristeza.* Y la pena que yo tengo, ¿quién la puede consolar... di?

PUCK. *Con asombro, porque no comprende a Lina triste, y dándose cuenta de que está llorando.* ¿Pena tú?... ¡Si estás llorando! ¡Dime quién te hace llorar!

LINA. *Con tristeza serena.* ¿No lo sabes?... ¿Estás ciego?... ¡Ah! *Mirándole con apasionamiento.* ¡Lloro a fuerza de quererte!... ¡Lloro tu amor, que es mi vida... tu amor, que será mi muerte!

PUCK. *Con indecible asombro.* Mi amor... es decir... que tú...

LINA. *Con pasión.* ¡Te quiero con toda mi alma!

PUCK. *Pasando del asombro a una alegría loca.* Tú... tú a mí. . *Bruscamente se aleja de ella e inclina la cabeza, comprendiendo y recordando.* ¡Tienes razón! ¡Soy un infame!... ¡No!... ¡Soy el más desdichado de los hombres! Dime otra vez que me quieres... *Con expresión sombría.* ¡y adiós!

LINA. *Queriendo detenerle.* Pero... ¿dónde vas? ¿Qué te ha pasado?... Dime.

PUCK. *Cada vez más sombrío.* ¡No!... ¡Porque me aborrecerás!

LINA. *Insistiendo.* ¡Dímelo por tu vida!... ¡Ya sabes que sé sufrir!

PUCK. *Exaltadísimo, hablando bruscamente, por sacudidas, con intermitencias de fiebre en la frase y relámpagos de locura en el acento y en la expresión.* ¡Me fuí con ella!... ¡Me dijo que mi amor era toda su vida!... mas yo le dije: «¡Te aborrezco! ¡No me mientas palabras de amor!...» ¡Se reía! ¡Se reía! Me juró que me adoraba... yo le dije que mentía... Entonces me habló de un hombre... ¡otro hombre que la quería! ¡Me insultó con su cariño! ¡Se reía! ¡Se reía!... ¡Oh, risa infame... puñalada con que

el pecho me partía!... Estaba en pie... frente a mí... insultándome... y decía: «¡Pobre payaso!...» Salté sobre ella... era fuerte; pero yo aun lo era más... ¡Qué agonía!... ¡Luchó con fiereza!... ¡Ah!... ¡Pero cayó! Al morir... ¡se reía!

Se ríe como loco.

LIÑA. *Interrumpiéndole con espanto.* ¡Vida mía!... ¿Qué has hecho? ¡Ay de mí! ¿Qué va a ser de nosotros?... ¡Ah!... la muerte... ¡qué horror!... ¡Ella muerta por ti!... ¡No puede ser!...

Lina se aparta un momento horrorizada; en este momento se oyen dentro rumores y voces; se supone que se han enterado del crimen y buscan a Puck.

PUCK. *Sin levantar los ojos.* ¿Dónde estás? ¿Me aborreces?

LINA. ¡Calla... calla! Oye. . escucha... te buscan... ¡Dios mío!...

PUCK. ¿Me aborreces? ¿verdad?

Murmullos dentro.

LINA. *Con explosión de amor.* ¡El alma te la dí entera, en cuanto supe querer! ¡Mi vida es tuya para mal o para bien!

VOCES. *Dentro.* ¡Lina... abre... Lina... abrid!

Entran Roberto, Boby y Juanito

ROBERTO. ¡Lina, Lina, han matado a Cecilia!

JUANITO. Allí está muerta... Ha sido Puck.

VOCES. *Dentro.* ¡Ah, Puck!... ¿Qué has hecho? ¿Dónde está? ¿Por qué la ha matado?

LINA. ¡No, no!

BOBY. Sí... le han visto... ha entrado aquí... *Viendo a Puck.* ¡Ah!

PUCK. *Adelantándose.* Sí; yo he sido... ¡Aquí estoy!

Lina se pone a su lado.

ROBERTO. Aparta, Lina... Déjale...

Han entrado las gentes del circo y sujetan a Puck, que no se defiende.

PUCK. *Canta desde el grupo donde le tienen cogido y dirigiéndose a Lina.* ¡Estrella de mi camino, ya nunca más te veré! Por todo el mal que te hice ¡perdóname! ¡Estrella de mi camino, ya nunca más te veré! Por todo el mal que te hice, ¡perdona... perdóname!

LINA. *Consigue desprenderse de los que la sujetan y se arroja en brazos de Puck.* ¡Amor de toda mi vida, siempre a tu lado estaré! ¡Viva o muerta, en tus brazos, donde tú vayas, contigo iré!

Le abraza estrechamente, pero al fin consiguen apartarla de él y se llevan a Puck; ella quiere seguirle, pero le cierran el paso, y ella se desploma de rodillas en el suelo, tendiendo los brazos hacia él, mientras cae el telón.

FIN DEL DRAMA LIRICO

EL IDEAL

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

María Luisa.
La Marquesa.
Andrea.
El Rey.
José Luis.
Antonio.
El General.
El Padre Domingo.
El Doctor Leonardo.
Fermín.
Juan.

Salón-cocina en un apeadero de caza, muy lujoso. Gran chimenea de campana, escaños, sillones, arcones, armarios de madera esculpida. Mesa en el centro, que está dispuesta para un lujoso *lunch.* En el fondo, dos grandes ventanas que dan al campo; entre ellas, panoplia de caza. A la derecha, dos puertas que comunican con habitaciones interiores. A la izquierda, puerta de salida a la carretera, y en primer término, otra ventana: todas con reja. Colgada en la pared, una fotografía del Rey.

Al levantarse el telón la Marquesa y Andrea se ocupan en terminar el arreglo de la mesa, y Juan frota los muebles para quitar el polvo.

La Marquesa. ¿Las fresas?

Andrea. Aquí están, sí, señora marquesa, acabaditas de coger del huerto.

La Marquesa. ¿Has echado agua en los floreros?

Andrea. Sí, señora marquesa; aquí están todos listos.

La Marquesa. *A Juan.* Abre tú esas ventanas, que huele a húmedo.

Juan. Pues no crea la señora marquesa, que ventilamos todos los días; pero, ya se ve, donde no se vive...

ANDREA. Si a la señora marquesa le parece, echaremos romero en la chimenea.

LA MARQUESA. No, saca unas ascuas en la paleta y quemaré yo incienso y estoraque. Voy a buscarlo.

ANDREA. Si la señora quiere que vaya yo...

LA MARQUESA. No, gracias; date una vuelta por la cocina, que no me fío mucho de aquélla; sobre todo, el helado.

ANDREA. Descuide la señora; en seguida voy.

Sale la Marquesa por la puerta de la derecha.

ANDREA. *Mirando a Juan.* ¡Ja, ja, ja!

JUAN. ¿De qué te ríes?

ANDREA. De ti.

JUAN. Algo es algo.

ANDREA. No frotes más, hombre, que por mucho que reluzcan los muebles no te van a dar una cruz pensionada.

JUAN. *Mirando hacia la puerta que da al campo.* ¡La señorita!

ANDREA. *Mirando también.* Con el novio.

Los dos se apartan a un lado, y entran María Luisa y Antonio. Traen entre los dos un canasto con flores de huerta de pueblo: rosas, azucenas, clavellinas, espuelas de caballero, guisantes de olor y hierbas, hierbaluisa, ajedrea, albahaca, hojas de Santa María, reseda.

MARÍA LUISA. *A Andrea.* Te hemos dejado el huerto sin una flor.

ANDREA. Para eso son, señorita, para cortarlas. Lo que siento es que no son flores finas; pero aquí, en el campo, ¿qué va a tener una?

MARÍA LUISA. Pues bien hermosas son.

ANTONIO. Sí que es extraño, aquí, en medio del

soto, encontrarse una huerta que parece un jardín.

JUAN. Cosas de ésta, que le da por ahí. Las mujeres no saben qué inventar para perder el tiempo.

ANDREA. *Acercándose a la mesita donde están preparados los floreros.* Aquí están los floreros, señorita. ¿Quiere la señorita que la ayude?

MARÍA LUISA. No, gracias; las arreglaré yo.

ANDREA. Entonces, si la señorita no manda otra cosa... *Dejando en el brazo de uno de los escaños que hay junto a la chimenea una cacerolita, en que ha puesto unas cuantas ascuas.* Aquí quedan las ascuas para la señora. *A Juan.* ¡Vamos, tú!

Salen Andrea y Juan.

ANTONIO. *Mirándolos salir.* ¡Sí que es buena moza la señora guardesa, sí!

MARÍA LUISA. ¡Ahora te van a gustar a ti las buenas mozas!

ANTONIO. *Acercándose a ella.* Ahora y siempre me gustas tú.

MARÍA LUISA. *Riéndose.* Menos mal.

ANTONIO. Mírame. *Con mucho cariño.* No, así no. ¡Así! Gracias.

MARÍA LUISA. Más vale que me ayudes a arreglar las flores.

Mientras hablan, ella va llenando de flores los floreros y colocándolos sobre la mesa.

ANTONIO. Como usted mande, señora mía. *Hundiendo la cabeza en el canasto.* ¡Vaya un olor a mes de Mayo que sale del cesto! Rosas, azucenas, albahaca, reseda, hierbaluisa. Flores aldeanas, el corazón del pueblo, la sangre del terruño...

MARÍA LUISA. Déjate de lirismos y alcánzame un florero.

ANTONIO. *Dándosele.* ¿Lirismos? ¡Ay, chiquilla, si supieras qué hambre de quererte me da este olor a gloria!

MARÍA LUISA. *Mirando las flores que acaba de colocar.* ¿Estará bien así?

ANTONIO. ¡Maravilloso!

MARÍA LUISA. Dame otra rama de azucenas.

ANTONIO. ¿Sabes qué estoy pensando? Que es la primera vez que te veo tan de mañanita y al natural, quiero decir al aire libre. ¡Y qué bonita estás al aire libre! ¡Si vieras qué colores te han salido! ¿Te acuerdas de unos versos...

... aunque suene la campana
no podemos ir a misa,
porque nos llama la brisa
galante de la mañana...?

Son de actualidad, ¿eh?

MARÍA LUISA. ¿Por qué?

ANTONIO. Porque valdría la pena de abandonar a nuestros ilustres correligionarios las pompas de esta recepción extraoficial y marcharnos por ahí a correr campo, como pastores de égloga, ¿no?

MARÍA LUISA. ¡Qué chiflado estás!

ANTONIO. Dime que sí.

MARÍA LUISA. De sobra sabes que no es posible.

ANTONIO. *Con un poco de tristeza.* De sobra... pero, por lo mismo, debieras haberme dicho que sí. *Ella coge los floreros y los arregla sobre la mesa.* ¡Ay, chiquilla, qué poco me quieres hoy por la mañana!

MARÍA LUISA. Te quiero como siempre.

ANTONIO. ¿Una chispita menos?

MARÍA LUISA. No; es que estoy pensando en otra cosa.

ANTONIO. En otra persona.

MARÍA LUISA. ¡Cualquiera diría que tienes celos!

ANTONIO. Dilo tú, y aciertas.

MARÍA LUISA. ¡Antonio!

ANTONIO. ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. Me ofendes mortalmente.

ANTONIO. Pues perdóname, y no hablemos más.

MARÍA LUISA. Eso es... no hablemos más... Dame unas cuantas rosas, que voy a deshojarlas sobre el mantel... y reseda... Gracias... *Como hablando consigo misma.* ¡Es una cosa absurda!

ANTONIO. *Como si hablase solo.* Absurda, puede... en el amor casi todo es absurdo..., pero humana. Todo consiste *Dirigiéndose a ella.* en que te quiero mucho más que tú a mí... Es natural. Tú eres una mujer riquísima y noble por los cuatro costados... Yo soy un pobre soñador, ya ves tú, periodista... con lirismos. Toda mi nobleza es el amor que te tengo... Tú tienes los prejuicios, las devociones, los entusiasmos de tu raza, y los pones por encima de todo. ¡Mi único prejuicio, mi única devoción, mi único entusiasmo eres tú!

MARÍA LUISA. ¡No digas eso!

ANTONIO. Hoy estás loca, ciega, fuera del mundo, porque vas a ver, porque va a venir a tu casa un hombre...

MARÍA LUISA. ¡No es un hombre; es mi rey!

ANTONIO. ¿Que más da?

MARÍA LUISA. ¡Nuestro rey; el tuyo, a no ser que mientas cuando escribes profesiones de fe!

ANTONIO. Yo no miento nunca.

María Luisa. ¿Entonces?

Antonio. Pero me duele no ser para ti más que todos los reyes del mundo.

María Luisa. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Sí; estoy contenta, emocionada, pensando que por primera vez en mi vida le voy a ver de cerca, de verdad, en persona; que dentro de una hora va a estar entre estas cuatro paredes, que le han visto nacer. Porque ha nacido aquí, en el Soto, cuando su padre estaba peleando dos pasos más allá, y su madre seguía la campaña, y la mía fué la primera mujer que le dió el pecho, que también por entonces había nacido yo... Y desde el día mismo de su nacimiento está desterrado y vencido, y sufriendo por la suerte de este desdichado país, hundido en la abyección de un Gobierno republicano, sin nobleza, sin fe, sin justicia. ¡Y hoy viene... hoy viene! ¿Tú sabes lo que ha sido siempre para nosotros; cómo me han enseñado, desde que supe hablar, a bendecir su nombre y a pedir por él? ¡Ricos, dices! Sí, lo somos; pero toda nuestra riqueza estamos siempre dispuestos a darla por él, y nuestra sangre. Ya ves, de niña lloraba yo de pena de no ser hombre y no poder ir por él a la guerra, y las mejores joyas de mi padre son las heridas que recibió por él. Y yo te quiero, Dios sabe que te quiero, y tú también lo sabes, que no eres tú el primero que me dijiste a mí que me querías, ¡acuérdate! *Un poco de pausa.* Pero si por la causa de la justicia, que es la suya, tuviera que renunciar a la felicidad de nuestro cariño, renunciaría una y cien veces.

Antonio. *Ahogándose de emoción más bien triste.* Está bien... está bien...

María Luisa. *Cariñosamente.* ¿Me guardas rencor?

Antonio. No.

María Luisa. ¿Qué estás pensando ahí?

Antonio. Nada... déjame... que te quiero...

Entra la Marquesa.

Antonio. Buenos días, señora.

La Marquesa. ¡Ah, ya están ustedes de vuelta! *Mirando las flores de la mesa.* ¡Muy bonito! *A su hija.* ¡Qué sofocada estás! ¿Qué te pasa?

María Luisa. Nada.

Antonio. Que hemos estado haciendo profesión de fe.

La Marquesa. ¿Dónde ha puesto esa mujer las ascuas?

Echa perfume en la cacerolita.

María Luisa. ¡Ay, mamá, que se van a marchitar las flores con el humo!

La Marquesa. Es que huele aquí a húmedo de un modo imposible.

Antonio. Sí que hay cierto tufillo de panteón...

La Marquesa. ¡Ay, no diga usted horrores!

Antonio. Muy en carácter con las circunstancias. La grandeza caída.

María Luisa. No le hagas caso; hoy está volteriano.

La Marquesa. ¡Usted!

María Luisa. No cree en nada.

Antonio. ¡Y eso lo dice porque creo demasiado en ella!

La Marquesa. Ya; de monos, por no variar. A ver cómo se amargan ustedes el día.

Antonio. No hay miedo. María Luisa no le da importancia a estas pequeñeces. Debiera haber nacido en los tiempos de Juana de Arco.

María Luisa. *Sin responderle, se acerca a la puerta y llama.* ¡Andrea! ¡Juan!

La Marquesa. ¿Para qué llamas?

María Luisa. Para que se lleven este cesto.

La Marquesa. ¡Ah!, sí, y de paso les diré...

Andrea. *Entrando con Juan.* ¿Llama la señorita?

María Luisa. Llevaos ese cesto y recoged las hojas que se han caído.

La Marquesa. ¡Juan!...

Juan. Mande la señora.

La Marquesa. ...Y tú, Andrea, escuchadme. Sabemos que eres un hombre honrado y leal a nosotros y a la causa.

Juan. Señora: por el señor marqués y la familia, y por su majestad el Rey, que Dios guarde, y la suya, me dejaría yo cortar la cabeza... y ésta lo mismo, aunque esté mal que yo lo diga.

La Marquesa. No es menester tanto... por hoy. Dentro de media hora estará en esta casa su majestad el Rey, que Dios guarde. El señor marqués ha ido a buscarle a la frontera. No es que tenga nada de particular esta visita que tanto nos honra: su majestad viene a su casa y a sus estados; pero los tiempos son difíciles, y una indiscreción vuestra podría comprometer inútilmente al señor marqués... y a la causa. Por lo tanto, aquí no ha venido nadie, ni se ha hablado de nada; tú eres muy charlatana, Andrea.

Andrea. ¡Señora marquesa!

La Marquesa. Así es que cuidadito con lo que se

habla, cuando bajes al pueblo, en el mercado y en la fuente.

ANDREA. Descuide la señora.

LA MARQUESA. Y nada más. A la cocina, y que todo esté listo: sirves tú la mesa, que la otra no hace falta que se entere de nada, y tú, *A Juan.* según vayan llegando esos señores, a todos los conoces, les haces entrar. ¡Listos!

Salen el guarda y la guardesa, llevándose el cesto. Ella le hace gestos como si dijese: 'No te lo decía yo!

LA MARQUESA. *Sentándose.* ¡Ay, hijos, qué jaleo!

MARÍA LUISA. ¡Ay, madre, qué alegría!

LA MARQUESA. Me parece que se oye un caballo. *Acercándose a la ventana de la izquierda.* Sí; es el general.

EL GENERAL. *Dentro.* Déjame, déjame, que conozco el camino... aunque hace veinte años que le anduve por última vez. ¿Se puede?

MARÍA LUISA. ¡Pase usted, pase usted!

Entra el General: hombre de cincuenta años, muy buen mozo; habla con entusiasmo y violencia, y se mueve con garbo y soltura; viene con traje de caza.

EL GENERAL. Buenos días, Marta. Hola, muñeca. *Mirando la mesa y el adorno de la habitación.* ¡Pero esto es un cuento de las mil y una noches! ¡Ay, manos de mujer, manos de mujer, qué arte tienen ustedes para echar flores sobre las ruinas! *Pasea.* No estaba así esta sala hace veinte años. ¡Qué noche!, ¿eh, Marta? Bien creí que tenían que cortarme esta pierna; y también José Luis estaba malherido.

ANTONIO. Buenos días, general, aunque usted no quiera.

EL GENERAL. Salud. Usted perdone; no le había

visto. Hay recuerdos que ciegan, porque le suben a uno de golpe a la cabeza toda la sangre del corazón. Usted que sabe manejar la pluma, cuando escriba la historia de lo que pasó entonces, ponga usted a esta mujer *Señalando a Marta.* en el mejor capítulo, porque ella sola ganó más laurel y más honra padeciendo, que todos nosotros peleando. ¡No hay ninguno que siquiera una vez no haya tenido que llamarla madre!

María Luisa abraza a su madre con emoción, sin decir nada.

La Marquesa. ¡Por Dios, general!

El General. ¡Qué por Dios ni por Dios! La verdad pura. *A Antonio.* Usted habrá oído hablar de esas santas que curaban las llagas con sólo poner encima las manos. Pues así, y sin comer, y sin dormir, y quitando el pecho de la boca a su hija para dárselo al que había de ser nuestra esperanza. Verdad es que todos, del Rey abajo, hubiéramos dado la vida por ella.

La Marquesa. Vamos, Alberto.

El General. Ya sabe usted que sí, ¡qué demonio! *Pausa.* ¿Dónde está José Luis?

La Marquesa. Fué con el coche hasta la frontera.

El General. Ya; para recibirle.

La Marquesa. El camino es corto, pero para quien no lo sabe...

El General. Es verdad, que no ha venido nunca a su patria.

María Luisa. *Con un poco de tristeza.* Dicen que habla con acento extranjero.

El General. ¡Calumnias! Siempre ha tenido maestros de su tierra.

La Marquesa. *Con calor.* ¡No lo hubiera consentido su madre!

María Luisa. *Acercándose con un vaso de cerveza que ha escanciado en el aparador.* ¿Un vaso de cerveza? Ya debe ir picando el sol por el camino. Está muy fresca.

El General. Gracias. *Mirándola mientras coge el vaso.* Buena joya se lleva usted, amigo; ésta es raza de mujeres fuertes y leales.

La Marquesa. ¡Un coche! *Con sobresalto.*

Antonio. No, aun es pronto.

María Luisa. *En la ventana.* De mulas... ¡Ah, es el padre Domingo!

Antonio. Con el doctor Leonardo.

El General. ¿Tiene que venir alguien más?

La Marquesa. Nadie, no. Por lo mismo que la entrevista es tan importante, José Luis ha pensado que no deben asistir a ella más que ustedes, los verdaderos jefes del partido. María Luisa ha venido también porque era para ella una ilusión tan grande...

Antonio. *Como disculpándose.* Y yo...

El General. Usted, porque es la voz de todos nosotros, el cronista, el verbo, que dicen ustedes. ¿De qué nos serviría hacer la historia si alguien no la pusiera en buen romance?

El Padre Domingo. *Desde la puerta.* ¡Alabado sea Dios!

El Doctor Leonardo. ¿Dan ustedes su venia, señoras mías?

La Marquesa. Adelante, señores.

Entran el Padre Domingo, fraile dominico—sobre el hábito trae pectoral de obispo—, y el Doctor Leonardo, hombre menudito y muy nervioso, que toma rapé.

María Luisa. ¡Buenos días, padre!

Madre e hija le besan la correa del hábito.

El Padre Domingo. Dios las bendiga, Dios las bendiga.

El General. Un poco se han rctrasado ustedes.

El Doctor Leonardo. Calle usted, si nos ha volcado el coche a media hora de aquí.

El Padre Domingo. *Con burla amable.* La República cuida mal sus caminos.

El General. *Con explosión.* ¡Ja, ja, ja! ¡Qué padre éste!

El Doctor Leonardo. O acaso presentía que por éste íbamos a pasar conspiradores, y nos ha puesto todas sus piedras de punta.

El General. ¡Conspiradores, conspiradores! ¡Bayonetas son lo que hace falta!

El Padre Domingo. Amigo, con muchas y muy distintas armas se logra el triunfo de la justicia.

La Marquesa. Pero ¿se han lastimado ustedes?

El Doctor Leonardo. No, afortunadamente.

El Padre Domingo. El favor de Dios ablanda las piedras de todos los caminos, por muy republicanos que sean.

María Luisa. ¿Quieren ustedes tomar algo?

El Padre Domingo. Gracias, hemos almorzado en el coche.

El Doctor Leonardo. Su eminencia, como buen estadista, había previsto todas las contingencias.

El General. ¡Ja, ja, ja!

El Doctor Leonardo. Y estaba la mañana, en complicidad con el pollo fiambre, de las que abren el apetito.

Antonio. *Riéndose.* Todos los apetitos.

El Doctor Leonardo. ¡Ja, ja, ja! Cierto, cierto. Pan hace oir la siringa en la umbría, y de seguro ha

reparado usted, al llegar, en que la señora guardesa es lo que se dice una garrida moza.

El Padre Domingo. A paganismo huele: bien ha hecho usted, señora, en quemar aquí incienso, para espantar espíritus malignos.

El Doctor Leonardo. ¡Ay, no era menester! Está uno ya muy viejo para mitologías.

El Padre Domingo. *A Antonio.* ¡Muy bien ese último artículo, señor mío, muy bien! Así es como hay que hablar al pueblo para levantarle. Ahí tiene usted otra espada, general, la prensa, y tal vez la más poderosa de todas en los tiempos que corren.

El Doctor Leonardo. Sí que es usted entusiasta cuando escribe.

Antonio. *Mirando a María Luisa.* Estoy en buena escuela.

El General. *Dándole en el hombro.* ¡Muy bien dicho!

El Padre Domingo. *Gravemente.* Y defiende usted una buena causa.

Antonio. Además, esta vez no han tenido gran mérito mis exaltaciones. Todo me lo ha dado hecho el texto de la abdicación.

El Padre Domingo. Es verdad; la carta del Rey es un documento admirable.

Antonio. Un hombre... un rey que, sintiendo llegar la pesadumbre de la vejez, antes de que llegue, se arranca con sus propias manos la corona y la pone en la frente de su hijo, para que la juventud de él encienda nuevo ardor en los que defienden su causa. ¡Es heroico!

El Padre Domingo. Es cristiano, sencillamente.

Sólo la grandeza de un verdadero rey es capaz de esas humildades.

ANTONIO. Que son grandes aciertos, porque esta decisión del rey padre ha sido una suprema habilidad política: ustedes saben mejor que yo la efervescencia, el entusiasmo que ha despertado entre los leales.

EL DOCTOR LEONARDO. Siempre ha sido su majestad hombre de gran entendimiento.

EL GENERAL. ¡Demasiado!

EL DOCTOR LEONARDO. ¿Cómo demasiado?

EL GENERAL. Sí, doctor Leonardo: yo me entiendo. A su majestad, dicho sea con el mayor respeto le han perjudicado bastante, para el triunfo material de su derecho, todas las sutilezas y filosofías que ustedes, sus ilustres preceptores, le metieron en la cabeza.

EL DOCTOR LEONARDO. Ha de saber usted, amigo mío, que la filosofía, sal del mundo, no estorba nunca a nadie.

EL GENERAL. *Excitándose.* Pero ¿cómo quieren ustedes que un hombre se decida a hacer triunfar su causa por la fuerza, y cueste lo que cueste, si le han acostumbrado ustedes a medir y a pesar por adelantado las consecuencias y las responsabilidades de cada paso que dé?... ¡Consecuencias, responsabilidades! ¡Cataplasmas, digo yo! ¡Como la otra, y ésta va para su eminencia, de la resignación cristiana en las adversidades! Pues si se resigna uno cristianamente a que le den con la badila en los nudillos, ¡buenas noches! ¡Arranque y voluntad es lo que hace falta, y adelante con los faroles!

EL DOCTOR LEONARDO. A cuenta de eso, amigo,

para usted un rey debe ser un facineroso, sin letras ni conciencia; un bandido calabrés, un Atila.

El General. ¡No, que será mejor un hermanito de la Doctrina Cristiana!

La Marquesa. Señores, *Suavemente.* ¿a qué viene tanto acaloramiento? ¿Van ustedes a disgustarse ahora que debemos estar todos unidos en una misma y única esperanza?

El General. Tiene usted razón, Marta.

El Doctor Leonardo. Es cierto.

El General. Ahora *Con entusiasmo.* vuelven los buenos tiempos. *A María Luisa.* Ya puedes ir preparando vendas. *A Antonio.* Y usted tinta encarnada, para escribir hazañas.

Antonio. *Sonriendo.* Creo que me dejará usted derecho a un fusil.

El General. ¡Bravo la juventud!

María Luisa. *Acercándose a mirar el retrato.* ¡Sí que debe de ser valiente y entusiasta!

El General. *Acercándose también a mirar el retrato.* Cara de ello tiene.

El Doctor Leonardo. *Mirando muy de cerca con los lentes.* Aunque acaso no tan ignorante como el señor general deseara.

La Marquesa. Diez años hace que le vi por última vez.

El Padre Domingo. Yo también: cuando hizo la primera comunión; la Reina, que Dios guarde, recordando que yo le había bautizado entre estas breñas, Dios le pague la buena memoria, quiso que de mis manos recibiera el Sacramento de la Confirmación, y allá fuí.

El Doctor Leonardo. Después ha estado en cortes extranjeras, aprendiendo la vida en la vida... *Con sorna.* y en los libros.

El General. *Para vengarse de la sorna del Doctor.* Dicen que es un tirador de primera.

María Luisa. *Con entusiasmo.* Y un día, en Nápoles, salvó, con peligro de su vida, a una mujer que se ahogaba en el mar. ¡Y hasta los periódicos republicanos tuvieron que contarlo!

El General. *Acercándose también al retrato, y con orgullo casi paternal.* ¡Y es guapo!, ¿eh?

La Marquesa. Sí que lo es, y con buena figura, a Dios gracias. Será una tontería de mujer, pero no lo puedo remediar. Me parece que el jefe de un Estado, el hombre que lleva en su persona la representación de todas las noblezas de la patria, debe tener, no diré yo hermosura, pero siquiera dignidad de aspecto.

El General. ¡Y esta cochina República tiene la pretensión de gobernarnos con un presidente que parece un gorila!

María Luisa. ¡Es verdad! La semana pasada le vi, con todos sus ministros, ¡de levita y chistera! Parecían el duelo de un entierro: iban a inaugurar la Exposición de aeroplanos.

El General. Ya; le interesará poder volar para el día en que a él le vuelen de la presidencia.

El Padre Domingo. General, general, María Luisa: ¡vaya un par de chiquillos que están ustedes! No es con burlas con lo que se derriba una usurpación. Dejen ustedes eso a los descamisados, a los petroleros. Nuestra causa merece armas más nobles.

MARÍA LUISA. ¡Es verdad! *Un poco avergonzada mira a su novio, que a su vez mira por la ventana.*

EL DOCTOR LEONARDO. De todos modos, creo que estamos de enhorabuena.

EL PADRE DOMINGO. Eso sí: porque es de esperar que nuestro nuevo rey tenga cualidades más sólidas que su buena figura.

Se oyen los cascabeles de un coche.

LA MARQUESA. ¡El coche, señores, el coche!

Todos se precipitan hacia la puerta.

MARÍA LUISA. ¡El coche!

Se lleva las manos al corazón y va a echar a correr, pero se detiene pensando en Antonio y le alarga la mano, como para hacerle compartir su emoción; él se la besa con agradecimiento y le dice:

ANTONIO. ¡Anda, anda!

Entonces ella echa a correr. Hay un momento de expectación casi angustiosa, y después de sorpresa desilusionada.

LA MARQUESA. ¿Eh?

EL GENERAL. Pero...

Entra José Luis: cincuenta años, acabadísimo, reumático y cardíaco. Entra casi ahogándose, y se comprende que sólo le sostiene el fuego interior. Cuando su mujer o su hija quieren sostenerle, las rechaza con mal humor.

LA MARQUESA. ¿Vienes solo?

JOSÉ LUIS. Sí, solo... ya lo veis... vengo solo.

LA MARQUESA. Siéntate... respira.

JOSÉ LUIS. ¡Dejadme en paz!

EL DOCTOR LEONARDO. Pero... ¿qué ha pasado?

EL PADRE DOMINGO. ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

El General. ¡Habrán sido capaces...!

Antonio. Calma, señores, calma.

La Marquesa. ¡José Luis... hijo!

José Luis. ¡Déjame!

Antonio. Siéntese usted.

José Luis. *Dejándose caer en un sillón.* Pues nada... no ha sucedido nada... Que ha llegado el tren... y que no venía.

Un silencio. Todos se miran con desencanto. María Luisa casi llora. La Marquesa limpia el sudor de la frente a su marido, que ya no se defiende, porque no puede hablar.

Antonio. Dentro de tres horas pasa otro tren.

José Luis. Ya lo sé; pero yo no podía avisar aquí, ni iba a consentir que estuvieran ustedes esperando impacientes. ¡Maldito corazón!

La Marquesa. ¡No hables!

José Luis. Figurándose lo peor... Pero ahora mismo... que dé Juan un pienso a los caballos... Me marcho otra vez. Hay tiempo de sobra.

El Padre Domingo. No; ahora iremos cualquiera de nosotros.

La Marquesa. Eso es, y tú descansas.

José Luis. ¡Ya descansaré de una vez para siempre!

La Marquesa. ¡José Luis!

José Luis. ¡Señor, sentir la muerte que llega, que lo coge a uno por las piernas, que sube, la muy loba, y no poderse defender a tiros, a patadas! ¡Y pensar que cierra uno los ojos sin haber visto triunfar la justicia, y que no ha servido uno de nada en esta perra vida, ni siquiera para hacer un hijo que herede el coraje que a uno le va a faltar!

María Luisa. ¡Padre!

El General. Es verdad: por fas o por nefas, ninguno de nosotros tiene un hijo que dar a su rey.

El Padre Domingo. Pero usted, marqués, es el único que no tiene derecho a hablar así.

El Doctor Leonardo. Cierto. María Luisa ha sabido enmendarle la plana a la Divina Providencia.

José Luis. *A Antonio.* Usted perdone. *A María Luisa.* Y tú... No sé lo que me digo.

La Marquesa. ¿Estás mejor?

Se oye la bocina de un automóvil

El Doctor Leonardo. ¿Un automóvil por estos caminos?

María Luisa. Ya han pasado otros dos esta mañana. Toman el atajo por aquí, por ahorrarse la vuelta de la sierra.

José Luis. No nos faltaba más sino que ahora se rompiese la crisma a la puerta un turista y tuviésemos que meterlo aquí.

El General. Pues aquí se paran.

José Luis. ¿Es posible que...?

Saltando del asiento.

El General. Dos vienen... Sí, sí... el uno es Fermín.

José Luis. Entonces el otro... sí, creo que sí... ¡Jesús me valga!

El Padre Domingo. ¡El Rey!

El Doctor Leonardo. ¡El Rey!

Antonio. ¡El Rey!

Se precipitan a la puerta; pero antes de que ninguno llegue aparece en ella el Rey, seguido de su secretario, los dos enfundados en sacos de automóvil. El Rey con los an-

teojos en la mano. Veinte años, completamente afeitado y de aspecto de rematado golfo, que se divierte mucho con la excursión. El secretario, Fermín, cincuenta años, también afeitado para parecer más joven, muy socarrón.

EL REY. ¡Buenos días, señores!

JOSÉ LUIS. Señor, perdone vuestra majestad esta inconcebible falta de cortesía en el recibimiento, pero crea vuestra majestad que es involuntaria. Nosotros esperábamos que vuestra majestad vendría...

EL REY. ¿Por ferrocarril? Yo también; pero toda esperanza es falaz, máxime si se funda en la necesidad de levantarse a las cinco de la mañana para tomar un tren. Cierto que hay un medio infalible de madrugar: no acostarse; pero anoche, ¡ay de mí!, hubiera sido en mí demasiado heroísmo, dada la compañera de fatigas... ¡Perdón... hay señoras... no he dicho nada! *Silencio espantado de todos los presentes.* Afortunadamente, si el neumático «Michelin» sorbe el obstáculo, el «Gladiator» le ignora, y aquí me tienen ustedes... *Mirando al relojito que lleva en la muñeca.* con catorce minutos de retraso.

JOSÉ LUIS. Vuestra majestad está en su casa, y a todas horas es muy bien venido.

EL REY. *Sin hacer caso de nadie, mirando las paredes con impertinencia.* Este es el Soto, ¿eh?

JOSÉ LUIS. Sí, señor, el Soto. Aquí...

EL REY. Ya lo sé, ya. Aquí tuvo mi mamaíta la humorada de echar al mundo, con dos meses de anticipación, a este portento de los siglos. Ya ven ustedes que no siempre llego con retraso.

Sigue el espanto. Sólo el General tiene valor de reir ruidosamente el chiste.

FERMÍN. *En voz baja y con disimulo al Rey.* Las presentaciones.

EL REY. Es verdad. Dilo alto, que no me avergüenzo. Ustedes perdonarán que falte a algún detalle de etiqueta. Como no hace más que quince días que la voluntad del padre me ha hecho rey, y como, a pesar del derecho divino, los súbditos se empeñan en no darle a uno ocasión para practicar ceremonias de corte... Ellos se lo pierden, porque iba yo a ser un monarca de los que no hay... En fin, yo iré aprendiendo, que el oficio es fácil. ¡No me tires de la manga, Fermín! *Al Marqués.* No sé si conozco a todos estos señores.

JOSÉ LUIS. Si vuestra majestad me permite que se los presente...

EL REY. Desde luego.

JOSÉ LUIS. A mí creo que me conoce vuestra majestad.

EL REY. Sí, marqués, aunque hace cinco años que no te veo. Y estás acabadillo. ¿Qué haces, hombre, qué haces? Como si lo viera, practicar la virtud. Lo mismito que el padre. Eso acaba con el más pintado. Pero lo que es conmigo no acabará, porque es lo que yo le digo al padre: ¡Ay, don Luis, don Luis, vuestra majestad es un primo! ¡Mire que contentarse con mamá, que está ya la pobre tan estropeada! *Al obispo, que ha fruncido levemente el ceño.* Vuestra paternidad perdone; yo soy así. *Al Marqués.* Presenta, presenta.

JOSÉ LUIS. Su eminencia el padre Domingo Martín, obispo de...

EL REY. Ya sé; también le conozco, es decir, debiera conocerle. No se escandalice vuestra paternidad

por lo que yo diga. Yo soy así, poco amigo de convencionalismos, pero, en el fondo, buena persona.

El Padre Domingo. Cuando vuestra majestad lo dice...

El Rey. ¡Artículo de fe! *Al Marqués.* Al general no hace falta que me lo presentes.

El General. ¿Vuestra majestad me hace la honra de reconocerme sin haberme visto desde hace tantos años?

El Rey. Eso creerás tú. Te he visto anteayer en caricatura: «Próximo viaje del general Bum-Bum a la Corte de los Milagros.» La República tiene buenos dibujantes.

El General. Vuestra majestad ha visto esa infamia.

El Rey. Y que estábamos todos muy parecidos.

El General. Señor...

José Luis. El doctor Leonardo, preceptor que fué de su majestad el rey vuestro augusto padre.

El Rey. Arqueólogo, ¿eh?

El Doctor Leonardo. Vuestra majestad me perdone: humanista.

El Rey. Es lo mismo. Cosas del tiempo viejo. Yo también soy muy aficionado a las antigüedades... vicio caro, ¿eh? Por un mamarracho japonés me soplaron la semana pasada dos mil quinientos francos, y estoy temiendo que me colaron una patatita; pero ¿qué haremos con afligirnos? Encantado.

El Doctor Leonardo. Señor...

José Luis. El señor es el director de *La Verdad*, órgano de nuestro partido. Con eso creo haberlo dicho todo... Vuestra majestad habrá leido...

El Rey. Por supuesto. Aburridilla la política, ¿eh?

Antonio. Señor, cuando se pone en ella todo el entusiasmo, toda la fe por una causa justa...

El Rey. Usted, si no recuerdo mal, antes escribía cuentos... un poquito... escabrosos.

Antonio. Señor, pecados de juventud, de los que me arrepiento sinceramente. Todo eso está enterrado hace ya mucho tiempo.

El Rey. Pues estaban muy bien: yo los leía. Conoce usted la vida, amigo.

Antonio. Fantasía pura, créalo vuestra majestad.

José Luis. Mi mujer.

El Rey. Señora. *Con la timidez del hombre golfo que no sabe hablar con mujeres decentes.* Tanto gusto... *De repente, muy campechano.* Mi madre siempre está hablando de usted.

La Marquesa. Señor, su majestad me honra demasiado.

José Luis. Mi hija, María Luisa.

El Rey. ¡Muy bonita! ¿Cuándo nos casamos?

José Luis. Vuestra majestad sabe que tenemos solicitada la real licencia para su matrimonio con el señor.

Señalando a Antonio.

El Rey. ¡Marido feliz! *Mirándola a ella.* ¡Ojos asesinos! Así se los deseo a la princesa que el protocolo me depare... lo más tarde posible. *Mirando en derredor como si buscase.* ¿Nadie más?

José Luis. *Un tanto confuso,* Nadie. ¿Vuestra majestad acaso hubiera deseado alguna presentación especial?

El Rey. No, no; bien estamos así; pocos y buenos... y sin ceremonias. Yo soy así.

José Luis. Si vuestra majestad está fatigado...

EL REY. Nada absolutamente.

LA MARQUESA. Yo me he tomado la libertad de disponer un ligero refresco.

EL REY. Sí; tomaré una taza de caldo. *Antonio se dispone a abrir una botella de champagne.* No, champagne, no. Anoche abusamos de él un poco, ¿eh, Fermín?, y hay que conservar el equilibrio. ¿Qué dirían las grandes potencias? *El General acerca un sillón.* Gracias... de pie, como en campaña.

EL GENERAL. *Entusiasmándose.* ¡Como en campaña! Sin duda vuestra majestad tiene ansia de ganar en buena lid lo que tan de derecho le pertenece.

EL REY. ¡Te diré, general, te diré! Los deseos no faltan... pero eso de encender en mi patria una guerra civil... la verdad, me causaría gran remordimiento que por mí se vertiera la sangre de mis hermanos.

EL PADRE DOMINGO. Esos escrúpulos honran altamente a vuestra majestad... pero hay casos... Vuestra majestad no puede olvidar que toda causa justa necesita mártires. Cuando se trata de llegar al triunfo de la justicia, preciso es pasar por encima de sensibilidades, por otra parte, como digo, honrosísimas y dignas del mayor elogio.

EL GENERAL. ¡Y el derecho no triunfa más que por la fuerza!

EL REY. *Intentando ponerse a tono.* ¡Desgraciadamente!

EL PADRE DOMINGO. Y dicho sea con el mayor respeto, en interés mismo de vuestra majestad, el partido necesita dar señales de vida. Llevamos ya demasiado tiempo de inacción.

JOSÉ LUIS. Vuestra majestad es joven, y toda la esperanza de la patria está en él.

El General. La República es una calamidad.

El Rey. ¡Desde luego!

El Doctor Leonardo. Pero a fuerza de padecerla, es de temer que el pueblo se acostumbre a considerarla como un mal necesario.

El General. ¡Y eso no puede consentirse!

El Rey. No, si yo no me opongo rotundamente... Es un problema... Tendrán ustedes que pensarlo despacio... muy despacio.

Mientras han estado hablando ha entrado la guardesa a servir el caldo. La Marquesa la ha hecho salir, sirviéndolo ella misma; pero el Rey la ha mirado más de lo regular.

El Rey. *Partiendo un panecillo.* ¡El pan de la patria! Curiosidad tenía ya por saber a qué sabe. *Probándolo.* ¡No está mal, no está mal! Al de la emigración hay que ponerle encima mucha mantequilla, y cuesta cara.

Mira al reloj de pulsera y luego fijamente al secretario, como si quisiera decirle algo.

Fermín. *Precipitándose.* ¿Vuestra majestad desea...?

El Rey. Sí; antes de que se haga más tarde, me gustaría visitar detenidamente esta casa, pisar el sitio justo donde nací... sentimentalismos... y luego, por contárselo a mamá, que la pobre siempre está con todo esto a vueltas en cuanto sale a colación la patria.

José Luis. A las órdenes de vuestra majestad.

El Rey. No; tú no te molestes; descansa, descansa, que buena falta te hace; ya me acompañarán las señoras.

La Marquesa. Señor... ¡María Luisa!

El Rey. Usted también. *A Antonio, cogiéndole del brazo.* Me es usted muy simpático.

Antonio. Señor...

El Rey. Y usted, doctor Leonardo, venga usted a explicarnos la significación histórica de estas piedras viejas. *A Fermín.* Tú aprovecha el tiempo, que no te vendrá mal una alita de pollo. *Al salir.* Yo también soy patriota, muy patriota... Este cielo .. este sol... Muy patriota.

Sale con la Marquesa, María Luisa, Antonio y el Doctor Leonardo; los otros tres se quedan un poco sorprendidos. El Marqués se sienta en un sillón; el fraile, en pie e inmóvil, mira por la ventana; el General pasea con agitación; Fermín hace que come mientras se supone que el Rey está cerca, pero luego deja el plato y mira detenidamente, uno tras otro, a los tres, como esperando que hablen; pero en vista de que los tres callan obstinadamente, se frota las manos y dice melosamente:

Fermín. Su majestad está emocionadísimo.

El General. *Parándose en seco.* ¿Ah, usted cree...?

Fermín. Emocionadísimo... no hay más que verle: yo que le conozco muy bien... *Pausa.* Esa excitación nerviosa...

El Padre Domingo. Su majestad es, sin duda, muy... impresionable.

Fermín. *Como quien se agarra a un clavo ardiendo.* ¡Mucho! Y tiene un corazón de oro. *Pausa. Nadie parece dispuesto a afirmar ni discutir.* ¡Ah! Y una inteligencia privilegiada. *Pausa.* ¡Será un gran rey!

El Padre Domingo. Hay que esperarlo.

Fermín. Porque la dura escuela de la adversidad le ha enseñado a conocer el mundo... Ya lo creo .. Tiene más experiencia que muchos monarcas encanecidos en el trono... *Pausa.* Ideas modernas, amplitud

de espíritu. *Los otros continúan sin decir que sí ni que no.* ¡Y una perspicacia! *Pausa.* Pero, sobre todo, el corazón, ¡ese corazón! ¡Le sangra, materialmente le sangra en cuanto ve una lástima! Ustedes no le han visto más que de tarde en tarde; pero yo que estoy siempre a su lado... ¡Y un amor a su patria! Basta que un miserable cualquiera se le presente como compatriota, para que al instante mismo tenga con su majestad todos los derechos... Lo cual no siempre es un bien, porque, naturalmente, no falta quien abusa de esa generosidad suya... excesiva, sí... ¡Nunca sabrá lo que vale el dinero! *Los tres se miran.* Hay que dar siempre, hay que darlo todo, a manos llenas, sin mirar a quién. ¡Y que en eso no admite la menor advertencia! Su majestad socórrelos a todos, a todos...

El Padre Domingo. La caridad cubre la multitud de los pecados.

Fermín. Eso mismo dice su majestad, porque tiene un espíritu, ¡qué espíritu! *Pausa.* Lo malo, hablando desde un punto de vista material, naturalmente, lo malo, digo, es que la realidad se impone, y esa liberalidad imperial a veces ocasiona cierto desequilibrio... ejem... lamentable en el presupuesto particular de su majestad. *Silencio.* Ejem... Ahora mismo y aquí, entre nosotros *Tomando de repente un aire de complicidad bonachona.* y en el más absoluto secreto. ¡Ustedes son hombres de honor! *Yendo de uno a otro, como si quisiera agruparlos, pero ellos no se mueven.* Y si su majestad supiera que he hablado con ustedes de estas cosas, que él ni sospechar quiere, ¡no faltaría más!... Ahora mismo, digo, la cuestión crematística atraviesa una crisis...

El Padre Domingo. ¿Quiere usted decir que su

majestad tiene en este momento dificultades pecuniarias?

FERMÍN. *Respirando como si hubiese ganado una batalla.* Desgraciadamente; pero repito que él...

JOSÉ LUIS. Ni una palabra. ¿Cuánto necesita?

FERMÍN. ¡Oh, lo que se pueda!... Lo que se pueda buenamente... Claro que, cuanto más, mejor... Pero harto sabemos que al partido tampoco le sobran los metales preciosos.

JOSÉ LUIS. Aquí no se trata de fondos del partido. Tenemos a mucha honra servir personalmente a su majestad.

FERMÍN. *Con una sonrisa que quiere decir: «¡Primos!»* Tanto mejor. Sí, es muy preferible, hasta por si algún día su majestad se entera... no me perdonaría nunca, nunca, haber comprometido, ni ligeramente... ¡Oh, en estas cuestiones... políticas, su majestad es de una delicadeza, ¡qué delicadeza!... Podíamos haber acudido a su majestad el rey padre, pero hubiera sido dar a la cuestión un carácter...

JOSÉ LUIS. No necesitamos explicaciones.

FERMÍN. Pero yo me creo obligado a darlas... Su majestad el rey padre no comprende ciertas cosas... vive tan retraído... está tan enfermo... Su majestad la reina es tan vehemente... se disgusta, se aflige por cosas que no valen la pena. Su majestad es demasiado buen hijo.

JOSÉ LUIS. Venga usted conmigo: firmaremos un cheque por lo que haga falta.

FERMÍN. ¿Y estos señores?

JOSÉ LUIS. Pase usted: es cosa mía.

FERMÍN. Pero, por Dios, que su majestad no sepa,

no se entere... *Salen por la segunda puerta de la derecha. El fraile y el General se miran y no dicen nada. El fraile se acerca a una ventana y el General a la chimenea.*

El Padre Domingo. Se ha puesto una mañana hermosísima.

El General. Casi estorba la lumbre.

El Padre Domingo. No: estando las ventanas abiertas es sumamente higiénico en primavera tener la chimenea encendida: con el tiro se renueva el aire...

El General. Puede que tenga usted razón.

Entra el Rey con los que le han acompañado. El viene muy contento, frotándose las manos.

El Rey. ¡Interesantísimo! ¡Precioso! El campo que se ve desde la torrecilla, ¡con esos caminitos! Y los encinares. A mí la naturaleza me pone romántico... una debilidad como otra cualquiera. Cuando dejemos de ser monarca «in partibus infidelium», ¿se dice asi, doctor?, vendremos al soto a cazar jabalíes, y por la noche, junto a esta chimenea, escucharemos cuentos de miedo, porque en esta casa debe de haber duendes, de esos que van por los pasillos arrastrando cadenas, ¿no?

La Marquesa. Señor, hasta ahora no ha habido más que recuerdos.

El Rey. ¡Ja, ja, ja! ¡Muy bien dicho! *Mira en derredor aunque desde el principio se da cuenta de que no están ni el Marqués ni Fermín.* ¿Dónde anda Fermín?

El General. Ha salido un momento con el marqués.

El Rey. Sí; también ése es muy bucólico y muy idealista; ¡más que yo! *Entran el Marqués y Fermín.* Hermoso soto, ¿eh? *Con intención a Fermín.* Y de rendimiento, a lo que parece.

FERMÍN. *Sonriendo.* Vuestra majestad entiende de terrenos.

EL REY. *Poniéndose en pie.* Señores...

Todos le rodean, pensando que ha llegado el momento de hablar en serio.

EL REY. Encantado de este cordialísimo recibimiento. No esperaba yo menos de tanta lealtad... eso es... lealtad... *Todos se inclinan.* Y conmovido, conmovidísimo de haber venido por primera vez a un lugar tan lleno de... recuerdos... eso es, de recuerdos... En fin, ¿qué voy yo a decir que ustedes no adivinen? De modo que, sin discursos, gracias, gracias a todos, y hasta la vista.

JOSÉ LUIS. Ah, ¿pero vuestra majestad nos deja?

EL REY. Con harto dolor de mi corazón... Aquí me pasaría yo la vida... ¡La patria! Pero, amigos, no siempre puede uno hacer lo que quisiera; me están esperando, y...

JOSÉ LUIS. Como vuestra majestad guste, pero...

EL PADRE DOMINGO. *Lanzándose.* ¿No podría vuestra majestad concedernos siquiera media hora?

EL REY. ¿Es que ocurre algo serio? Hablen ustedes, hablen.

JOSÉ LUIS. *Un poco en cascarrabias.* Nada, nada; puede vuestra majestad marcharse cuando guste.

EL REY. Es que...

JOSÉ LUIS. Es que, señor, para hablar francamente, vuestra majestad me perdone, nosotros hubiéramos deseado someter a la consideración de vuestra majestad planes, proyectos; todo el estado del movimiento público, en una palabra.

EL PADRE DOMINGO. La abdicación de su majestad

el Rey, vuestro augusto padre, cambia la marcha de todos los asuntos. El partido atraviesa un momento de crisis...

El Rey. Esperemos que favorable.

El Padre Domingo. Esperémoslo; pero habrá que tomar resoluciones, y desearíamos contar con la opinión de vuestra majestad.

El General. Con la opinión expresa.

José Luis. Y con la confianza de vuestra majestad. Al cambiar la persona del monarca, todos nuestros poderes caducan...

El Rey. ¿No es más que eso? Me habían asustado ustedes. ¿Mi confianza? Desde luego. ¿Mi opinión? Ustedes saben más que yo, doscientas veces... *Riéndose y dando una palmada en el hombro al Marqués.* ¡En buenas manos está el pandero! Hagan ustedes lo que les plazca. ¡No faltaría más!

José Luis. Pero, señor...

El Rey. Y yo, encantado, siempre encantado... Además, tiempo tenemos de discutir en serio... y hasta de disputar, otro día, otro día... Pronto nos veremos... Este ha sido un viaje sentimental. Ustedes piensan, ustedes preparan, y ya nos veremos. ¡Tengo una prisa horrible! ¡Pícara vida! Señora... tantas gracias por todo... María Luisa, buena suerte, y cuidado con el maridito; que los hombres somos malos bichos, muy malos. Marqués, general... Adiós, padre; pida usted a Dios por los que estamos en pecado mortal... Doctor Leonardito, a ver si hace usted pronto una visita al padre, para enseñarle a ser viejo con fibra... Vamos, Fermín... Una flor para el camino. *Coge una rosa y se la pone en el ojal.* ¡Como la rosa en su rosal! Señoras...

y lo dicho... toda mi confianza. *Sale, y todos le siguen.*

La escena queda un momento sola. Se oye la bocina del automóvil. Van entrando todos, en silencio y con caras de consternación, y se sientan cada uno por su lado, menos el General, que pasea como siempre; María Luisa, que se queda en pie junto a la chimenea, y la Marquesa, que se apoya en el respaldo del sillón de su marido, como si quisiera protegerle. Pasado un rato de silencio angustiado, rompen a hablar todos a la vez.

José Luis. ¡Y para esto ha dado uno lo mejor de su vida!

El General. Pero ¿es hijo de su padre y de su madre este mamarracho?

El Doctor Leonardo. Los dioses me perdonen la malicia, pero me parece que venía hasta algo... trastornado.

La Marquesa. *En tono de protesta suave.* ¡Doctor Leonardo!

El Padre Domingo. ¡Pobre patria ésta!

José Luis. Y ¡pobres de nosotros! Porque ustedes dirán qué hacemos ahora; adónde vamos a parar...

El General. ¡Al infierno, que es país caliente!

El Doctor Leonardo. ¿A qué habrá venido aquí este hombre? pregunta mi curiosidad.

El Padre Domingo. Pues que le conteste el bolsillo del marqués, que debe saber algo.

El Doctor Leonardo. *Con iluminación, escandalizado.* ¡Angela María!

El General. ¡Es un botarate!

El Padre Domingo. ¡Está dejado de la mano de Dios!

José Luis. Ojalá hubiera uno estallado setenta veces antes de ver esto.

La Marquesa. No te excites así, José Luis, hijo, que no es para tanto. Es una criatura; con el tiempo sentará la cabeza, comprenderá las cosas...

María Luisa. No, madre, no; mi padre tiene razón. No es una criatura: es lo más triste, lo más despreciable que puede ser un hombre en este mundo: ¡un señorito golfo!

La Marquesa. ¡María Luisa!

María Luisa. ¡Y esto me han enseñado a respetar más que a mi conciencia, a poner por encima de todos mis amores! ¡Este era el caballero, el rey, el ídolo! ¡Ja, ja, ja! *A su padre.* Ya puedes llorar, ya, por no tener un hijo que se le parezca.

Va a sentarse en primer término y se ríe y llora con excitación nerviosa. Su madre deja al padre y se acerca a ella para calmarla, acariciándola.

La Marquesa. Hija, por el amor de Dios... no te angusties... bebe un poco de agua... ¡Sí, llora! Llora, desahógate... Pero si estás conmigo... ¡Qué criatura, señor, qué criatura!

Antonio. *Adelantándose.* Pero, señores, no se desanimen ustedes tan por completo.

El General. ¿A usted le parece que no hay motivo?

Antonio. Motivo, puede; pero razón, no.

El General. Usted dirá si no es lo mismo.

José Luis. ¿Con qué conciencia vamos a hablar a nadie de esperanzas, a pedir sacrificios? ¿En quién ni para quién?

Antonio. ¿En quién ni para quién? Esa es la dolorosa equivocación de casi todas las lealtades: poner a

una persona en el altar que sólo corresponde a la idea. ¿Se nos ha roto el ídolo? ¡Mejor, señores! Con eso nuestra fidelidad al principio estará limpia de personalidades. Afortunadamente, la persona de un rey tiene poco que ver con la sangre de la causa que le lleva por estandarte. Su grandeza está en sus atributos; su nobleza, en la de las ideas que otros han puesto al amparo de su corona; su generosidad, en la sangre de los que, bajo la ficción de su nombre, han dado su vida por ellas. ¡No muere el soldado por una bandera, señores, aunque besando una bandera jure que ha de morir cuando sea preciso! ¡Lucidas estaban las religiones si no pudieran sobrevivir a la indignidad de sus sacerdotes!

Todos hacen gestos de denegación y tristeza. Antonio se aparta del grupo y se acerca a María Luisa, que sigue llorando, ya silenciosamente.

ANTONIO. Vamos, María Luisa, levanta esa cabeza... eso es una locura.

MARÍA LUISA. Locura, ¿verdad? Claro: ¡si tú te alegras de lo que ha sucedido!

ANTONIO. *Espantado.* ¡Yo!

MARÍA LUISA. Te molestaba, ¿no? Te daba celos que pudiera tener un ideal, una cosa más alta, ¡y te has salido con la tuya!

ANTONIO. ¡Qué injusta eres conmigo!

MARÍA LUISA. ¿Contigo? Peor eres tú que los demás, porque lo sabías... Tú lees, tú viajas... Estos pobres viejos, aquí metidos siempre, se han dejado engañar por el deseo; pero tú, que sabías cómo era, y que no se lo has dicho, ¡tal para cual!

LA MARQUESA. María Luisa, hija, tú te has vuelto

loca. ¡Perdónela usted, Antonio! Tienes muy pocos años y eres muy absoluta en los juicios. Hay que aprender a desilusionarse con resignación... *Como María Luisa no contesta, ella vuelve con los demás y, sentándose al lado de su marido, le coge la mano. Antonio se queda junto a María Luisa. Pausa.*

El General. La verdad es que es muy joven.

La Marquesa. Veinte años... un chiquillo.

El Doctor Leonardo. Y, naturalmente, no estaba preparado para las responsabilidades que han caído de pronto sobre él...

José Luis. Sí. ¿Quién iba a pensar que su majestad abdicase tan pronto, a sus años?...

El Padre Domingo. Y no es suya toda la culpa, no; esta educación a la moderna, sin fe, sin principio de autoridad...

El Doctor Leonardo. ¡Y sin humanidades!

El General. Pero arranque sí tiene.

José Luis. ¡Demasiado!

La Marquesa. No, José Luis; demasiado, no.

El Padre Domingo. Y un cierto don de gentes... Sí, es posible que haya en él madera de gran diplomático... con ese aspecto de franqueza excesiva... Los tiempos se han democratizado mucho y, ¡quién sabe!, es muy posible que convenga cierta despreocupación aparente.

El General. Además, ¡qué demonio!, por el pronto, y dadas las necesidades del momento, no es menester un rey prudente, moralista, amigo de fórmulas... sino un hombre de fuerza, de energía, que haga triunfar la causa como sea. Luego no faltarán legisladores que consoliden, que moralicen.

EL DOCTOR LEONARDO. El mismo, él mismo... porque entendimiento sí tiene... y agudeza...

María Luisa se levanta violentamente.

ANTONIO. *Deteniéndola.* ¿Dónde vas?

MARÍA LUISA. Pero ¿no ves que otra vez se están engañando a sabiendas, que dentro de un instante acabarán por volver a creer que es un dechado de virtudes?

ANTONIO. Déjalos, *Con violencia suave.* siéntate... déjalos que conserven su ilusión, su fe en el ideal... esa es la única razón de vivir, y si se la quitas les arrancas la vida... *En voz baja.* Son viejos... Tú y yo podemos crearnos nuestra propia ilusión, dándole forma y fuego con la sangre misma de nuestra juventud... Ellos, ya no... Yo creo en ti, tú creerás en mí, ¡porque te quiero! Ellos, para creer en sí mismos, tienen que acogerse a la fe de toda su vida... Hay que tener misericordia. Todo el mundo tiene derecho a un ideal...

MARÍA LUISA. ¡Pero si es mentira!

ANTONIO. Un ideal nunca es mentira; por eso puede purificar la materialidad de todos los símbolos, ennoblecer el barro de todas las personificaciones; por eso puede uno morir por defenderle, y hasta vivir por él; vivir... que es muchas veces bastante más difícil.

FIN

OBRAS DRAMÁTICAS

DE G. MARTÍNEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCIÓN DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia lírica en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MAMÁ.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)

LA MUJER DEL HEROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)

MARGOT.—Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASIÓN.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL AMOR BRUJO.—Gitanería en un acto y dos cuadros, escrita expresamente para Pastora Imperio, música de Manuel de Falla. (Teatro Lara.)

AMANECER.—Comedia en tres actos. (Teatro Lara.)

EL REINO DE DIOS.—Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)

NAVIDAD.—Milagro en tres cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA.—Acción mímica en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)

CONTIENDA ELECTORAL.—Juguete cómico en un acto. (Teatro Eslava.)

LA ADULTERA PENITENTE.—Drama en tres actos y diez cuadros, adaptación libre de Moreto, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

ESPERANZA NUESTRA.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

LA LLAMA.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Gran Teatro.)

ROSINA ES FRAGIL.—Comedia en un acto. (Teatro Eslava.)

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO.—Novela cómica en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORAZÓN CIEGO.—Comedia en cuatro actos. (Teatro Eslava.)

ARTE DE AMAR.—Comedia de payasos en un acto. (Teatro Eslava.)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRÓNICO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

BUENA GENTE.—Comedia en cuatro actos de S Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia.)

LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia.)

TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristán Bernard. (Teatro de la Comedia.)

EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia.)

LA MADRE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

EL HERMANO.—Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso.)

CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso.)

LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia.)

ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

EL REDENTOR.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

EL INDIANO.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol.—(Teatro Español).

CABEZA DE ZANAHORIA.—Comedia en un acto de Jules Renard. (Teatro Lara.)

EL BUEN POLICÍA.—Sainete en un acto y tres cuadros de S. Rusiñol. (Teatro Cervantes.)

LA VIRGEN DEL MAR.—Cuadro poemático en un acto de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

EL PATIO AZUL.—Drama en dos actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

LOS NAUFRAGOS.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

LA DAMA DE LAS CAMELIAS.—Drama en cinco actos de Alejandro Dumas hijo. (Teatro Eslava.)

LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN.—Auto de Inocencio de Salcedo. (Teatro Eslava.)

DOMANDO LA TARASCA.—Comedia en dos actos de Shakespeare. (Teatro Eslava .)

CASA DE MUÑECAS.—Comedia en tres actos de Ibsen. (Teatro Eslava).

EN CASA DEL ANTICUARIO.—Sainete en un acto de S. Rusiño. (Teatro Eslava.)

ALICIA, NEURASTENICA.—Farsa en dos actos de A. E. Thomas. (Teatro Eslava.)

LA MALA VIDA.—Drama en tres actos de Julio Vallmitjana. (Teatro Eslava.)

LA FELICIDAD DE ANTONIETA.—Comedia en tres actos de Emilio Augier. (Teatro Eslava.)

JULIETA Y FRANCINA.—Comedia en tres actos de A. Janvier. (Teatro Eslava.)

LEONARDA.—Comedia en tres actos de B. Bjornson. (Teatro de la Princesa.)

UNA VISITA.—Comedia en dos actos de Brandés. (Compañía Atenea.)

LA VIUDITA.—Comedia en dos actos de Goldoni. En colaboración con Luis de Tapia. Música de M. Font. (Teatro Eslava.)

ROMEO Y JULIETA.—Tragedia en cinco actos de Shakespeare.

HAMLET.—Tragedia en cinco actos de Shakespeare.